

La señora de la mansión

Susanne James



La señora de la mansión (2009)

Título original: The playboy of Pengarroth Hall (2009)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1969

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Sebastian Conway y Fleur Richardson

ARGUMENTO:

¿Lograría él superar su aversión al matrimonio?

El atractivo **Sebastian Conway** no estaba dispuesto a sentar la cabeza. Pero era el heredero de los Conway y el deber le exigía que dejara sus ocupaciones en Londres para atender la finca familiar de Cornualles: la mansión Pengarroth. Durante una exclusiva fiesta, Sebastian conoció a la guapísima **Fleur Richardson**, una joven que se ruborizaba cada vez que le dirigía la palabra, pero con mucho carácter. Y se quedó embelesado con ella.

Quizá Fleur no tuviera potencial como amante, pero sí como futura señora de Pengarroth...

CAPITULO 01

AQUELLO tenía que ser el paraíso, pensaba Fleur mientras paseaba por el enorme y cuidado jardín de la finca Pengarroth, sus pies aplastando la gravilla del camino. Aunque el pálido sol de diciembre, que se filtraba a través de las ramas de los árboles, no había conseguido desintegrar del todo el rocío de la mañana, aquel sitio era absolutamente maravilloso.

¿Cómo sería en primavera y en verano, cuando todo hubiese florecido?, se preguntaba.

Al encontrar cerrada la verja había decidido dejar el coche en la carretera y entrar dando un paseo, pero después de caminar durante más de veinte minutos pensó que tenía que haber algún camino más corto para llegar a la casa.

El que había tomado se perdía entre los árboles, pero era tan bonito que decidió seguir adelante sólo para estirar las piernas y respirar el aire fresco del campo, tan vivificante después del largo viaje desde Londres.

Mia Conway, la amiga que la había invitado a pasar las navidades en la mansión familiar que compartía con su hermano, le había dado vagas instrucciones para llegar a Pengarroth:

—Tienes que entrar por la primera verja abierta que encuentres —le había dicho. — No te puedes perder.

Un poco después, y con cierta ansiedad, Fleur empezaba a estar cansada y se regañó a sí misma por tonta. Había trabajado hasta muy tarde en el laboratorio durante las dos últimas semanas y el largo viaje hasta Cornualles la había dejado exhausta.

Hubiera sido mejor esperar hasta el día siguiente, el día de Nochebuena, para salir de Londres, pero Mia la había convencido para que fuese un día antes...

—Los demás invitados no habrán llegado todavía y mi hermano tampoco estará allí hasta por la mañana, así que tendremos la casa para nosotras solas —la había animado. — ¡Será como en el colegio!

Habían estado en el mismo internado y eran amigas desde entonces, aunque aquélla era la primera vez que visitaba la finca Pengarroth.

Suspirando, Fleur se dejó caer sobre un tocón.

No podría quedarse allí mucho tiempo porque hacía frío, pero tenía que descansar unos minutos. Eran las cuatro y ya empezaba a atardecer. O el sol no podía abrirse paso entre las copas de los árboles...

De repente, una voz la sobresaltó:

—¿Puedo ayudada?

La pregunta había sido hecha con tal brusquedad que Fleur se levantó de un salto. Frente a ella había un hombre muy alto con una chaqueta de cuero manchada de barro y una escopeta al hombro. Resultaba muy atractivo, pero sus ojos eran tan penetrantes que sintió un escalofrío de aprensión... mezclado con algo más que no quería reconocer.

Debía ser el guardés de la finca, pensó, o algún otro empleado de la casa.

—No necesito ayuda, muchas gracias. Sólo estaba dando un paseo.

Incapaz de apartar la mirada de las facciones femeninas más atractivas que había visto en mucho tiempo, él le espetó:

—Está en propiedad privada, señorita. Y la finca no está abierta para los paseantes. Hay un cartel en la puerta, ¿no lo ha visto?

—Sí, lo he visto.

—¿Y no ha visto también que la cerca estaba cerrada?

Fleur, molesta por el tono autoritario, se negó a decirle que era amiga de la propietaria.

—¿Ah, sí? Pues entonces debería haber tenido más cuidado.

—Desde luego.

—¿No me diga que dispara a los que entran en la finca sin permiso?

El hombre se limitó a sacudir la cabeza.

—Será mejor que la acompañe hasta la carretera.

Hay varios caminos y podría perderse.

—No se moleste, no necesito que me guíe.

—Pero se está haciendo de noche. Por favor, vuelva a la carretera —insistió el extraño, clavando en ella sus ojos oscuros. —Esta sección de la finca está siendo replantada... una tormenta de granizo ha causado daños considerables y hay que trasplantar muchos de los árboles. No queremos que la gente ande pisoteando por aquí.

Después de eso le hizo un gesto con la cabeza, se dio la vuelta y desapareció sin decir una palabra más.

Bueno, pensó ella mientras lo veía desaparecer entre los árboles, evidentemente aquel hombre era de los que decían lo que pensaban y pensaban lo que decían.

Como su padre, pensó luego.

Fleur sacudió la cabeza al pensar en sus padres, Helen y Philip, que aquel año estaban pasando las navidades en Boston. Siempre habían pasado las fiestas juntos, pero el profesor Richardson, un renombrado catedrático de Matemáticas, había decidido aprovechar la oportunidad de mezclar los negocios con el placer acudiendo a una conferencia, de modo que los planes familiares habían cambiado.

Fleur volvió sobre sus pasos, asegurándose de tomar el camino correcto, pero era casi de noche cuando llegó a la carretera. Era lógico que la cerca estuviese cerrada, pensó; lo raro era que no hubiesen puesto alambre de espino para que no entrase nadie.

Después de recorrer medio kilómetro más en el coche, la mansión Pengaroth apareció ante sus ojos y, poco después, la entrada que Mia le había indicado. La verja estaba abierta y, mientras subía por el camino, se animó al pensar que iba a pasar las vacaciones en otro sitio, con otra gente, porque Mia había invitado a varios amigos.

—Pero sólo conoces a Mandy. ¿Te acuerdas de Mandy? Es muy graciosa.

Sí, recordaba a Mandy, una devoradora de hombres. Pero muy divertida.

—Los demás son compañeros de oficina, pero prometo no dejar que nadie hable de trabajo —le había dicho Mia, que trabajaba en una empresa de Relaciones Públicas en

Londres.

Nada que ver con el trabajo de Fleur como investigadora en un hospital universitario.

Aunque sus vidas habían tomado caminos diferentes desde el colegio y la universidad, nunca habían perdido el contacto y Fleur a menudo había envidiado la vida de Mia, libre y sin las restricciones de unos padres.

Philip Richardson tenía tantos planes para su única hija que jamás se le había ocurrido pensar que Fleur pudiera tener sus propias ideas. Y, como una buena hija, Fleur había conseguido su título universitario en Física y Química y, además, jamás llevó a casa a ninguno de sus novios. Su madre no hubiera puesto ninguna objeción, pero ninguna de las dos quería enfadar al patriarca.

Suspirando, Fleur tocó la campanita que hacía las veces de timbre. Una mujer de unos cincuenta años abrió la puerta y se presentó con una sonrisa en los labios:

—Hola, soy Pat, el ama de llaves de Pengarroth.

—Yo soy Fleur Richardson.

—Sí, me dijeron que llegarías hoy. Entra, por favor. Mia se está lavando el pelo, voy a decirle que has llegado.

En cuanto entró en el vestíbulo, Fleur supo que Pengarroth era un hogar en todos los sentidos. Sabía que el edificio tenía más de doscientos años, pero resultaba muy cálido, muy acogedor. En una esquina del vestíbulo había un enorme árbol de Navidad, lleno de espumillón, bolas y adornos de todo tipo. Frente a él, un reloj de carillón, un par de sofás y una mesa cubierta de periódicos. Al otro lado, sobre un antiguo sillón, dormía un labrador de pelo rubio.

Cuando se dio cuenta de que Fleur estaba allí, el animal abrió un ojo, respiró profundamente y luego volvió a dormirse.

Fleur no pudo evitar una sonrisa. Qué diferente era aquel sitio de la casa de sus padres en Surrey, por no hablar de su apartamento en Londres. Pero se sentía casi abrazada por aquel ambiente e intuyó que iba a pasar unas fiestas estupendas allí.

Justo entonces Mia apareció al final de la escalera, en pantalón y sujetador, el pelo envuelto en una toalla.

—¡Sube, Fleur! —le gritó. —¡Qué bien vamos a pasarlo! ¡Me encanta la Navidad!

Después de besar a su amiga la siguió hasta su habitación y se sentó en la cama mientras Mia se frotaba la cabellera vigorosamente con la toalla. —Espero que no te importe compartir dormitorio conmigo.

—No, claro que no.

—No es que no haya suficientes habitaciones en esta casa, al contrario. Pero no quiero que Pat tenga demasiado trabajo. A los chicos seguramente no les importará compartir... te van a gustar, ya lo verás. Gus y Tim son viejos amigos y Rupert y Mat son encantadores —Mia tiró la toalla sobre una silla y enchufó el secador.

—Será como en los viejos tiempos. Por cierto, te ha crecido mucho el pelo, nunca lo habías llevado tan largo.

Mia era altísima y con el pelo castaño cayendo por su espalda ahora parecía aún más alta.

—Es culpa de Mat. Le gusta así.

—Ah, ya entiendo. O sea, que Mat es el hombre del momento.

Su amiga sonrió.

—Más o menos. Llevamos saliendo algún tiempo... nada demasiado serio. De hecho, he pensado que sería buena idea mezclarlo con otros amigos en Navidad... para que no se anime demasiado —Mia hizo una pausa. —¿Y tú qué tal? ¿Hay alguien especial en tu vida?

—No, nadie —contestó Fleur, y probablemente no lo habría nunca, podría haber añadido.

Mia la miró, pensativa, pero no dijo nada. Sabía que el padre de Fleur siempre había desanimado cualquier tipo de relación sentimental.

«No desperdicies tu inteligencia y tu educación casándote y teniendo hijos», solía decirle. «Ya tendrás tiempo para eso».

—Bueno, pues deja que te recuerde que las dos cumplimos veintisiete el año que viene. No es que nuestros relojes biológicos estén llamándonos la atención exactamente, pero el tiempo vuela, cariño —suspiró, apagando el secador. —A mí me gustaría casarme y tener hijos, pero encontrar al hombre adecuado parece una tarea imposible.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto conozco a alguien de verdad, pierdo todo interés —rió su amiga. —Y, evidentemente, no es culpa mía. ¿Ha habido alguien especial desde que rompiste con Leo?

Fleur se encogió de hombros.

—No, la verdad es que no. Suelo salir con los compañeros del laboratorio, pero siempre vuelvo a casa sola... como la buena chica que soy.

Aunque no siempre había sido así. Cuando estaba con Leo, cuando eran tan importantes el uno para el otro...

Pero dejó que su padre interfiriese en esa relación y, en los tres años que habían pasado desde entonces, se había dado cuenta de que separarse fue lo mejor. Fleur estaba convencida de que el matrimonio no era para ella. Nunca se arriesgaría a acabar como su madre, que se había pasado la vida haciendo lo que quería su marido.

Aunque su padre era un buen hombre, había dominado la vida de su mujer, y de su hija, por completo. Sólo había una opinión que importase en aquella casa: la de Philip Richardson. Y jamás aceptaba que pudiera estar equivocado o que los demás tuviesen razón.

Con su intelecto analítico, Fleur sabía que era un terrible error que un ser humano, fuese quien fuese, se saliera siempre con la suya. Y, desde luego, ella jamás podría soportar un marido así.

Suspirando, se levantó y miró por la ventana el jardín y el bosquecillo que rodeaba la finca.

Pero Mia, intuyendo su repentina tristeza, acudió al rescate:

—Desgraciadamente para el resto de nosotras, cuando éramos jóvenes e inocentes, tú eras la chica de la que todos se enamoraban. Y estábamos celosísimas, te lo aseguro.

—No digas bobadas.

—¿Bobadas? No sé cómo has podido permanecer soltera tanto tiempo, Fleur Richardson, te lo digo en serio.

Era cierto que Fleur siempre había resultado atractiva para los hombres; su delicada figura y rostro ovalado dominado por unos enormes ojos verdes despertaban gran admiración. Además de otras dos características muy seductoras: una gran inteligencia y una naturaleza vulnerable que hacía que los hombres de inmediato desearan protegerla.

—Es fácil seguir soltera, te lo aseguro. Sólo hay que mantener la cabeza baja y trabajar sin descanso. Siempre tengo cosas que hacer en el laboratorio, cosas que no pueden esperar. Además, los hombres quieren controlarlo todo y a mí me gusta controlar mi propia vida.

—Algunos son así, es verdad —asintió Mia, riendo. —Pero hay muchas maneras de lidiar con eso. De hecho, resulta fácil convencerlos de que eres tú quien tiene razón.

—Si tú lo dices... pero yo prefiero no tener que negociar con nadie. Si sólo tengo que contentarme a mí misma, no hay ningún conflicto. Y a mí me gusta llevar una vida tranquila.

—No te preocupes, ya encontrarás a alguien que te haga cambiar de opinión —rió Mia, mirando especulativamente a su amiga. Estaba pálida y parecía haber perdido peso...

—Ya veremos —dijo Fleur.

—Estás muy delgada, cariño.

—La verdad es que últimamente no me encuentro muy bien. He perdido el apetito y estoy cansada todo el tiempo. El médico mencionó la palabra «estrés»... ¡cómo la odio! Por eso he decidido tomarme unas largas vacaciones estas navidades, así que no tengo que volver a trabajar hasta mediados de enero.

—¿Y por qué no te quedas aquí? —sugirió Mia—.

Los demás se marcharán después de Navidad, pero yo no pienso volver a Londres hasta el dos de enero. Podríamos quedarnos aquí juntas, lo pasaríamos muy bien.

—No sé...

—Te vendría bien un poco de tranquilidad y aire fresco y a Pat le encantaría cuidar de ti. Y te aseguro que sí la comida que hace Pat no te devuelve el apetito, nada te lo devolverá. No tienes otros planes, ¿verdad?

—No, pero no quiero molestar a nadie...

—No vas a molestar a nadie, al contrario. Quédate aquí conmigo, Fleur. Podemos ir a dar paseos, ver películas, quedamos en la cama hasta mediodía si nos apetece. No tenemos que darle explicaciones a nadie y eso es lo que tú quieres, ¿no?

—La verdad es que suena maravilloso —sonrió Fleur por fin—, pero no quiero que nadie tenga que atenderme.

—A Pat le encantará atenderte —le aseguró Mia—. La pobre a veces está aquí sola durante semanas —añadió luego, abriendo la puerta del armario. —¿Qué me pongo? ¿Qué me pongo? —murmuró para sí misma antes de elegir unos vaqueros y un jersey de lana gruesa. —Tenemos que subir tus cosas del coche, por cierto.

—Ah, es verdad.

—Y luego te dejaré en paz un rato para que lo coloques todo a tu gusto. Vamos a

estar solas hasta mañana, así que podemos cotillear de todo el mundo. ¿Has visto el árbol de Navidad? Está precioso, ¿verdad? Pat es un tesoro, te lo digo en serio.

—¿Vive aquí todo el tiempo?

—No, no, sólo cuando venimos mi hermano o yo... o algún amigo. Vive en una de las casitas de la finca, con su madre. Mi hermano trabaja en un bufete en Londres y no viene mucho por aquí — Mia tomó un cepillo y empezó a cepillarse el pelo—. Pero, como es el hermano mayor, él es el encargado de Pengarroth ahora que mis padres no están.

—Pues no debe ser fácil para él llevar el bufete y la finca al mismo tiempo. Y supongo que nunca imaginó que tendría que hacerse cargo tan pronto.

—No, claro. Ninguno de los dos imaginó que eso iba a pasar —suspiró Mia—. Que nuestros padres murieran de forma tan inesperada hace cuatro años, antes de cumplir los sesenta, fue un golpe terrible para los dos.

—Lo sé —asintió Fleur.

Nunca había conocido a los padres o el hermano de Mia, pero lo sabía todo sobre ellos.

—Seb tuvo que hacerse cargo de todo desde entonces. Sólo tenía treinta años y disfrutaba de su vida en Londres... demasiado en opinión de mucha gente, por cierto. Pero el playboy de mi hermano tuvo que hacerse mayor de repente y no creo que le hiciera mucha gracia. Afortunadamente se ha acostumbrado y mi abuela está muy contenta. A mis abuelos les encantaba Pengarroth porque vivieron aquí durante gran parte de sus vidas.

—¿Tu abuela vive todavía? —preguntó Fleur.

—Sí, claro que sí. Mi hermano y yo vamos a visitarla a menudo. De hecho, creo que de joven era muy coqueta... antes de conocer a mi abuelo, por supuesto. Y le sigue encantando la gran ciudad.

—¿Dónde vive ahora?

—En Londres, en un apartamento precioso. Aunque ya ha cumplido ochenta años, tiene un enorme círculo de amigos con los que va al teatro, al cine, a cenar por ahí, a jugar al bridge... no hay quien la pare, pero le encanta saber que Pengarroth sigue siendo de la familia. Y adora a Sebastian, por supuesto. Es su niño bonito.

—¿Y no va a venir a pasar las navidades?

—No hemos podido convencerla —suspiró Mia—. Cuando supo que venían mis amigos dijo que prefería pasar las fiestas con los suyos y dejarnos en paz. Pero suele venir un par de meses en verano.

—Seguro que es muy divertida —sonrió Fleur, pensando en lo solitaria que había sido su vida, sin hermanos y sin abuelos u otros parientes.

—Es estupenda —rió Mia—. Y la queremos muchísimo.

Después, cuando bajaron a buscar su maleta, Mia se detuvo un momento para acariciar la cabeza del perro que dormía en el sillón.

—Pobre Benson, es tan viejo que se pasa el día durmiendo. Pero Sebastian se niega a comprar otro perro porque dice que éste es territorio de Benson, y es verdad. Además, Frank, el guardés, ya tiene suficiente trabajo como para ponerse a entrenar a otro animal.

Fleur hizo una mueca.

—Me parece que he conocido a Frank.

—¿Ah, sí?

—Antes, cuando entré en la finca por el camino equivocado. Me advirtió muy seriamente que era una zona privada.

—¿Qué te dijo?

—Más o menos que me fuera y que en el futuro me fijase mejor en los carteles.

Mia soltó una carcajada.

—Sí, a veces puede ser un poco antipático, pero vale su peso en oro. Sebastian confía en él por completo. Y, cuando sus amigos vienen de cacería en otoño, Frank se encarga de todo.

Más tarde, cuando se quedó sola, Fleur deshizo la maleta y se puso unos vaqueros y un jersey de lana verde que hacía juego con sus ojos. Era estupendo no preocuparse por tener un aspecto inmaculado o verse obligada a llevar zapatos de tacón, pensó, poniéndose unas gruesas botas de ante.

Pero cuando bajaba al primer piso estuvo a punto de chocar con Pat en la escalera.

—Ah, aquí estás. Mia ha ido a llevar unos regalos de Navidad a los vecinos. ¿Te apetece un té?

—Pues sí, me gustaría mucho.

—Puedes ir al cuarto de estar... ahí, a la izquierda.

Te llevaré el té en cinco minutos.

Fleur entró en el cuarto de estar y se dejó caer sobre uno de los sofás, frente a la chimenea. Aquellas fiestas tenían todos los elementos de una Navidad de Dickens, pensó, divertida. La habitación era muy acogedora, con muebles antiguos, pero cómodos. Suspirando, se quitó las botas para acercar los pies al fuego y cerró los ojos.

Podría acostumbrarse a aquel sitio; a la serenidad de la finca, a esa sensación de paz. Quizá podría aceptar la oferta de Mia de quedarse unos días más, pensó luego, moviendo los dedos de los pies frente al fuego.

Pero unos segundos después algo la hizo abrir los ojos y, sobresaltada, se encontró mirando una cara que había visto antes aquella mañana. El guardés de la finca estaba allí, con unos vaqueros y un polo oscuro. Evidentemente, se sentía como en su casa, pensó.

—Ah, volvemos a encontrarnos —le dijo, esperando que lamentase haberle hablado como lo hizo al comprobar que era una invitada.

Él tenía los ojos clavados en su delicada figura y su complexión de porcelana, pero antes de que pudiera decir una palabra Mia entró en la habitación.

—¡Seb! ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Vivo aquí de vez en cuando, no sé si te acuerdas —contestó él. —Hola, Mia —sonrió luego, abrazándola.

—Pero dijiste que no vendrías hasta pasado mañana. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—La cambiaron por mí, pero es una larga historia. ¿Por qué, te molesta?

—No, claro que no. Es que me has pillado por sorpresa. Y Pat tampoco me había

dicho nada...

—Pat no lo sabía. No la vi a la hora de comer y me fui a dar una vuelta por la finca porque hoy es el día libre de Frank. Espero que mi presencia no estropee tus planes.

—No, idiota —rió Mia, mirando a Fleur, que se había puesto colorada.

¡No era Frank, el guardés, era Sebastian Conway!

—Fleur, éste es mi guapísimo hermano y ella, Sebastian, es mi mejor amiga, Fleur Richardson.

Fleur se levantó del sofá y Sebastian Conway estrechó su mano, clavando en ella sus ojos oscuros. —Nos hemos visto antes. Pero deberías haberme dicho quién eras.

—¿Os conocéis? —preguntó Mia, sorprendida.

—Es el hombre del que te hablé antes... pero yo había pensado que era Frank.

Mia soltó una carcajada.

—Oh, no, Seba. La pobre Fleur me ha dicho que fuiste muy antipático.

—De haber sabido que era amiga tuya no le hubiera dicho nada. Pero es que Frank es muy protector con los nuevos esquejes y yo estaba comprobando que nadie los pisara...

—Bueno, permite que me disculpe —sonrió Fleur entonces.

—Y yo me disculpo también por echarte de la finca sin contemplaciones.

Pat entró entonces en la habitación con una bandeja.

—¡Qué alegría que haya gente en la casa otra vez! —exclamó, contenta. —La cena estará lista en media hora.

Mientras los tres se sentaban a tomar el té, Fleur no podía dejar de admirar las largas piernas de Sebastian estiradas frente a él... o sus anchos hombros y sus marcadas facciones. Aquél era un hombre poderoso, un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Un hombre al que le gustaba llevar el control.

Y Sebastian, mientras escuchaba a su hermana contándole lo que había hecho desde la última vez que se vieron, estaba haciendo su propio juicio sobre la recién llegada.

Por una vez, aquella amiga de Mia, y conocía a muchas, no era lo que había esperado. No pestañeaba coquetamente ni coqueteaba como lo hacían otras. Era una chica muy atractiva y, a juzgar por su irónica descripción del trabajo que hacía en un laboratorio, muy inteligente. Pero tenía una actitud remota que le parecía desconcertante. No era distante del todo, pero había en ella cierto desapego que lo intrigaba muchísimo.

CAPITULO 02

¡HA SIDO la mejor Navidad de mi vida! —exclamó Fleur, mientras Mia y ella ayudaban a Pat a limpiar la cocina.

Pat, con ayuda de Beryl, su madre, había trabajado mucho para dar de comer a todo el mundo, pero ahora que se habían ido era hora de descansar.

—No creo que vaya a probar bocado en un par de días —bromeó Mia—. Eres fantástica, Pato Muchas gracias por todo. Aún se me hace la boca agua cuando pienso en ese pavo relleno...

—Bueno, ya sabes que me encanta que haya gente en la casa —sonrió el ama de llaves, colgando unos paños de cocina. —Además, todos tus amigos eran muy simpáticos. Nadie ha dejado nada en el plato y ésa es siempre buena señal.

Mia miró a Fleur, pensando en lo bien que se había llevado con el resto de sus amigos y cuánto parecía haber disfrutado de las comidas de Pat a pesar de su falta de apetito.

—Sí, todo el mundo lo ha pasado muy bien. Puede que volvamos a hacerlo el año que viene —dijo, riendo. —Mandy es una chica tan mala, ¿verdad? Me dijo que pensaba seducir a Sebastian este año... según ella, el espíritu de la Navidad haría que cayese en sus redes.

—Sebastian es demasiado listo para eso —opinó Pat—. Especialmente después de... bueno, ya sabes.

—Sí, es verdad. Pobre Seb.

—¿Qué le pasa al pobre Seb? —preguntó Sebastian, que acababa de entrar en la cocina.

—Nada, estaba diciendo lo incorregible que es Mandy. Ha tonteado con todos los chicos, incluido tú. ¿O es que no te has dado cuenta? Claro que casi no te hemos visto el pelo.

Era cierto que había desaparecido en numerosas ocasiones, pensó Fleur, mirándolo de soslayo. Había pasado la Nochebuena con unos amigos de la zona y no volvió a casa hasta muy tarde. Comió con ellos el día de Navidad y el día siguiente, pero parecía preferir dejarlos solos y Fleur lo entendía. Todos eran más jóvenes que él y se había dado cuenta de que su charla y sus bromas a veces parecían aburrirlo.

Era un hombre... misterioso, pensó. La única mujer para la que parecía tener ojos era su hermana, a quien evidentemente adoraba, pero Fleur no podía dejar de preguntarse qué pensaba de ella. Había notado que la miraba especulativamente de vez en cuando y, sin embargo, era imposible saberlo. Claro que, después de todo, sólo era una más de las amigas de su hermana a las que tenía que aguantar.

Estaba empezando a anochecer y Fleur de repente sintió el deseo de salir a dar un paseo. Aunque habían salido a pasear varias veces durante las fiestas, siguiendo los caminos que les recomendó Sebastian, la mayor parte del tiempo la habían pasado comiendo, bebiendo, durmiendo, viendo películas y contando historias de fantasmas.

—Me encantaría salir a dar un paseo, Mia. Un ratito nada más, ¿te apetece?

—No cuentes conmigo, estoy agotada y los caminos estarán llenos de barro. Pero Seb seguro que irá contigo... y te protegerá de los animales salvajes que pululan por

aquí. ¿Verdad que sí, Seb?

Fleur sintió que le ardía la cara.

—No, no hace falta, en serio. Sólo me apetecía caminar un rato...

—A mí también me apetece pasear —la interrumpió Sebastian—, pero debemos irnos ahora, mientras haya luz. Ah, será mejor que te pongas algo de abrigo. Y espero que hayas traído unas buenas botas.

Durante la cena de Navidad, con aquel discreto vestido negro y la sencilla cadena de oro, le pareció la mujer más elegante de la fiesta. Incluso ahora, en vaqueros, seguía pareciéndole extrañamente elegante.

—Sí, claro, Mia me advirtió que me harían falta unas botas —dijo Fleur, dirigiéndose a la puerta. —Voy a buscar un jersey más grueso y un chubasquero. Vuelvo enseguida.

En cuanto desapareció, Mia miró a su hermano.

—Seb, quiero que me hagas un favor...

—¿Otro? ¿Qué quieres ahora?

—No es para mí, es... bueno, es que Fleur va a quedarse unos días aquí después de que yo me vaya y Pat ha prometido cuidar de ella, así que eso no será un problema...

—Al contrario, será un placer —la interrumpió el ama de llaves, abriendo la puerta del lavavajillas—. Me cae bien tu amiga porque siempre es la primera en ofrecerse a echar una mano.

—¿Y se puede saber qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Sebastian.

—Es que me gustaría que... en fin, la tomases bajo tu ala, por así decir. Dijiste que no volvías a Londres hasta finales de enero, así que...

—¿Qué significa exactamente «tomarla bajo mi ala»?

—Pues que seas amable con Fleur, que comas con ella en alguna ocasión... a lo mejor podrías llevarla al pub del pueblo. La verdad es que estoy un poco preocupada por ella. Ha perdido peso y sé que no duerme bien. Unas tranquilas vacaciones aquí le irían de maravilla, pero necesitará algo de compañía de vez en cuando.

—Mia, no creo...

—No te preocupes, no es lo que estás pensando.

No tengo intención de hacer de casamentera nunca más. Ni contigo ni con nadie, ya he aprendido la lección.

—No sabes cuánto me alegro de oírlo —dijo su hermano.

El compromiso con otra amiga de su hermana, no mucho tiempo atrás, había terminado siendo un completo desastre. Y desde entonces no había vuelto a mirar a otra mujer, aunque eso lo preocupaba un poco.

—En cualquier caso —siguió Mia— Fleur no está interesada en buscar novio, así que puedes estar tranquilo. Aunque la verdad es que lo siento por ella. Es una chica guapísima, inteligente, especial y sin embargo parece... no sé, atrapada.

—¿Qué quieres decir?

—Como si no se dejara a sí misma ser feliz. Debe ser horrible sentirse así.

—A mí no me importa ser amable con ella, si eso es lo que quieres —suspiró Sebastian—. Pero no esperes que la entretenga día y noche porque tengo trabajo que hacer aquí antes de volver a Londres.

—Ya lo sé.

—Además, tengo que ir a Truro para reunirme con el notario y el administrador de la finca... pero sí, pasaré por aquí de vez en cuando para llevar a tu amiga de la mano a dar un paseo.

Mia sonrió, contenta.

—No hace falta que le des la mano. Y, de todas formas, a Fleur no le haría gracia que te acercaras tanto. Sólo tienes que hacerle compañía de vez en cuando, eso es todo lo que te pido. Tú serás el tónico que necesita.

Fleur, que había estado a punto de entrar en la cocina, llevaba en el pasillo el tiempo suficiente como para escuchar parte de la conversación... y se quedó horrorizada. Lo último que deseaba era ser una carga para nadie y mucho menos para el reservado Sebastian Conway.

¿Cómo podía Mia ponerlo s a los dos en una situación tan incómoda? ¿Y qué podía hacer ella? No podía entrar en la cocina y decir que había escuchado la conversación o que había cambiado de opinión de repente y volvía a Londres. ¿Qué excusa podía inventar? Ya había aceptado la invitación de Mia y Pat se mostraba tan amable con ella...

Pero era evidente que Sebastian la veía como una molestia en su ocupada agenda y eso era lo último que deseaba.

Afortunadamente, prevaleció el sentido común.

Había una manera de salir del apuro, pensó. Se quedaría allí un par de días después de que Mia se fuera y luego inventaría una llamada urgente del laboratorio. No había necesidad de asustarse.

De modo que entró en la cocina con una sonrisa en los labios.

—Ah, ya estás aquí. Nos llevaremos a Benson —dijo Sebastian, chascando los dedos para llamar la atención del labrador—. Un paseo corto le vendrá bien.

Hacía mucho más frío del que Fleur había anticipado y, temblando, se puso la capucha del chubasquero.

—Podemos volver a casa si quieres —dijo Sebastian.

—No, no, me apetece pasear —murmuró Fleur, sin mirarlo—. Pero si tienes cosas que hacer, puedo pasear sola, no me importa. Conozco este camino porque estuvimos aquí ayer y Benson me hará compañía.

—Mia me mataría si te dejase abandonada. Pasearon en silencio durante unos minutos y, aunque el tiempo era frío y húmedo, había algo mágico en aquel sitio... la magia que Fleur había experimentado cuando llegó unos días antes.

—Debe ser maravilloso poder pasear por este bosque encantado cuando te apetece —murmuró—. Mia me ha dicho que vives en Londres, pero imagino que vendrás por aquí a menudo, ¿no?

—Siempre que puedo. Además, está llegando el momento de dejar el bufete y vivir aquí de forma permanente. Cada día es más difícil estar en dos sitios al mismo tiempo y la finca necesita muchos cuidados.

—¿Y te molesta tener que dejar el bufete?

—Estoy intentando acostumbrarme a la idea —sonrió él—. Yo sabía que tarde o temprano tendría que instalarme aquí, pero no imaginé que sería tan pronto. Tengo

muchos amigos en Londres y sé que, aunque no quiera, poco a poco iremos perdiendo el contacto... es inevitable. Estaré enterrado aquí y tengo que aceptarlo.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos minutos.

—Es exasperante que tu vida esté planeada de antemano por otras personas — murmuró Fleur después. —Parece que hablas por experiencia.

—En cierto sentido, sí. Yo nunca he tenido que llevar las riendas de una finca como ésta, claro, pero sí tenía mis propios planes. Mi padre, sin embargo, tenía otras ideas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ideas eran ésas?

—Él me convenció de que mi auténtica vocación era la ciencia y que tenía el deber de usar mi «excepcional cerebro», sus palabras, no las mías, para el bien de los demás. Por eso me dedico a la investigación médica.

—¿No te gusta tu trabajo?

—Sí, claro que me gusta. Es interesante y me ofrece muchas recompensas, por supuesto. Y es emocionante cuando descubrimos algo, por pequeño que sea. Pero, en general, consiste en repeticiones interminables y a menudo resulta decepcionante — Fleur levantó la mirada. —Bueno, pues ya está, ése es el resumen de mi vida. Aunque yo tenía otras ideas para mi futuro, probablemente ridículas.

—¿Qué querías hacer? —sonrió Sebastian.

—Siempre quise ser cantante de ópera. Sabía que seguramente era un sueño imposible, pero al menos me hubiera gustado intentarlo. Aunque el mundo de la ópera es muy competitivo y hay que tener suerte para llegar a la cima... y yo no soy precisamente una persona muy afortunada. Algunas personas tienen suerte, yo no. Nunca me ha tocado nada en la lotería, por ejemplo.

—A mí me ha tocado algo de vez en cuando —Sebastian no se molestó en explicar que en su círculo se le pedía constantemente que comprase boletos para rifas benéficas y eso seguramente aumentaba las posibilidades. —Pero sigue contándome. Imagino que estudiaste canto.

—Sí, sí, claro, al menos mi padre permitió que hiciera eso —asintió Fleur—. Estudié durante unos años, pero cuando llegó el momento de ir a la Escuela Superior de Canto mi padre se negó en redondo. Como tú has dicho, no es fácil estar en dos sitios a la vez y en mi caso era imposible. Así que me consuelo con disfrutar de la música en los conciertos y con escuchar mis CDs. Así es como aprendí todas las arias famosas... cuando mi padre no estaba en casa, claro. No le hubiera gustado nada tener a su hija canturreando por ahí.

La tangible nota de pena que había en su voz hizo que Sebastian arrugase el ceño.

—Bueno, en cierto sentido nuestras situaciones son similares. Los dos hemos terminado haciendo lo que otras personas querían para nosotros, aunque en mi caso fue más bien cosa del destino. Pero para ti aún no es demasiado tarde, ¿no crees? Podrías cambiar el curso de tu vida.

Fleur negó con la cabeza.

—Mi padre no me lo perdonaría nunca. Y me haría sentir culpable por dejar mi carrera para dedicarme a la música, algo que a él no le parece nada serio. Uno no salva vidas cantando arias de ópera, ¿verdad?

—Nunca se sabe —sonrió Sebastian.

—A mi madre le encanta la música, aunque ya casi nunca toca el piano para no molestar a mi padre cuando está trabajando —Fleur dejó escapar un largo suspiro. — No, ya es demasiado tarde para mí, Sebastian.

Se dio cuenta entonces de que era la primera vez que lo llamaba por su nombre y eso la sorprendió.

Para entonces habían caminado más de lo que Sebastian esperaba y, cuando miró a Benson, comprobó que el pobre animal iba tras ellos con la lengua fuera.

—Creo que deberíamos volver a casa. Benson está cansado y dentro de cinco minutos no podremos ver el camino, aunque he traído una linterna.

—Muy bien. No quiero que el pobre Benson caiga rendido... aunque yo podría seguir caminando durante horas —sonrió Fleur.

Y Sebastian lo creía. Aunque era una chica de ciudad, Fleur parecía tener una gran afinidad con el campo y saltaba sobre las piedras y tocones del camino sin su ayuda. Quizá no era tan frágil como parecía.

—Por cierto, no debes preocuparte por mi estancia aquí cuando se marche tu hermana. No necesito que me hagas compañía y siento mucho que Mia te haya puesto en una situación tan incómoda —empezó a decir ella entonces. —Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma, lo hago todos los días porque vivo sola en Londres —Fleur levantó la mirada y se encontró con los ojos oscuros de Sebastian, brillantes e intensos. —Ha sido muy amable por vuestra parte invitarme a quedarme unos días más y te aseguro que no tengo la menor intención de aburrirme. Pienso explorar la finca de arriba abajo, así que tú haz lo que tengas que hacer y no te preocupes por mí... como si no estuviera aquí.

Era evidente que había escuchado la conversación con su hermana, pero eso no lo preocupaba. Lo preocupante era que iba a ser muy difícil seguir sus instrucciones porque Fleur Richardson era la primera mujer que lo interesaba en mucho tiempo.

—¿No hay un hombre en Londres esperando ansiosamente tu regreso?

—No, qué va. ¿Ya ti? ¿No hay una chica dispuesta a ser la señora de Pengarroth?

—No, ninguna por el momento —contestó él, apartando la mirada.

Cuando estaban entrando en el círculo de luz de la mansión, los dos redujeron el paso, como si ninguno quisiera despedirse todavía.

—También yo tengo unos días de vacaciones y será un placer pasarlos contigo. Además, como yo siempre le hago caso a mi hermana, te acogeré bajo mi ala... y espero que lo pasemos bien. Porque eso es lo que Mia quiere que hagamos —dijo Sebastian, con una sonrisa que hizo que a Fleur se le doblasen las rodillas.

Bueno, parecían haber aclarado la situación sin ninguna dificultad, pensó luego, sintiéndose extrañamente aliviada. Evidentemente, Sebastian Conway era de los que creían en ir directos al grano en cualquier situación.

Pero, dijera lo que dijera, ella intentaría no molestar. No había necesidad de añadir su nombre a la lista de compromisos de Sebastian.

CAPITULO 03

MIA ESTABA muy quieta, observando a Fleur dormida en la cama de al lado y preguntándose qué iba a hacer cuando ella hubiera vuelto a Londres. Aunque Sebastian había dicho que la tomaría bajo su ala, sabía que su hermano estaba muy ocupado y, si no lo estaba, a veces era un poco... reservado.

Como si hubiera notado que la miraba, Fleur abrió los ojos de repente y sonrió, estirándose. —Buenos días —murmuró.

—¿Tú sabes qué hora es? Las diez y media —sonrió Mia, contenta de que su amiga durmiera ahora mejor que cuando llegó a Pengarroth.

Fleur se sentó en la cama, riendo.

—Anoche nos acostamos muy tarde, ¿verdad?

—Mucho, sí.

—Nunca había pasado la Nochevieja en un pub, pero la verdad es que me divertí muchísimo... Sebastian y tú conocíais a todo el mundo.

—Sí, a casi todos. Como nosotros, la gente joven del pueblo vuelve a casa para las fiestas, así que solemos encontrarlos en el pub.

—Nunca en mi vida me habían besado tantos extraños al dar las doce —rió Fleur, sin molestarse en comentar que Sebastian no había sido uno de ellos.

—Pero sólo ocurre una vez al año, cuando todo el mundo ha bebido un poquito de más — Mia se levantó de la cama para admirar el paisaje desde la ventana. —Mira, todo está cubierto de rocío. Y ahí está mi hermano, con Benson. Seb suele levantarse al amanecer... no sé si se habrá acostado siquiera.

—Sebastian y tú os lleváis muy bien, ¿verdad? —sonrió Fleur.

—Sí, mucho.

—Cuánto me gustaría tener un hermano o una hermana.

—Seb y yo siempre nos hemos llevado de maravilla, pero la diferencia de edad hace que se sienta responsable de mí. Demasiado responsable a veces. Y te aseguro que no me hace ninguna gracia que se ponga en plan padre. Sobre todo cuando se refiere a mis novios.

—¿No me digas que opina sobre los chicos con los que sales?

Mia dejó escapar un suspiro.

—¿Te acuerdas de Andy? Lo viste un par de veces, me parece, hace unos cuatro años.

—Ah, sí, me acuerdo. Era un chico encantador y yo estaba convencida de que era el hombre de tu vida. La verdad es que fue una sorpresa que rompierais.

—Sí, bueno, rompimos porque mi hermano mayor descubrió ciertas cosas sobre él y se las echó a la cara... ¡en mi apartamento! Fue el momento más embarazoso de mi vida, te lo aseguro —Mia hizo una mueca. —Aunque en defensa de Seb debo decir que había intentado advertirme varias veces, pero yo no quería escucharlo. Y, al final, Andy no pudo negar las acusaciones de Sebastian.

—¿Había otra mujer? —preguntó Fleur.

—No, no, ojalá hubiera sido sólo eso —sonrió Mia, tomando su bata. —Por lo visto,

Andy estaba involucrado en un escándalo financiero. Sebastian había hecho averiguaciones y encontró cosas muy feas... pero me enfadé con él por meterse en mi vida. Yo tengo derecho a cometer mis propios errores, ¿no? Claro que todas sus acusaciones acabaron siendo ciertas... y si me hubiera salido con la mía, es posible que ahora mismo estuviera visitando a mi marido en la cárcel.

—¡Qué horror! —exclamó Fleur.

—Así que, en realidad, le estoy agradecida a mi hermano... ahora, antes no. ¿Sabes lo último que me dijo Andy? ¡Que iba a buscarse una novia que no tuviera un hermano abogado metomentodo!

—¿Dónde está ahora esa prenda?

—Se esfumó. Y, sin duda, seguirá engañando a la gente... hasta que lo descubran. Sebastian no quiso demandado, lo único que quería era que desapareciera de mi vida y, desde luego, lo consiguió.

Aunque había sido una suerte que descubriera los manejos de Andy, Fleur podía entender el enfado de su amiga. Y eso confirmaba su impresión de Sebastian Conway: un hombre formidable, de los que llegaban hasta el final para conseguir lo que querían.

—Me vas a dar mucha envidia cuando yo esté trabajando y tú aquí, relajándote —suspiró Mia—. Aunque espero que no te aburras.

—No tengo la menor intención de aburrirme, te lo aseguro. Yo no me aburro nunca y será maravilloso estar unos días sin hacer nada... —Fleur hizo una mueca. —Pero no he traído ropa suficiente para tanto tiempo y seguramente tendré que poner la lavadora.

—Ningún problema. Además, puedes ponerte mi ropa si te hace falta. Si no te quedan bien mis vaqueros ponte alguna falda... y hay montones de jerséis. Por aquí nadie se arregla nunca, así que la falta de ropa no es un problema —sonrió Mia.

—Gracias.

—Bueno, ve a ducharte tú primero, anda —suspiró su amiga, volviendo a tirarse en la cama. —Y tómate el tiempo que quieras. Le dije a Pat que hoy nos haríamos el desayuno y la comida nosotras solitas para que pudiera ir a su casa un rato. Ah, otra cosa que voy a envidar: tú disfrutando de la comida de Pat...

—Es una cocinera maravillosa —asintió Fleur—. Cuando vuelva a casa pesaré diez kilos más.

Mia no dijo nada, pero pensó que engordar diez kilos no le iría nada mal. Aunque estaba encantada porque cada día parecía más la joven entusiasta a la que había conocido en el colegio.

Fleur seguía frente a la ventana, mirando el jardín, buscando en la distancia... pero Sebastian había desaparecido.

A la mañana siguiente, después de que Mia se hubiera marchado de Pengarroth, Fleur decidió explorar la zona por su cuenta. Aún no había visto toda la finca, pero decidió tomar un camino diferente para no encontrarse con Sebastian, a quien Mia y ella apenas habían visto desde Nochevieja. Había pasado por allí un rato el día anterior, pero no se quedó a cenar y esa mañana lo había visto a lo lejos hablando con Frank, el guardés.

Fleur había convencido a Pat de que podía hacerse el desayuno y el almuerzo ella misma, de modo que sólo debía encargarse de la cena... y eso más por Sebastian que por ella misma.

—Bueno, ya veremos —dijo el ama de llaves. —Tengo que pasar por aquí todas las mañanas, pero la verdad es que me vendría bien estar con mi madre unos días porque está un poco pachucha.

—¿En serio? No lo sabía.

—Va a cumplir ochenta y cinco este año, así que es normal que alguna vez no se encuentre del todo bien.

Era una mañana clara y fresca mientras Fleur paseaba por el camino, bien abrigada con una chaqueta de cuero forrada de piel, sintiéndose más llena de energía que nunca. Y debía admitir que apenas había pensado en el trabajo o en sus padres durante todas las vacaciones.

Estaba claro por tanto que un cambio de escenario era lo que necesitaba; no las pastillas que le había mandado el médico...

Fleur se llevó una mano al corazón al darse cuenta de que había olvidado tomar las pastillas durante los dos últimos días. En fin, daba igual. Al fin y al cabo, se encontraba estupendamente.

Se detuvo un momento en la cerca de la entrada, preguntándose si seguir colina arriba o bajar en la dirección que habían tomado para ir al pub unos días antes. Ir al pueblo sonaba mejor, decidió.

Pero apenas había dado unos pasos cuando oyó el motor de un coche tras ella y, por instinto, se pegó a los árboles que bordeaban el camino. Era el Land Rover de Sebastian, que se detuvo a su lado.

—Buenos días. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No, gracias —sonrió Fleur—. Sólo estaba dando un paseo... disfrutando del paisaje. ¿Qué hay al final de este camino?

—Cuando llegues al final, y hay casi tres kilómetros, encontrarás algunas casas, un par de granjas, tres o cuatro tiendas, el pub... y el río, por supuesto, que en esta época del año lleva mucha agua. ¿Por qué no subes? Hacer el camino de ida y vuelta puede ser agotador.

Fleur vaciló un momento.

—Bueno, de acuerdo —dijo por fin.

Mientras Sebastian tomaba el camino a considerable velocidad, ella aprovechó para mirarlo de reojo. Llevaba unos pantalones de pana gruesa que no podían esconder la firmeza de sus muslos, pero sus manos, morenas y grandes, eran sorprendentemente suaves, con largos dedos de uñas cuidadas. Claro que no era una sorpresa porque, aunque pareciese un granjero con la chaqueta de ante y el Land Rover, en realidad era un abogado londinense, un hombre distinguido.

Fleur disimuló un suspiro. ¿Por qué estaba diseccionándolo así?, se preguntó a sí misma. Sólo era un hombre...

No, eso no era verdad. No recordaba haber estado nunca en compañía de un hombre tan apuesto. Que fuese tan imperioso, tan formidable, era algo que no le gustaba demasiado, pero tampoco resultaba extraño. Al fin y al cabo, Sebastian

Conway era un hombre cargado de responsabilidades, allí y en Londres. Y también un hombre muy cariñoso con su hermana. En realidad, le habría gustado tener un hermano como él.

—Estás muy callada —observó Sebastian—. ¿Te pasa algo?

—No, no, estoy bien.

—Mia me comentó que estabas un poco pálida, pero a mí me parece que tienes un color de cara estupendo.

«Ay, Mia, de verdad».

Fleur no quería que nadie hablase de su salud y menos con Sebastian, que seguramente pensaría que iba a tener que llamar al médico en cualquier momento.

—No me pasa nada. Llevo un año trabajando mucho, eso es todo. Pero estos días en el campo están haciendo maravillas por mi salud... y las comidas de Pat, claro. Así que no tienes que preocuparte por mí.

—No estaba preocupado.

Cuando llegaron al final del camino, Sebastian detuvo el coche en el arcén.

—Tengo que ver a un granjero de por aquí, pero hay un montón de sitios que puedes visitar... y varias tiendas. Pero si encuentras el camino hasta el río, ten cuidado. Está muy embarrado y no quiero tener que sacarte con una caña de pescar.

Fleur abrió la puerta del Land Rover y bajó de un salto.

—No me pasará nada, tranquilo. Gracias por traerme.

Cuando lo vio girar a la izquierda y desaparecer por otro camino, empezó a caminar despacio, disfrutando de la carretera libre de tráfico y comparándola con las abarrotadas calles de Londres y el hospital universitario en el que trabajaba.

¿Pero podría alguien ser realmente feliz en un sitio como aquél todo el tiempo? Recordaba las palabras de Sebastian y su evidente pena porque pronto tendría que marcharse de Londres y dejar el bufete para siempre. Seguramente sería difícil al principio, pensó.

Y luego se encogió de hombros. ¿Por qué estaba preocupada por él? No era asunto suyo.

Después de pasear por el pueblo durante una hora, Fleur se dirigió hacia el río. Pudo oírlo antes de verlo y, cuando llegó a la orilla, descubrió que Sebastian tenía razón: llevaba un torrente de agua.

Como para completar la idílica imagen, el sol se abrió paso entre las nubes en ese momento y Fleur se detuvo. Aquél sería un sitio fabuloso para una merienda en verano. ¿Apreciaría la gente de allí lo que tenían?, se preguntó.

Estaba paseando por el lecho de tierra que bordeaba el río, con los ojos clavados en el agua, cuando, sin advertencia previa, sus pies se deslizaron por la embarrada pendiente...

Fleur intentó agarrarse a algo, pero no había nada y, al final, resbaló casi hasta el borde del agua. Se quedó parada durante unos segundos, preguntándose cómo iba a trepar por la pendiente. Debía tener cuidado porque todo a su alrededor estaba mojado y podía acabar en el agua.

Estaba cubierta de barro, incluida la chaqueta de Mia, y pensó que debía llegar a

Pengarroth antes de que nadie la viese. Pero para hacer eso antes tendría que recorrer varios kilómetros...

Agarrándose a la raíz de un árbol que sobresalía de la pendiente consiguió levantarse, aliviada al ver que no se había hecho más que algunas magulladuras sin importancia. Pero sólo llevaba en los bolsillos un par de pañuelos de papel y un billete de diez libras, que no iba a servirle de mucho en aquella situación.

Estaba intentando buscar la manera de trepar por la embarrada pendiente cuando una voz masculina hizo que levantase la cabeza. Sebastian Conway estaba mirándola con las manos en los bolsillos del pantalón y una sonrisa en los labios.

—¿Te has hecho daño?

Fleur apretó los dientes, avergonzada y enfadada consigo misma.

—No, estoy bien. No ha sido nada.

—Parece que te has caído —insistió Sebastian.

Estaba riéndose de ella, por supuesto, pensó Fleur, enfadada.

—Eso es evidente. Pero al menos no me he caído al agua.

—¿De verdad no te has hecho daño?

—No me he hecho daño. Estoy manchada de barro, pero nada más.

—Bueno, dame la mano.

Suspirando, Fleur obedeció y Sebastian tiró de ella.

—En el Black Horse te dejarán como nueva.

—No, prefiero ir a casa. Esta chaqueta es de Mia y...

—Podríamos comer en el pub antes de ir a casa.

Sirven buena comida... y sé que te gustó la cena de Nochevieja, ¿no?

Estaba mirándola a los ojos y, de repente, a Fleur se le paró el corazón durante una décima de segundo.

Y, aunque tenía la cara manchada de barro, a Sebastian seguía pareciéndole igual de deseable y...

Entonces se quedó inmóvil. ¿De dónde había salido esa palabra, «deseable»? Esos sentimientos habían muerto para él, junto con Davina, mucho tiempo atrás. ¿Aquella mujer bajita y cubierta de barro había sido capaz de despertar su dormida libido?

Sin embargo, eso provocó una sorprendente ola de placer... ¿o era alivio al comprobar que no estaba muerto del todo?

Pero tuvo que apartar la mirada porque si volvía a mirarla, con esos preciosos y expresivos ojos verdes, no sería responsable de sus actos.

—Creo que un almuerzo y una copa de vino te sentarían bien. Además, yo tengo hambre.

Fleur no se molestó en replicar. Sebastian Conway había decidido que iban a comer en el pub y, por lo visto, eso era lo que iba a pasar, aunque ella hubiese preferido volver a Pengarroth. Claro que de ese modo no tendría que preparar el almuerzo. Pat no iría a casa hasta la tarde, de modo que comer algo en el pub tampoco sería tan mala idea.

En cuanto entraron, Joy, la propietaria, adivinó lo que había pasado.

—Ay, Dios mío, te has caído en la orilla del río, ¿a que sí?

Fleur tuvo que sonreír.

—Estaba dando un paseo y resbalé. ¿Hay jabón en el lavabo? Tengo que asearme un poco.

—Sí, claro.

—Y después vamos a comer algo —intervino Sebastian—. Ah, y también queremos una botella de vino tinto de la casa.

Había muy pocos clientes en el pub y Joy señaló la puerta del lavabo.

—Ahora mismo te llevo una toalla —le dijo—. Y tú ve pidiendo lo que quieras, Sebastian.

Fleur suspiró. ¿Por qué había tenido que resbalar como una tonta? Afortunadamente sería fácil quitar el barro de la chaqueta con un poco de agua y los vaqueros apenas estaban manchados...

Pero cuando se miró al espejo tuvo que contener un gemido. Tenía barro desde la frente a la barbilla y no llevaba ni carmín, ni colorete... ni siquiera un cepillo para arreglarse un poco el pelo.

Sentado a una mesa frente a la chimenea del pub, Sebastian se levantó cuando Fleur salió del lavabo. —Ahora tienes mejor aspecto. ¿Seguro que no te has hecho daño?

—Sí, seguro. Estoy bien, sólo ha sido un susto. Mientras supuestamente estudiaba la carta, los pensamientos de Sebastian habían estado ocupados con lo que podría haberle pasado. Podría haberse torcido un tobillo, romperse una pierna... incluso haber caído al río. Menos mal que se le había ocurrido ir a buscarla en el último momento. Una suerte porque de no haberlo hecho, quizá Fleur hubiera estado tirada allí hasta la noche.

—Siento mucho haber interrumpido... lo que estuvieras haciendo —se disculpó ella.

Sus larguísimas pestañas estaban húmedas después de lavarse la cara y Sebastian volvió a notar cómo pestañeaba casi a cámara lenta, algo que le parecía extrañamente embrujador. En aquel momento, con la cara lavada y el pelo, normalmente bien peinado, cayendo de forma descuidada sobre los hombros, le parecía más guapa que nunca.

—No has interrumpido nada, así que deja de preocuparte —dijo Sebastian—. Ah, por cierto, he pedido vino tinto porque me ha parecido notar que te gustaba más que el blanco.

Fleur se quedó sorprendida. Y ella pensando que Sebastian Conway no tenía el menor interés por las amigas de su hermana...

—Aunque no suelo beber a la hora del almuerzo, hoy podría hacer una excepción —suspiró, estirando las manos hacia la chimenea—. Pero una copa será suficiente.

Sebastian sonrió, mostrando unos dientes muy blancos.

—Y como yo tengo que conducir, haré lo mismo.

Pero Joy guardará la botella para nosotros y la terminaremos otro día.

Fleur estaba a punto de decir: «no habrá otro día, no tienes que hacerme compañía». Pero no lo dijo. Porque en realidad le gustaba su compañía.

De repente, Sebastian se echó hacia delante y tomó una de sus manos.

—Mira, te has hecho daño... tienes una herida en los nudillos. ¿No lo habías visto?

—Sí, bueno, no es nada. «No hay sangre y si no hay sangre no hay lágrimas», la máxima de mi padre.

Sebastian no dijo nada, pero tampoco soltó su mano, rozando la parte afectada con la punta del dedo índice. Y Fleur no pudo evitar que le gustase el roce.

Joy apareció entonces con la botella de vino y tuvo que disimular una sonrisa. Sebastian Conway no había ido por allí con una mujer en mucho tiempo, demasiado, en su opinión. De modo que aquella chica debía ser especial. Aunque en Nochevieja el pub estaba lleno de gente, se había fijado en ella. Y también había visto que Sebastian no dejaba de mirarla.

Bueno, pues ya era hora, pensó.

CAPITULO 04

ESTA ES LA peor parte de la Navidad —suspiró Pat, subida en la escalera de mano para quitar los adornos del árbol.

—Sí, es un poco triste —asintió Fleur, mientras guardaba los adornos en una caja. —Pero el tiempo pasa tan rápido que dentro de nada será Navidad otra vez.

Sebastian entró entonces en el vestíbulo.

—Ah, qué bien, ya estáis guardando todo eso. Por fin volveremos a la normalidad otra vez.

—¡Pero bueno... ! Tú eres de los que no tienen espíritu navideño, evidentemente — protestó Pat.

Fleur levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los ojos oscuros de Sebastian durante un segundo. Iba vestido, como de costumbre, con ropa de campo y tenía el cabello despeinado por el viento.

—Podría matar por un café. ¿Alguien más quiere?

—No, déjalo, ya lo haré yo —dijo Pat, bajando de la escalera. —Si no te importa llevar el árbol fuera, claro.

—Por supuesto que no.

Fleur terminó de guardar las luces y, después de cerrar la caja, se incorporó.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó Sebastian.

Se sentía un poco culpable por no haberla atendido durante los dos últimos días; no sólo porque tenía cosas que hacer sino porque estaba decidido a evitar cualquier relación sentimental y era lo bastante honesto consigo mismo como para admitir que Fleur Richardson podría hacerla cambiar de opinión.

Cuando comieron juntos en el pub, las dos horas habían pasado como si fueran dos minutos. Fleur era una buena conversadora, nada pretenciosa y con opiniones firmes que, aunque expresadas libre—mente, no sonaban beligerantes. Y mientras iba relajándose frente a la chimenea, su rostro se iluminaba, animado por el brillo de sus ojos verdes.

Cuando tomó su mano, supuestamente para examinar las magulladuras de los nudillos, una ola de calor lo recorrió de arriba abajo. Pero, además de esa sensación, había experimentado también la aprensión de sentirse atrapado otra vez. Aunque era absurdo, claro. ¿No se había considerado siempre un buen juez de la naturaleza humana, no dependía su profesión de esa premisa?

¿Cómo podía haber estado ciego en lo que se refería a Davina?, se preguntaba.

Había descubierto la verdad al final, afortunadamente antes de casarse con ella. La noticia de su ruptura había viajado a toda velocidad y Sebastian, independiente y discreto por naturaleza, se había sentido molesto por las conjeturas y especulaciones que despertó.

Aunque los detalles de la debacle no eran conocidos por casi nadie, la gente se dedicó a inventar cosas. Y eso era lo peor.

La lección había sido muy dura para Sebastian y se había jurado que no habría una segunda vez.

Además, ¿había alguna mujer que estuviera dispuesta a encarcelarse en el campo de Cornualles durante el resto de su vida? Lo dudaba mucho.

Las mujeres ya no querían estar atadas a nada.

Podría funcionar durante los primeros meses o durante los primeros años, pero después se habría terminado la novelad. No, él tenía un camino por delante y no deseaba distracciones. Allí, solo, era donde iba a pasar el resto de su vida y sabía que era lo mejor para él y para Pengarroth. Tendría que ser un hijo de Mia quien heredase la propiedad.

—Lo he pasado muy bien —dijo Fleur, en respuesta a su pregunta. —He explorado la finca y, por fin, he dejado de perderme por los caminos. Y la gente del pueblo es muy agradable... les encanta pararse a charlar un rato. La verdad, casi siento que empiezo a formar parte del paisaje.

Sebastian no dijo nada. Sin la menor duda, la gente del pueblo ya habría empezado a especular sobre su relación con Fleur. Incluso le había parecido que Joy, la dueña del Black Horse, lanzaba miraditas en su dirección mientras comían juntos el otro día.

—Siento no haber podido atenderte últimamente, pero ya te dije que tenía cosas que hacer...

—No hace falta que me atiendas, estoy perfectamente —lo interrumpió Fleur.

—Pero le prometí a mi hermana que te haría compañía...

—No deberías haberle prometido nada, Sebastian. y ella no debería habértelo pedido —insistió ella.

Quizá había llegado el momento de inventar esa llamada telefónica del laboratorio, pensó. —De haber sabido que iba a darte la lata para que cuidases de mí no habría aceptado la invitación. Además, estoy acostumbrada a manejarme sola. Me gusta hacer lo que me apetece cuando me apetece, así que por favor, haz como si yo no estuviera aquí.

Sebastian sonrió, controlando la tentación de levantar su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos.

¿Cómo podía fingir que aquella mujer no estaba allí? Incluso Pat, que en más de una ocasión había demostrado su desaprobación con ciertas amigas de Mia, parecía estar encantada con Fleur.

—Muy bien, de acuerdo. Pero antes podrías ayudarme a sacar este árbol de la casa —le dijo, ofreciéndole unos guantes de cuero.

—Eso sí puedo hacerlo.

Unos minutos después, Pat asomaba la cabeza en el porche de entrada.

—El café ya está listo.

Fleur y Sebastian se reunieron con ella en la cocina. Por supuesto, Benson seguía durmiendo frente a la estufa y Fleur se inclinó para acariciarlo. —Supongo que estará cansado después de un largo paseo.

—No, hoy no lo he llevado a pasear —dijo Sebastian—. Esta mañana no he podido convencerlo para que se levantara, así que tendrá que esperar hasta la tarde para estirar las patas.

—¿Puedo llevarlo yo a dar una vuelta? —sugirió Fleur—. ¿Crees que iría conmigo?

—Seguro que le encantaría ir contigo —dijo él.

Después de tomar el café con Pat y charlar un rato, Sebastian se levantó.

—Me marcho —anunció. —Mañana por la mañana tengo que ir a Truro a reunirme con el administrador de la finca... ¿quieres ir conmigo, Fleur? Y tú también, Pat. Sé que a las mujeres os gusta ir de compras y allí hay más tiendas que en el pueblo.

—Yo tengo muchas cosas que hacer —contestó el ama de llaves. —Además, quiero estar con mi madre el mayor tiempo posible. Pero seguro que a Fleur le gustaría Truro... hay muchas cosas que ver, además de las tiendas —dijo luego, mirando de uno a otro.

Intuía que estaba pasando algo entre aquellos dos y no tenía la menor intención de hacer de carabina. Sebastian era una buena persona, como lo habían sido sus padres, y aunque a veces tenía poca paciencia, era un hombre justo. Frank lo adoraba, por ejemplo. Sebastian había visto el potencial como carpintero de su hijo Martin, que solía echar una mano en la finca, y estaba pagándole un curso de carpintería profesional.

Pero Fleur... aquella joven tan diferente a las demás amigas de Mia podría ser la mujer adecuada para él. Fleur disfrutaba paseando sola y parecía armonizar con la atmósfera de Pengarroth. Y no solía mirarse al espejo, además.

—¿Tú quieres venir, Fleur? —le preguntó Sebastian—. Te aseguro que podrías entretenerte viendo muchas cosas mientras yo estoy con el administrador. —¿De verdad no sería una molestia? No quiero hacerte perder el tiempo...

—No, en absoluto. No te preocupes por eso.

Justo en ese momento sonó el móvil de Fleur y, cuando lo sacó del bolsillo, comprobó que era Mia.

—¡Hola, Mia! ¿Qué tal...? Por aquí muy bien, de verdad... pobrecita, tener que trabajar mientras yo estoy de vacaciones. Pero a mí ya sólo me queda una semana... a menos que me llamen antes del laboratorio, claro. Sí, está aquí mismo. ¿Quieres hablar con él?

Fleur le pasó el teléfono a Sebastian y se quedó escuchando mientras los hermanos se saludaban.

—Sí, ya sabes que yo siempre hago lo que me dices, así que mañana voy a llevar a Fleur a Truro para que vea la ciudad mientras yo me reúno con el administrador de la finca y el notario... ¿Qué? Sí, bueno, supongo que también podríamos hacer eso. Sí, de acuerdo, muy bien. Sé buena, Mia —se despidió—. Bueno, señoras, me marcho —dijo antes de salir de la cocina.

Fleur levantó una ceja. Ella no había dicho que iría a Truro. Claro que Truro no estaba muy lejos y sólo estarían allí por la mañana.

Cuando se levantó para llevar las tazas al fregadero, Pat puso una mano en su brazo.

—No te preocupes, yo me encargo de eso —le dijo, admirando lo guapa que estaba con el grueso jersey de lana beige, el pelo suelto alrededor de la cara—. Y, por cierto, mi madre me ha dicho que deberías ir a tomar el té con nosotras un día de éstos. Así podrías llevarte las novelas que te iba a prestar.

—Ah, estupendo, cuando quieras.

Mientras Beryl echaba una mano a su hija durante las fiestas, Fleur y ella habían charlado sobre sus autores favoritos. Y cuando le dijo que le gustaban las novelas románticas, pero había terminado de leer la que llevaba en la maleta, Beryl se ofreció a prestarle alguna de las suyas.

—Bueno, pues entonces puedes ir pasado mañana —sugirió Pat—. Si vas a ir a Truro mañana con Sebastian...

—No he dicho que fuese a ir, por cierto. Eso lo ha dicho él. Pero sí, iré porque no conozco Truro... es una ciudad con una bonita catedral, ¿no?

—Sí, claro, preciosa.

—No quiero perderme la oportunidad de visitarla.

—¿No conoces Cornualles? —le preguntó Pat.

—No, la verdad es que no. Mi padre prefería Escocia y los lagos, así que solíamos ir allí de vacaciones cuando yo era pequeña. Y en los últimos años he salido fuera del país con mis amigos, así que... en fin, debo ser la única persona en el mundo que no está deseando viajar. La verdad es que me siento más feliz en casa. Pero tengo que hacerlo porque eso es lo que hace todo el mundo —Fleur se quedó un momento pensativa—. Dale las gracias a tu madre por la oferta, Pat. Por supuesto que iré a tomar el té.

—Y ella estará encantada. Ya no sale casi nunca y le gusta mucho recibir gente en casa. Aunque Mia y Sebastian no estén aquí, yo vengo todos los días para limpiar y comprobar que todo está en su sitio... y para atender el huerto que hay detrás de la cocina, que es mi territorio. Aunque en esta época del año no puedo hacer mucho.

—Bueno, creo que me llevaré a Benson a dar un paseo —sonrió Fleur—. Parece que no hace mal tiempo.

—Venga, perezoso —lo animó Pat.

—¿Qué hace Benson cuando tú no estás por aquí?

—Me lo llevo a casa. O se lo queda Frank. Nunca está solo, no te preocupes. Hasta hace un par de años, Sebastian se lo llevaba a Londres, pero el pobre echaba tanto de menos el campo...

—Ah, entonces Benson y yo pensamos lo mismo —sonrió Fleur.

—Tendré la comida hecha a la una —dijo Pat entonces—. Sebastian ha dicho que podría llegar un poco más tarde, pero no importa.

Fleur se preguntó entonces si Mia y Sebastian sabrían lo afortunados que eran de tener a alguien como Pat cuidando de la propiedad. Sería muy difícil encontrar a alguien así en Londres.

Después de ponerse la chaqueta llamó a Benson y, curiosamente, el animal se levantó de inmediato. —Te veo luego, Pato

Fleur estuvo paseando durante largo rato entre los árboles, con el labrador olisqueando el suelo y parándose cada tres por cuatro.

No sabía si decir que la habían llamado del laboratorio o no... aunque ya había aceptado ir a Truro al día siguiente y a tomar el té con la madre de Pat el día después.

En cualquier caso, sólo le quedaban cinco días.

En fin, ya vería, se dijo. Si sospechaba que estaba siendo una molestia para Sebastian inventaría la llamada y si no, se quedaría allí hasta que tuviera que volver a

Londres.

Después de pasear durante media hora llamó a Benson, que estaba investigando un arbusto.

—¿Quieres que sigamos paseando un ratito más?

Ah, buen chico. Venga, vamos.

El perro siguió caminando sin mirarla siquiera.

Bueno, por lo visto lo estaba pasando bien.

Y entonces, como siempre y sin aviso, empezó a llover.

—¡Ven aquí, Benson! —le gritó. —Venga, vamos, tenemos que volver a casa lo antes posible.

Pero, sin moverse del sitio, el animal la miró con cara de pena. Y cuando Fleur le puso la correa, Benson se sentó sobre los cuartos traseros, decidido a salirse con la suya.

—No seas malo, tenemos que volver a casa. Está lloviendo. Hemos dado un buen paseo y es hora de volver.

Pero el perro tenía otras ideas y, después de intentar convencerlo durante unos minutos sin resultado, Fleur empezó a preocuparse de verdad. ¿Y si se negaba en redondo a volver a casa? ¿Qué podía hacer, dejarlo allí?

—Benson, por favor... —le suplicó. Entonces recordó que llevaba unos caramelos de menta en el bolsillo de la chaqueta. Tal vez podría animarlo con eso—. ¿Quieres uno? Mira lo que tengo... son caramelos.

Aparte de arrugar un poco el morro, el labrador no mostró el menor interés.

—Muy bien, lo haremos a tu manera. Me voy, te dejo aquí. Yo tengo que volver. ¡Adiós, Benson!

Fleur empezó a caminar en dirección a la casa, con la esperanza de que el perro la siguiera, pero cuando volvió la cabeza comprobó que no se había movido un centímetro. No iba a seguirla y punto.

Fleur suspiró, exasperada. ¿Qué podía hacer? No pensaba volver a casa sin Benson.

Pero cuando miró el reloj se quedó horrorizada al comprobar que era casi la una y media. Llevaba más tiempo paseando del que había imaginado y ahora iba llegar tarde a comer. Pero no podía hacer nada; tendría que esperar a que Benson decidiera mover el trasero.

Sintiéndose como una boba, se apoyó en el tronco de un árbol, un poco más cerca del labrador. Con la correa en la mano, lo miró pensativamente durante unos minutos sin parpadear. Y Benson le devolvió la mirada, impertérrito.

La lluvia se había convertido en un chaparrón y tanto Benson como ella estaban empapados. Fleur, con el pelo pegado a la cara, ni se acordó de que la chaqueta llevaba capucha.

—Nadie me había dicho que fueras una criatura tan cabezota. ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Y qué voy a hacer yo contigo? —oyó la voz de Sebastian tras ella. —¿Se puede saber qué pasa? Pat y yo estábamos esperándote para comer.

—Es que Benson no quiere moverse de ahí. No he podido convencerlo ni siquiera

con caramelos —suspiró ella. —Y no iba a dejarlo aquí solo, ¿no?

Sebastian levantó una ceja, divertido.

—¡Vamos, Benson! —lo llamó, chascando los dedos. Y, naturalmente, el traidor se levantó.

—¡No me lo puedo creer! Evidentemente, sólo responde a la voz de su amo.

—No, más bien creo que disfruta tanto de tu compañía que no quería que terminase el paseo —rió Sebastian.

No conocía a ninguna otra mujer que se hubiera quedado esperando pacientemente a un perro bajo aquel aguacero, pensó. Pero Fleur casi parecía disfrutar estando mojada o cubierta de barro.

Tardaron casi media hora en volver, con Benson trotando felizmente al lado de Sebastian.

—De verdad, no me lo creo —protestó Fleur—. Míralo, tan contento. Y a mí no me hacía ni caso. —Supongo que le apetecía quedarse donde estaba.

O a lo mejor quería dormir un rato... lo has llevado bastante más lejos de donde yo suelo llevarlo.

—Ah, vaya, espero no haber agotado al pobrecito.

—El pobrecito está perfectamente, no te preocupes. El único que está sufriendo soy yo, que me muero de hambre.

—¿Y por qué no has comido antes de venir?

—¿Pensando que mi perro y mi... protegida se habían perdido por el campo?

Fleur decidió pasar por alto lo de «protegida» porque sabía que estaba de broma.

Una vez de vuelta en la casa se aseó rápidamente antes de sentarse con Sebastian para comer lo que Pat había dejado en la nevera mientras Benson dormía a los pies de la mesa.

Pero cuando le ofreció una copa de vino la rechazó. Ella prefería beber agua durante el almuerzo y le daba igual lo que pensara Sebastian Conway. Había tomado la decisión de no alterar sus principios para acomodarse a los gustos de los demás y no iba a cambiar de repente.

—¿Qué piensas hacer esta tarde? —le preguntó Sebastian después de comer.

—Aún no lo sé...

En ese momento sonó el teléfono y él se levantó para contestar.

—No, Pat, quédate con tu madre. No te preocupes por nosotros, estamos perfectamente. No, no, para nada, tú quédate con Beryl... y no vengas esta noche, ya nos arreglaremos con la cena. Tu madre te necesita más que nosotros. Sí, claro... a ver qué dice el médico. Por supuesto, te llamo mañana —le dijo, antes de colgar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fleur.

—La madre de Pat tiene una angina de pecho y ha sufrido otro de sus ataques, así que le he dicho que se quede con ella.

—¿Es grave?

—Sufre esos ataques de vez en cuando, pero es una mujer muy fuerte. Y supongo que nosotros podemos cuidarnos solitos durante las próximas veinticuatro horas.

—Pues claro que sí.

—Pat ha dejado filetes, champiñones, tomates y no sé qué más en la nevera. ¿Tú sabes cocinar? Porque me temo que no es precisamente lo mío.

—Pues entonces déjame a mí —sonrió Fleur, pensando que su anfitrión y ella de repente parecían sentirse muy cómodos el uno con el otro.

Pero, claro, ¿qué había esperado? Al fin y al cabo, Sebastian era el hermano de Mia. Ella siempre había querido a su amiga y estaba empezando a quererlo a él también. Con un cariño fraternal, naturalmente.

—No esperes que lo haga tan bien como Pat, pero intentaré esmerarme.

—Lo harás estupendamente, estoy seguro —dijo Sebastian, regalándole una de sus enigmáticas sonrisas. —Bueno, yo voy a estar con Frank durante el resto del día. Imagino que no pensarás agotar a mi perro otra vez, ¿verdad?

—No, lo que voy a hacer es darme un largo baño caliente —respondió ella. —Luego veré una película y pensaré qué hago de cena.

Sebastian disimuló un gesto de alegría. Le gustaba la idea de volver a casa con Fleur después de pasar el día al aire libre, pensó. Y tenerla allí, para él solo en Pengarroth.

A pesar de su promesa de ser vigilante con respecto a las mujeres, una ola de deseo lo sorprendió. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que experimentó ese instinto sensual, el deseo de estar con una mujer, de tocarla... ¡y tenía que ser aquella inusual amiga de Mia quien lo hiciera darse cuenta de lo que se estaba perdiendo!

CAPITULO 05

—BUENO, eso sí que ha sido una sorpresa —anunció Sebastian mientras Fleur y él se relajaban en el salón después de cenar. —Tengo que darte un diez por la cena... y las gracias, claro.

Sentada en el sofá, con las piernas sobre el asiento y los ojos cerrados, Fleur parecía estar en su propia casa.

—Espero que sea un cumplido.

—Naturalmente.

—Hacer un filete con patatas no es precisamente una tarea difícil—rió ella.

Los troncos crepitaban alegremente en la chimenea y, sólo con una lamparita encendida, el ambiente en el cuarto de estar era muy acogedor. Sentado frente a ella en un sillón, Sebastian, con un pantalón de pana y los pies descalzos embudidos en mocasines de ante, sus largas piernas estiradas frente a él, dejó escapar un suspiro de contento.

Era asombroso lo cómodo que se sentía en compañía de Fleur, como si la conociera desde siempre.

Era la única mujer que no le enviaba señales; pestañeos, comentarios sugerentes o gestos para hacerle saber que estaba interesada. Tenía la impresión de caerle bien, pero nada más que eso... y le gustaba. Porque de ese modo era más fácil mantenerla a distancia. Ninguno de los dos estaba interesado en una relación y eso debía explicar por qué no había tensión sexual entre ellos.

El único problema era que le pareciese tan atractiva. Claro que pronto se separarían y dudaba que volviese a verla. Mia y sus amigos estaban tan ocupados últimamente que rara vez solían reunirse.

Había llevado al salón la botella de vino que habían compartido durante la cena y se inclinó un poco para llenar las copas. No quería que se durmiera, algo que parecía a punto de hacer; quería que charlase con él, quería escuchar algunas de sus opiniones.

—Tenemos que terminar esta botella.

—Sólo un poquito más —murmuró Fleur—. No aguanto demasiado bien el alcohol... aunque la verdad es que ese vino está riquísimo.

Después de servir las copas, Sebastian dejó la botella sobre la mesa.

—Ya está, se terminó. Pero hay más en la despensa si te apetece vivir peligrosamente.

—No, gracias. Aunque no diría que no a un buen café. Iré a hacerlo en un minuto.

—No, quédate. Estás tan cómoda que sería un crimen hacer que te levantas del sofá. Yo haré el café, ya que tú has hecho la cena.

—Muy bien.

Sebastian se quedó en silencio un momento. —Dijiste que tus padres estaban de vacaciones en Bastan. ¿Sabes algo de ellos?

—Sí, claro, me llamaron el día de Navidad y en Año Nuevo con los consiguientes buenos deseos.

Mi padre esperaba que el próximo año estuviera lleno de éxitos profesionales y mi

madre me deseó felicidad y amor —Fleur sonrió. —La pobre está desesperada por tener un nieto, pero no creo que eso vaya a pasar. Nunca se lo he dicho, claro, porque sería demasiado cruel, pero me temo que espera en vano.

Sebastian la miró, muy serio. —¿No te gustan los niños?

—Claro que me gustan —respondió ella. —Lo que [no quiero es poner mi vida en manos de un hombre, convertirme en un ser anónimo como le pasó a mi madre.

Helen Richardson era una mujer guapa y llena de talento que se había convertido en un ser silencioso, un pajarito en su jaula... o eso le parecía a Fleur. Y ella no pensaba sufrir el mismo destino: ser controlada por un hombre.

Sebastian no necesitaba más explicaciones. El rencor de Fleur por la influencia de su padre había teñido la natural inclinación de la mayoría de las mujeres hacia el matrimonio y la familia. Una pena, pensó.

Unos minutos después salió de la habitación y volvió con una bandeja que dejó sobre la mesita. —Azúcar y leche para la señora —murmuró.

Fleur se incorporó un poco en el sofá. No le sorprendía que lo recordase. Sebastian era ese tipo de hombre.

—Dentro de nada, todo esto será sólo un recuerdo lejano —murmuró. —Pero llevo un diario, así me acordare.

—Bueno, siempre puedes volver a visitarnos —sonrió él. —Esté Mia en Pengarroth o no. La casa debe usarse y Pat siempre está por aquí. Puedes venir cuando quieras, Fleur.

—Muchas gracias.

—De hecho, creo que te encantaría venir en primavera, cuando todo está florecido. En la primera semana de mayo organizamos un concurso floral y todo el pueblo viene para admirar nuestras lilas. Toda la finca huele a lilas, es maravilloso.

Los ojos de Fleur brillaron al imaginar la escena.

—Me encantan las lilas. Y me encantaría volver en primavera, la verdad. Si Mia decide venir, a lo mejor me animo a acompañarla.

—Da igual que Mia venga o no —insistió Sebastian—. Aunque normalmente suele venir porque, al fin y al cabo, el concurso se organiza en la finca.

Los dos se quedaron callados un momento y Fleur decidió cambiar de tema:

—En Nochebuena todo el mundo empezó a contar historias de fantasmas y Mia...

—Ah, ya, mi hermana habló de la presencia sobrenatural de Pengarroth, seguro —sonrió Sebastian—. Bueno, desde luego sirve para entretener a los invitados.

—¿Pero de verdad hay un fantasma? Pensé que lo decía de broma.

—Ninguno de nosotros lo ha visto, pero hay gente que dice haber tenido esa experiencia —Sebastian tomó un sorbo de café. —Claro que tú no creerás en esas tonterías, ¿no?

—Por supuesto que no —contestó Fleur, un poco nerviosa. —Yo soy científica, sólo creo en lo que se puede demostrar. Y, que yo sepa, nadie ha demostrado la existencia de los fantasmas.

—Ah, ya veo. ¿Entonces no quieres que te lo cuente?

—Mia empezó a contarnos la historia, pero a Mandy casi le dio un ataque de

histeria y tuvo que dejarlo —sonrió Fleur.

Sebastian se arrellanó en el sillón, con las manos en la nuca.

—Nuestro fantasma es aparentemente un caballero de mediana edad muy bien vestido y con un sombrero de copa. Se le ha visto pasear por el piso de arriba... se para un momento, como si estuviera esperando a alguien y luego desaparece a través de uno de los muros.

—¿Quién lo ha visto?

—Uno de mis antepasados lo describió en su diario hace cien años e incluso aparece en los documentos oficiales de la casa —contestó él. —Y desde entonces dos personas más han jurado haberlo visto. Uno era un criado que estaba calentando agua para hacer el té. Alguien debió hablarle sobre el fantasma y el chico juró haberlo visto desaparecer a través del muro. En fin, el pobre salió corriendo y se negó a volver a Pengaroth. Y luego...

—¿Lo han visto más personas?

—Beryl, la madre de Pat, jura que lo ha visto no una sino dos veces... cuando estaba arriba limpiando.

Fleur se llevó una mano al corazón.

—¿Beryl lo ha visto? ¿En serio?

Aquello era increíble. La madre de Pat no parecía una mujer dada a ese tipo de fantasías y, en su opinión, totalmente incapaz de inventar historias.

—Eso dice —sonrió Sebastian—. Pero a ella no le da ningún miedo. Dice que si el fantasma no se mete con ella, no tiene el menor problema en verlo de vez en cuando. Claro que la cura de Beryl para cualquier trastorno es un vino de moras que hace ella misma —rió luego. —Eso podría explicar las visiones fantasmales. Aunque también es verdad que nunca la he visto achispada.

—Entonces Mia no estaba tomándonos el pelo —murmuró Fleur, intentando disimular cierta inquietud.

Lo que había dicho sobre no creer en fantasmas no era cierto del todo porque, a pesar de su entrena—miento científico, sabía que ciertas cosas no tenían explicación racional; eran fenómenos cuyos secretos aún no habían sido revelados. Claro que serían revelados algún día.

—A mi madre la historia del fantasma le parecería absolutamente fascinante. Es una persona muy espiritual y de mente abierta. Claro que mi padre se ríe de todo lo que no se pueda tocar.

—Y tú estás de acuerdo con él —sugirió Sebastian.

—Sí, claro.

—¿Y los horóscopos? ¿No lees tu horóscopo? Es lo primero que Mia lee en el periódico y no le da ninguna vergüenza admitirlo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de todo esto? —sonrió Fleur.

—Yo nunca leo mi horóscopo, aunque Mia insiste en hacerlo por mí y luego me cuenta lo que me espera en el futuro.

Ninguno de los dos dijo nada más durante unos minutos y luego Fleur se levantó, estirándose. —Bueno, me voy a la cama. He cenado demasiado y he bebido

demasiado. ¿A qué hora debo estar lista por la mañana?

—Deberíamos irnos a las nueve. ¿Quieres que te despierte?

—No, no hace falta, tengo despertador. Además, suelo levantarme al amanecer.

Aunque debía admitir que desde que estaba en Pengarroth había dormido como un tronco. El estrés de los últimos meses, la causa de tantas noches en vela, parecía haberse esfumado.

—Buenas noches, Sebastian.

—Buenas noches. Que duermas bien.

Una vez en su habitación Fleur se desvistió rápidamente y, después de lavarse los dientes y cepillarse el pelo, se metió bajo las sábanas, mirando hacia la cama que había ocupado Mia. Le gustaría que su amiga siguiera allí. Había sido tan agradable charlar con ella, hacer planes hasta que una de las dos se quedaba dormida...

Ahora la habitación estaba absolutamente silenciosa, con el sonido de su propia respiración por toda compañía.

Suspirando, Fleur cerró los ojos y poco a poco se quedó dormida...

En sus sueños, su madre y ella estaban hablando sobre presencias fantasmales, sobre los inexplicables presentimientos de Helen, que a menudo solían convertirse en realidad, sobre el sexto sentido que parecía poseer, los ángeles en los que creía...

Pero entonces, sin previo aviso y sintiéndose envuelta por una ola de ansiedad, Fleur se sentó de golpe en la cama, su frente cubierta de sudor.

Porque podía verlo... existía de verdad. ¡El fantasma de Pengarroth, con su sombrero de copa, estaba allí, en su habitación, y se acercaba lentamente a la cama!

Cubriéndose hasta los hombros con el edredón, abrió la boca para gritar, para decirle que se fuera, pero de su garganta no salía sonido alguno. Con las rodillas levantadas, los ojos abiertos como platos, Fleur vio cómo se acercaba inexorablemente y de repente... de repente lo reconoció... era su padre. Su padre estaba allí, en Pengarroth.

¿Pero cómo? ¿Por qué?

Podía distinguir claramente sus facciones: la decidida expresión, el ceño arrugado. Y, por fin, Fleur encontró su voz:

—¡Vete, no tienes por qué estar aquí! ¡Déjame en paz, vete!

Pero la figura seguía avanzando y ella seguía gritando, escondiéndose bajo el edredón. Ya casi podía sentirlo, estaba tan cerca...

De repente la puerta se abrió y Sebastian apareció a su lado, mirándola con cara de sorpresa.

—¡Fleur! ¿Qué pasa, Fleur?

Sin dudarle un segundo, Fleur se incorporó para agarrarse a él con todas sus fuerzas, casi tirándolo en su desesperación. Y entonces empezó a llorar. Lágrimas de sorpresa, de miedo, de alivio. No recordaba la última vez que había llorado porque debía haber sido muchos años antes, pero ahora lloraba sin vergüenza alguna.

Sebastian la dejó llorar sin decir una palabra, pero ahora sentado en la cama, abrazándola, el mentón apoyado sobre su pelo.

—Lo he visto... lo he visto —consiguió decir Fleur entre sollozos.

—No pasa nada, tranquila, estoy aquí.

No sabía cuánto tiempo habían estado así, pero al final se quedó sin lágrimas y levantó los ojos para mirarlo. Y entonces, como si fuera lo más natural del mundo, Sebastian inclinó un poco la cabeza para buscar sus labios y el calor de esa breve caricia envió olas de emoción por todo su cuerpo...

Fleur no se apartó. No quería apartarse porque, asombrada, se encontró disfrutando del íntimo contacto. La masculinidad de Sebastian haciéndola sentir deseada, protegida... pero no abrumada ni amenazada en absoluto.

Y, cuando por fin el terror desapareció, se quedó muy quieta entre sus brazos. Asombrosamente, no se sentía avergonzada por el beso, ni por haberse apretado contra su cuerpo de esa manera.

—Fleur, no has visto nada, sólo ha sido una pesadilla. Siento mucho haberte contado la historia del maldito fantasma... ha sido una estupidez contártelo justo antes de que te fueras a la cama.

El camisón se había deslizado por sus hombros, dejando al descubierto el nacimiento de sus pechos y, con ternura, Sebastian apartó un mechón de pelo de su frente. Luego, tomando un pañuelo de papel de la mesilla, secó sus lágrimas.

Despierta ahora del todo, Fleur se fijó en sus calzoncillos, en el vello oscuro de su torso, en sus poderosos muslos... y sintió un escalofrío. ¿Aquello era también parte del sueño? ¿Despertaría un segundo después y Sebastian se habría ido?

Pero sabía que no era una fantasía... el calor del cuerpo masculino no era algo creado por su imaginación.

—¿Quieres que me quede? —le preguntó Sebastian, deseando que dijera que sí.

Pero, después de un segundo de vacilación, Fleur contestó:

—No, no hace falta, gracias. Estoy bien. Y lo siento muchísimo. Yo no suelo tener pesadillas, pero tiene que haberlo sido. ¿Cómo iba a ser otra cosa?

—Claro que no.

—Siento mucho haberte molestado, de verdad.

Sebastian se levantó, sonriendo, pero se volvió para mirarla cuando llegó a la puerta.

—¿Quieres un vaso de leche? ¿Algo que te ayude a dormir?

—No, gracias. Tengo aquí un vaso de agua, así que me tomaré una pastilla. Y te pido disculpas otra vez por ser tan tonta... no me había pasado nunca.

—No te preocupes.

Sebastian cerró suavemente la puerta y, mientras volvía a su habitación, iba frustrado y nervioso. Sólo habría hecho falta una palabra de Fleur y se habría metido en la cama con ella para abrazarla, para hacerle el amor hasta el amanecer. ¿De verdad hubiera sucumbido tan rápidamente? Quizá no había fantasmas en la casa, pero Fleur Richardson lo tenía hechizado.

Después de entrar en su habitación cerró la puerta y se apoyó en ella durante un segundo. Afortunadamente, Fleur había rechazado su oferta de quedarse con ella. Debía estar loco para sugerir algo así.

Suspirando, se acercó a la ventana para mirar la oscuridad. Se había creído inmune

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

al encanto de una mujer tan guapa y dulce como ella, pero evidentemente no era así.

Y había llegado el momento de mantener las distancias.

¿No iba a aprender nunca?

CAPITULO 06

FLEUR miró el frasco de pastillas que tenía en la mano. Pero sabía que no iba a tomar ninguna porque no quería que lo que acababa de pasar se borrara de su mente. Quería retener el recuerdo, la sensación de la boca de Sebastian sobre la suya, durante el mayor tiempo posible. Deseaba sentir sus fuertes brazos alrededor, quería su masculina fragancia en los pulmones...

Cuando se miró al espejo del baño comprobó que estaba pálida, despeinada, los ojos hinchados por las lágrimas. Pero nada de eso parecía haber importado a Sebastian.

Él la había deseado y ella había tenido que hacer uso de todo su sentido común y su autocontrol para decirle que no. Y para negárselo a sí misma, tuvo que admitir. ¿Cómo había podido decirle que se fuera?

Qué cosa tan extraña había pasado, que el fantasma de repente adquiriese el rostro de su padre... ¿Qué significaba eso? Fleur se encogió de hombros. Así eran los sueños: inexplicables, sin razón alguna.

Pero sabía muy bien cómo había conseguido resistirse, pensó luego, mientras tomaba un vaso de agua. Aunque se mostraba amable y encantador, Sebastian Conway era un hombre formidable, acostumbrado a dar órdenes y a que las cosas fueran hechas a su manera; el tipo de hombre con el que ella no quería tener ninguna relación.

De modo que había hecho lo que tenía que hacer.

Además, seguramente la filosofía de Sebastian sería disfrutar de un momento de placer y luego seguir adelante como si nada hubiera pasado.

Mañana sería otro día, se dijo, mientras volvía a meterse en la cama. Y debía olvidar el episodio de aquella noche lo antes posible. Lamentaba haber aceptado su oferta de ir a Truro, pero por la mañana inventaría la llamada urgente del laboratorio pidiéndole que volviese urgentemente al trabajo. Era más seguro volver a Londres, alejarse de Pengaroth y de Sebastian.

Por fin se quedó dormida y, esta vez, sus sueños fueron puro lujo. Sebastian estaba a su lado, abrazándola, acariciándola como no lo había hecho ningún otro hombre. Era embriagador, dulce... exquisito.

Cuando despertó se sentía fresca y resuelta. Esa ridícula pesadilla había hecho que se comportase como una cría. Había dejado que Sebastian, su anfitrión y el hermano de Mia, la besara apasionadamente en su dormitorio, a solas. ¡Y lo que ambos llevaban puesto por la noche no dejaba mucho a la imaginación!

Fleur se puso unos vaqueros y el jersey de lana gris que su madre le había regalado y, después de sujetarse el pelo en una coleta, salió de la habitación para bajar al primer piso.

Pero cuando oyó a Sebastian moviéndose por la cocina se le puso el corazón en un puño. Un segundo antes estaba convencida de que podía portarse como si no hubiera ocurrido nada por la noche... y ahora, de repente, le temblaban las piernas.

Sebastian estaba haciendo café, de espaldas a la puerta, pero se volvió inmediatamente al oír sus pasos y en sus ojos pudo ver un brillo de admiración. —

Buenos días. ¿Conseguiste dormir un rato?

—Sí, gracias —contestó Fleur, sin mirarlo—. Al final pude dormir. ¿Quieres que haga algo... beicon, huevos con jamón?

—No, la verdad es que yo suelo desayunar poco.

Pero tú hazte lo que quieras.

—Con unas tostadas me conformo. ¿Te apetecen un par de tostadas?

—Muy bien, te haré compañía.

Fleur volvió a la mesa poco después con las tostadas, mantequilla y miel de la zona.

—Tengo que pedirte disculpas otra vez por lo de anoche. No sé qué me pasó... yo no suelo tener pesadillas.

Él estaba a punto de decir: «yo no lo lamento en absoluto», pero se mordió la lengua. ¿Cómo iba a lamentar haberla tenido entre sus brazos? Pero, por la mañana, era completamente diferente. Fleur se mostraba fría, compuesta, casi distante. Y se preguntó si recordaría que la había abrazado, que ella misma le había ofrecido sus labios...

Quizá también eso se había convertido en parte del sueño para ella.

—No tienes que pedirme disculpas. Si hubiese esperado unos segundos más, seguramente te habrías despertado sola. Pero cuando te oí gritar pensé que al menos debía entrar para ver si estabas bien. El confort de nuestros invitados es fundamental en Pengaroth.

Podría haberle dicho que cuando la oyó gritar pensó que la estaban asesinando o algo así, pensó Fleur. Pero estaba siendo amable, como siempre.

—Lo extraño es que yo no creo tener pesadillas nunca. Claro que como vivo sola, no hay nadie que pueda confirmarlo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero el fantasma me parecía tan real... es increíble los trucos que puede jugarte la mente. En fin, dejémoslo —sonrió luego—. Así que hoy tienes reuniones en Truro. ¿Crees que durarán mucho?

—No, no lo creo. Y seguro que podemos comer juntos —Sebastian tomó su taza, pensativo. No podía creer que su encuentro nocturno hubiera sido completamente olvidado, como si no hubiese ocurrido nunca.

Claro que quizá era lo mejor, pensó luego. Eso era lo que él quería: olvidar el calor de Fleur, que lo había golpeado con la fuerza de un tsunami. Quería olvidar sus labios y como, evidentemente, ella pensaba lo mismo, lo mejor sería que su relación volviera a ser anfitrión—invitada.

—He visto unos folletos de Truro en la mesita del vestíbulo y creo que no me aburriré. Además de visitar la catedral y el museo, y las tiendas, claro, me gusta pasear por las ciudades que no conozco. Incluso me gusta mirar por las ventanas de las casas —le confesó Fleur—. Así que no te preocupes por mí, yo estaré ocupada.

—Estupendo —dijo Sebastian—. Pero te llamaré al móvil en cuanto termine la reunión. Quiero que comamos en un sitio especial. Mia me dijo por teléfono que te llevase allí y es mejor que la obedezca.

Fleur movió su café, pensativa.

—No tienes que ocuparte de mí, en serio. ¿Por qué vas a perder tiempo en Truro si ya conoces la ciudad?

—De todas maneras tengo que comer, ¿no? Ah, por cierto, Pat llamó hace un rato. Su madre está mucho mejor y ha dicho que vendrá a hacer la cena, así que esta noche no te toca hacer de cocinera.

—¿Dónde está Benson? —preguntó Fleur.

—Se ha ido con Frank.

Poco después estaban listos para irse a Truro, pero no en el Land Rover sino en un flamante BMW de color metalizado.

—¡Menudo cochazo! —exclamó Fleur—. Bastante más grande que mi coche.

—Tu coche es estupendo para una ciudad como Londres. Si no tienes que viajar a menudo por la autopista lo mejor es tener un coche pequeño.

Por segunda vez desde que llegó a Pengarroth, el sol se atrevió a abrirse paso entre las nubes y Fleur se animó un poco.

Luego miró a Sebastian de soslayo. Llevaba un traje de chaqueta y corbata, la perfecta imagen de la masculinidad, pensó. Y el serio perfil parecía confirmar su imagen de él como un hombre duro, de complicada personalidad. No, duro no, pensó luego, más bien misterioso.

Tardaron menos de una hora en llegar a Truro y, después de intercambiar números de móvil, Sebastian aparcó el coche frente a la oficina del administrador de la finca.

—En cuanto termine te llamaré. Pásalo bien, Fleur.

Durante una hora, Fleur paseó por las calles de la antigua ciudad, llena de turistas incluso en enero. La catedral estaba situada en el centro, como un majestuoso guardián, pero fue una plaza porticada llena de tiendecitas lo que más llamó su atención. Ella no era una compradora compulsiva, pero le gustaba ir de escaparates y, sabiendo que tenía tanto tiempo libre, era una actividad muy divertida.

Al final, compró una pulserita de plata para su madre y un original papel de cartas para ella. Y luego decidió comprar algo para Pat y Beryl también. ¿Pero qué? No las conocía lo suficiente como para saber qué les gustaba, de modo que tendría que esperar que llegase la inspiración.

Entonces decidió ir a la catedral. Aunque, según los folletos, era de las más nuevas del país, construida en 1880, era un edificio grandioso, sus torres y agujas dominando toda la ciudad.

Pero cuando estaba a punto de entrar sonó su móvil.

—Ya he terminado —era Sebastian—. ¿Dónde estás?

—A punto de entrar en la catedral.

—Ah, entonces nos encontraremos en el interior.

En cuanto entró en el edificio, Fleur se quedó sorprendida por las esbeltas columnas, los ábsides y el techo abovedado. Y mientras paseaba por la nave principal se preguntó cuántos edificios como aquél habría en el mundo; santuarios en los que la gente se reunía para rezar o para buscar refugio... y, por alguna razón, se le hizo un nudo en la garganta.

Pero fue el sonido del órgano lo que la dejó sin aliento. El majestuoso instrumento hacía eco en el enorme edificio para que cada una de sus piedras escuchase el eterno mensaje de esperanza, de con—suelo, de inspiración.

Decidió quedarse sentada allí unos minutos, cerrando los ojos y consciente de que una solitaria lágrima rodaba por su mejilla, aunque no sabía por qué.

Poco después Sebastian se sentó a su lado y tocó su brazo suavemente. Cuando abrió los ojos, Fleur vio que le ofrecía su pañuelo y lo aceptó sin decir nada.

—Estos sitios provocan una extraña emoción, ¿verdad?

—Te hacen sentir tan pequeño, tan insignificante...

Sebastian la miró durante unos segundos, en silencio.

—Bueno, creo que es hora de que te lleve a comer

—dijo luego, en voz baja. —La reunión ha ido muy bien, he solucionado todos los problemas. —Me alegro por ti.

—Vamos a un sitio muy especial, ya lo verás. Pero no debemos comer demasiado porque esta noche Pat hará la cena.

Y era de verdad un sitio especial, pensó Fleur cuando llegaron a un restaurante típico de la zona, justo en el centro de la ciudad. El camarero los sentó frente a una ventana y, mientras Sebastian pedía una botella de vino, Fleur admiró las calles de Truro, a la gente paseando...

Y cuando volvió la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Sebastian Conway de una manera que recordaría durante mucho tiempo.

—Te recomiendo las tartaletas de cangrejo, que sirven con una ensalada estupenda —sugirió él, ofreciéndole la carta. —O el pastel de carne. Está muy bueno, aunque llena muchísimo.

—Prefiero las tartaletas de cangrejo —sonrió Fleur. Después de comer tuvo que reconocer que Sebastian tenía razón: aquel sitio era una maravilla.

—Las tartaletas estaban riquísimas.

Ella sí que estaba «riquísima», pensó Sebastian. ¿Por qué estaba tan guapa se pusiera lo que se pusiera? ¿Y por qué le afectaba tanto esa forma suya de parpadear?

Era un lunes por la mañana del mes de enero, había tenido una reunión de casi tres horas con el administrador de la finca y, sin embargo, su único interés era la mujer que estaba sentada frente a él. Una mujer que pronto se iría a su casa y a la que seguramente no volvería a ver nunca.

¿Por qué desperdiciar sentimientos con alguien que pronto estaría fuera de su vida? ¿O con cualquier mujer? Ya había tomado una decisión sobre ese asunto y él nunca, o casi nunca, cambiaba de opinión sobre temas importantes. No estaba en su naturaleza.

Después de comer subieron al coche y Sebastian condujo mucho más despacio de lo que solía hacerla porque le gustaba estar con Fleur.

—Ay, se me ha olvidado comprar un regalo para Pat y su madre.

—¿Sabes qué quieres comprarles?

—No tengo ni idea —admitió ella.

—Vamos a pasar por un vivero dentro de cinco minutos. Aunque a Beryl le haría ilusión una botella de Jerez y yo tengo muchas en casa, seguro que en el vivero encuentras algo para Pat.

Una vez allí, Fleur se fijó en una regadera de porcelana para plantas de interior.

—Aunque no la use nunca, quedaría bonita como adorno, ¿verdad?

—La usará, seguro. Y le gustará especialmente porque se la has regalado tú.

Cuando estaban llegando a Pengarroth, de repente Fleur recordó otra cosa que había olvidado: decirle que la habían llamado urgentemente del laboratorio para que volviese a Londres.

Lo estaba pasando tan bien que se había olvidado del asunto por completo. Daba igual, inventaría el mensaje para el día siguiente.

Pat estaba en la cocina cuando llegaron a casa y, después de preguntarle por Beryl, Fleur subió a su habitación. Estaba agotada y se tumbó en la cama para cerrar los ojos un momento. Al fin y al cabo estaba de vacaciones y podía permitirse el lujo de descansar un rato si quería...

Pero el sonido de la campanilla de la puerta la despertó y, cuando miró su reloj, comprobó que habían pasado dos horas. ¡Llevaba dos horas dormida!

No había oído esa campanilla desde que llegaron los amigos de Mia el día de Nochebuena. Evidentemente, en Pengarroth no recibían muchas visitas.

Fleur saltó de la cama para darse un baño de espuma. Y, mientras lo hacía, decidió que volvería a casa al día siguiente. No quería que los sentimientos que empezaba a experimentar por Sebastian nublaran su sentido común ni un día más... y para eso tenía que volver a trabajar.

Si Beryl se encontraba lo bastante bien como para recibir visitas, iría a tomar el té con ella como habían quedado y, después, adiós a la mansión Pengarroth y a su propietario.

Mientras se cepillaba alegremente el pelo, pensó que había dormido como un tronco y comido como nunca gracias a la hospitalidad de su anfitrión... ¿su anfitrión?

¿Cómo podía pensar en Sebastian de esa manera?

Ahora era su amigo; un amigo especial, desde luego, al que vería una vez al año o cada dos años. Le gustaba mucho Sebastian, incluso podría haberse enamorado un poquito de él, pero desconfiaba demasiado de ese tipo de hombre como para arriesgar su corazón. Ella tenía planeado su futuro y ese futuro no incluía a un hombre como Sebastian Conway.

Como aquélla iba a ser su penúltima noche en Pengarroth, Fleur decidió hacer un esfuerzo y arreglarse un poco. Eligió la única falda que había llevado con ella: una de capa en color azul oscuro, que quedaba muy bien con un top de seda azul cielo; sobre todo si se sujetaba el pelo en un moño.

Cuando se miró al espejo esperaba no haberse pasado...

¿Qué más daba?, se dijo entonces. Además, no iba a cambiarse de ropa después de estar ya vestida.

Oyó voces en el piso de abajo mientras bajaba por la escalera y vio a Sebastian en el vestíbulo, hablando con otro hombre.

Fleur vaciló un momento, sin saber si debía volver a su habitación o bajar y conocer al recién llegado. Pero no tuvo tiempo de seguir pensando porque los dos hombres levantaron la mirada en ese momento.

—Ah, Fleur, te presento a un viejo amigo mío, Rudolph Malone. Somos vecinos desde hace siglos —dijo Sebastian—. Rudy, te presento a Fleur, una amiga de mi hermana.

El hombre se acercó para ofrecerle una mano pálida y sudorosa.

—Vaya, vaya, Sebastian, nunca dejas de sorprenderme. ¿Dónde has encontrado a una chica tan guapa?

Era un hombre más bien bajito, con el pelo castaño y un rostro dominado por unos labios gruesos. Seguramente no era feo, pero comparado con Sebastian no tenía nada que hacer.

—Yo no la he encontrado, es amiga de mi hermana —contestó él. —Está pasando unos aquí antes de volver a Londres.

—Ah, qué conveniente que tú también estuvieras aquí en este momento —rió el tal Rudy—. ¿Dices que Mia ya ha vuelto a Londres?

—Así es —respondió Sebastian, molesto. —Rudy también trabajaba en Londres, Fleur. Está aquí de vacaciones. Y como hace un par de años que no nos veíamos —siguió, sin disimular su contrariedad— va a quedarse a cenar con nosotros.

—Soy un afortunado —sonrió Rudy—. Pero insisto en sentarme al lado de tu invitada. Espero que no me niegues ese capricho.

El hombre no apartaba los ojos de Fleur ni un segundo y eso la hacía sentir incómoda. Había conocido a tipos como aquél muchas veces y los evitaba como la peste.

—¡La cena está lista! —los llamó Pat desde la cocina—. He puesto la mesa en el comedor.

Fleur no pudo dejar de admirar la cubertería de plata, las copas de cristal, la vajilla de porcelana y el centro de mesa con hojas de hiedra y frutas del bosque. Pat era maravillosa, pensó. Y sí, seguro que le gustaría la regadera de porcelana.

La cena fue estupenda, malograda sólo por el tal Rudy, que parecía tener una extraña habilidad para rozada con la rodilla o con la mano cuando iba a tomar su copa.

—Pat cocina de maravilla, pero el único alimento que yo necesito es mirar a mi encantadora acompañante.

—Cállate, anda —lo regañó Sebastian—. Rudy se dedica al teatro... imagino que ya te habrás dado cuenta.

Fleur deseaba fervientemente haberse puesto unos vaqueros y un grueso jersey de lana. Le molestaban tantos cumplidos y, sobre todo, las miraditas seductoras del hombre que estaba sentado a su lado.

Miró a Sebastian un par de veces, pero el gesto íntimo y cómplice al que se había acostumbrado no estaba allí. Parecía tan incómodo como ella, incluso un poco frío.

Sebastian estaba absolutamente furioso por haberse visto obligado a invitar a cenar a Rudolph Malone. ¿Por qué no le había ofrecido una copa antes de despedido? ¿Por qué un intruso que no dejaba de coquetear con Fleur tenía que estropear aquel día tan maravilloso? Airado, clavó su tenedor en un trozo de carne.

Por el amor de Dios... ¿estaba celoso? ¿Celoso por tener que compartir a Fleur con otro hombre, aunque sólo fuera una noche?

¿Qué demonios le estaba pasando?

CAPITULO 07

A LA MAÑANA siguiente, Fleur despertó más tarde de lo habitual. A medianoche se había excusado porque no podía soportar a Rudy, pero no logró conciliar el sueño de inmediato. La irritante voz de Rudolph Malone, por no hablar de sus persistentes y ridículos piropos, se repetía en sus oídos como un disco rayado. No podía creer que aquel hombre fuera amigo de Sebastian pero, como eran vecinos, seguramente era una obligación social ofrecerle su hospitalidad de vez en cuando.

Claro que Sebastian había parecido nervioso e incómodo durante la cena.

Los dos hombres no podían ser más diferentes, pensó Fleur mientras se duchaba. Rudy se creía un seductor; sus lánguidas miraditas haciendo que se le encogiera el estómago, sus roces casi ofensivos. Mientras Sebastian... bueno, Sebastian era otra cosa.

Se puso colorada al recordar el beso que habían compartido un par de noches antes. Y cómo la había abrazado, con tal fuerza que podía sentir los latidos de su corazón.

¿Pero había ocurrido de verdad?, se preguntó luego. Porque ninguno de los dos había vuelto a mencionarlo.

¿Qué más daba?, se dijo. Al día siguiente volvería a Londres. Era hora de alejarse de allí y olvidarse de complicaciones emocionales.

Además, un beso no era para tanto, pensó mientras bajaba a la cocina.

«Mentirosa».

No había sido un simple beso. Sebastian Conway, sin duda muy experimentado en el arte de la conquista, la excitaba tanto que podría haber hecho el amor con él. Pero si le hubiera dicho que sí... ¿qué habría sido de sus planes a largo plazo? Porque los revolcones de una noche no eran para ella. Hacer el amor sólo habría sido una distracción pasajera para Sebastian, pero no para Fleur.

Sí, había llegado el momento de volver a casa. Cuando entró en la cocina se sorprendió al ver a Sebastian allí. Eran las nueve y media y él solía desayunar antes. Pero estaba sentado a la mesa, leyendo el periódico, su taza de café sin tocar. Y ni siquiera levantó la mirada al oír sus pasos.

—Buenos días — lo saludó Fleur.

—Buenos días... Fleur —dijo él, casi como si hubiera olvidado su nombre. —Espero que hayas dormido bien.

Aquél no era el mismo hombre que la había llevado a Truco el día anterior, el que la había invitado a comer en un sitio encantador, el que se sentó con ella durante unos minutos en la catedral y tan delicadamente le ofreció su pañuelo. Era otro hombre, un desconocido y no particularmente amistoso, además.

—Pat se ha ido al mercado y volverá a media mañana. Y creo que luego te espera en su casa para tomar el té. Yo acabo de hacer café, por cierto.

Fleur tragó saliva. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Por qué se mostraba tan frío?

—Parece que tengo que volver a Londres mañana —le dijo. —Acabo de recibir una llamada del laboratorio, así que voy a tener que acortar mis vacaciones. Pero lo he pasado muy bien y me siento recuperada del todo. Espero no haber molestado

demasiado.

Sebastian la miró, sorprendido.

—¿Y pueden llamarte así, de repente, mientras estás de vacaciones? —le preguntó.
—¿No puedes decirles que volverás la semana que viene?

Fleur se quedó sorprendida. Había pensado que Sebastian estaría encantado de librarse de ella.

—Por lo visto hay un par de compañeros de baja, así que me necesitan.

Otra mentira, pensó. ¿No solía ocurrir que una pequeña mentira llevaba a otra y ésta a una siguiente y así hasta que no se podía parar?

Sebastian siguió leyendo el periódico, sin mirarla.

—¿Qué te pareció Rudy?

—Pues... bueno, en fin, es de los que no se callan nunca, ¿verdad?

—Si lo que quieres decir es que es un engreído y un fatuo, tienes toda la razón.

Fleur se encogió de hombros.

—Trabaja en el teatro y creo que la gente del teatro es un poco así.

—¿Te pareció... atractivo?

Esa pregunta la pilló absolutamente por sorpresa.

—La verdad es que no me ocurrió fijarme en eso.

—Venga ya, Fleur. Todas las mujeres ven si un hombre es atractivo o no...

—¿Todas las mujeres? —repitió ella, levantando una ceja.

—Bueno, sí, lo hacemos todos, es verdad. Pero cuando las mujeres miran a un hombre suelen intentar averiguar si podría ser un buen candidato para el papel de padre de sus hijos, todo de una manera inconsciente, por supuesto, pero yo creo que es un hecho.

Fleur lo miró, perpleja.

—Yo no puedo hablar por las demás, pero no me pareció que Rudy fuese particularmente interesante... no sé si eso contesta a tu pregunta.

—Es que me pareció que os llevabais bien. Tú le prestabas toda tu atención... claro que así me ahorré tener que entretenerlo.

Muy bien, si quería pelea iba a tenerla, pensó Fleur.

—Era tu invitado, así que no podía ser grosera con él, y si yo lo hubiera fulminado con la mirada, como hacías tú, el pobre se habría ido de aquí corriendo. Uno de los dos tenía que mostrarse amable.

—Sí, tú fuiste muy amable con Rudy.

—Lo que no entiendo es por qué lo invitaste a cenar si no te cae bien. Yo no lo encontré atractivo en absoluto. Y en cuanto a su risita chirriante, creo que eso se cura con un buen tratamiento —Fleur hizo una pausa, airada. —Rudolph es un bufón.

Sebastian cerró el periódico y se levantó.

—Pues tú hiciste el papel de anfitriona a la perfección y supongo que debería darte las gracias por ello. Rudolph se marchó en cuanto te fuiste a la cama, por cierto, de modo que no estaba interesado en charlar conmigo —le dijo, tomando su chaqueta del respaldo de la silla. —Estaré fuera toda la mañana, así que... disfruta del día que te

queda en Pengarroth.

Cuando desapareció, Fleur enterró la cara entre las manos, absolutamente desconcertada. ¿Qué había pasado?, se preguntó. Sebastian Conway era demasiado complicado para ella; amable y considerado unas veces, para luego de repente comportarse como un niño malcriado.

A lo mejor su «amigo» y él habían bebido demasiado la noche anterior. No se le ocurría otra razón. En cualquier caso, al día siguiente ella ya no estaría allí.

Pat volvió a media mañana y Fleur se alegró al verla. La actitud de Sebastian la había disgustado más de lo que le gustaría admitir y era agradable tener cerca a alguien que se portaba de manera normal.

—Vaya hacer un pato al horno para cenar. A Sebastian le encanta la caza y espero que a ti también. ¿Te conformas con un plato de sopa y algo de queso para almorzar o quieres algo más?

—Un plato de sopa y un trozo de queso serán más que suficiente —suspiró Fleur—. Voy a echarte mucho de menos cuando me marche mañana...

—¿Mañana? ¿No ibas a quedarte hasta la semana que viene?

—No, me temo que debo volver a Londres. Pero lo he pasado de maravilla en Pengarroth y en parte ha sido gracias a ti. Me has tratado como si fuera de la familia... como una reina, en realidad. Después de comer aquí, voy a tener que esmerarme mucho en casa.

—Ah, qué pena —suspiró Pat—. Me ha encantado tenerte en Pengarroth. Es estupendo tener a otra mujer con la que charlar. Me llevo muy bien con mi madre, pero la pobre ya es muy mayor... en fin, no debo quejarme. Es un privilegio trabajar en esta finca.

Poco después se sentaron a la mesa para disfrutar del almuerzo; una comida sencilla que, en manos del ama de llaves, se convirtió casi en un banquete. —Espero haber dejado sitio para el pato de esta noche —dijo Fleur.

—Pero antes tienes que merendar en casa —le recordó Pat—. Mi madre piensa hacer bollos de canela y pastel de patata para tomar con el té. Y está deseando volver a verte.

Fleur se mordió los labios. Había olvidado el té, pero se comería los bollos y el pastel de patata de Beryl aunque explotase.

A las cuatro llegaron a la casita que ocupaban Pat y Beryl y Fleur se quedó sorprendida del poco tiempo que habían tardado.

—Está muy cerca de la casa.

—Cerquísima.

—Mejor, ¿no? Como tienes que ir todos los días...

—Mi madre tarda un poquito más en llegar, claro, pero ella sólo va cuando necesito que me ayude —le explicó Pat—. Hay otras casitas en la finca, todas alquiladas a varias familias, pero la mía es la más cercana, por evidentes razones.

Nada más empujar la puerta, a Fleur le llegó el aroma a pasteles recién hechos...

—Ay, ojalá no hubiese comido tanto.

—No te preocupes, seguro que harás sitio para los bollos de canela. Están

riquísimos —sonrió Pat—. ¡Mamá! Hemos llegado. ¿Estás visible?

—¿Se ha recuperado del todo?

—Sí, ya está perfectamente. Le ocurre alguna vez, pero enseguida se le pasa.

Beryl apareció en ese momento con un delantal y un jersey rojo, el pelo blanco sujeto en un moño. —Estás muy guapa —le dijo Fleur.

—Es que no recibo visitas a menudo, así que me he arreglado un poco —sonrió la mujer. —Dame la chaqueta y la bufanda. Ven, siéntate aquí, el té ya casi está.

El salón, de proporciones modestas, estaba amueblado de manera sencilla, pero resultaba muy acogedor; la mesa adornada con un mantel blanco y platos de porcelana con dibujos de flores.

—Es como las casitas de los cuentos —sonrió Fleur.

—Antigua querrás decir —rió Pat—. Pero así es como nos gusta, ¿verdad, mamá?

Beryl llevó una bandeja a la mesa.

—¿Has probado alguna vez el pastel de patata... el que se hace en casa, quiero decir?

—No, me parece que no. ¿Qué lleva?

—Puré de patatas, salsa de carne, una cucharada de azúcar y pasas de Corinto. Hay que dejarlo en el horno durante una hora y comerlo caliente. Venga, tienes que probarlo.

Las tres mujeres se sentaron a la mesa para charlar mientras tomaban el rico pastel.

—¿Y los bollos de canela? —le preguntó Beryl después.

—No, por favor, he tomado dos trozos de pastel de patata, no puedo comer nada más.

—Por lo menos tienes que probar uno. Ah, por cierto, te he sacado un par de novelas de las que hablamos el otro día...

—Me temo que no voy a tener tiempo de leerlas. Debo volver a Londres mañana.

—Pues llévatelas. Me las devolverás la próxima vez que vengas a Pengarroth.

No habría próxima vez, pensó ella. Pero, en lugar de eso, dijo:

—No sé cómo daros las gracias por lo amables que habéis sido conmigo. Nunca había disfrutado tanto de unas vacaciones — Fleur se inclinó para sacar del bolso la botella de jerez—. Esto es sólo un detalle, Beryl... ¡no te la bebas de una vez!

—Muchas gracias —rió la mujer—, pero no deberías haberte molestado. Tú eres una invitada especial y es un placer cuidar de ti. Yo no he podido hacer mucho, pero sé que Pat lo ha pasado bien en tu compañía. Por no hablar del señor Conway.

Fleur apartó la mirada mientras sacaba la regadera de porcelana para Pat.

—Esto es para ti. Espero que te guste.

—Es preciosa —dijo Pat—. Claro que me gusta. Y no pienso usarla para regar mis plantas. La guardaré como un tesoro, de verdad.

Ninguna de las tres dijo nada durante unos segundos y Fleur se preguntó si sería el momento de volver a casa.

—Tu estancia aquí le ha venido muy bien a Sebastian —dijo Pat entonces. —Hacía tiempo que no lo veía tan relajado. Y mi madre y yo pensamos que es gracias a ti.

—¿A mí?

—Es evidente que le gustas y me alegro mucho de verlo contento otra vez... especialmente después de lo que le pasó.

Fleur tragó saliva.

—¿Qué le pasó?

—¿No te lo ha contado Mia?

—¿Qué tenía que contarme?

—Sebastian estuvo a punto de casarse con una de sus amigas... bueno, la verdad era que no eran amigas íntimas, pero Mia se la presentó y Sebastian se enamoró de ella. Él nunca solía traer amigas a Pengarroth, aunque tenía muchas y era considerado algo así como un playboy cuando era joven. En fin, todos estábamos encantados con la noticia de que iba a casarse con Davina... ¿la conoces?

—No, no me suena de nada.

—Era guapísima, como una modelo. Y la verdad es que a mí me caía bien, pero debió ocurrir algo horrible entre Sebastian y ella porque el compromiso se rompió y todos los preparativos para la boda se pararon de repente. Después de eso, Sebastian no volvió a Pengarroth durante meses y el tema se convirtió en tabú. Nadie habla de ello, pero mi madre y yo pensamos que ya es hora de que encuentre a otra mujer, y creemos que tú serías perfecta para él —Pat se echó hacia atrás en la silla, con la expresión satisfecha de alguien que acababa de hacer un anuncio trascendental.

—¿Qué? —exclamó Fleur, atónita. —¡Lo dirás de broma!

—No, hablo en serio.

—Sebastian ha sido un anfitrión muy amable, no puedo negarlo, pero entre nosotros no hay nada en absoluto. Me siento halagada porque hayáis pensado en mí, pero... yo tengo mi trabajo en Londres y, además, no creo que Sebastian compartiera vuestro entusiasmo. De hecho, estoy segura de que no es así.

—Pero ahí es donde te equivocas. Yo conozco a Sebastian de toda la vida y he visto cómo te mira, Fleur. Sería fantástico si tú pudieras sacarlo de su burbuja, hacer que volviera a ser como antes, tan alegre, tan espontáneo. Cuando esa mujer se marchó, por la razón que fuera, Sebastian se quedó como sin vida —Pat se encogió de hombros. —En fin, nosotras no podemos hacer nada, pero queríamos que supieras lo que pensamos sobre el asunto. Y sería maravilloso para Pengarroth tener a alguien como tú de manera permanente.

Fleur sonrió, mirando a las dos mujeres.

—Beryl, Pat... me parece que leéis demasiadas novelas románticas —les dijo, riendo. —La vida real no es así. Aunque Mia y yo somos amigas desde hace años, Sebastian y yo nos conocimos sólo hace un par de semanas, cuando llegué aquí. Él no me conoce bien y yo no lo conozco a él, pero gracias por pensar en mí —añadió, apretando la mano de Pat—. Seguramente Sebastian conocerá algún día a la mujer de su vida, pero me temo que no soy yo.

No dijeron nada más sobre el tema y, poco después, Fleur se despidió de Beryl antes de volver a la casa con Pat.

—Espero no haber hablado de más —dijo la mujer cuando llegaron a la entrada.

—No, no...

—Es que mi madre y yo esperábamos...

—No te preocupes, Pat. En realidad, me parece maravilloso que estéis tan preocupadas por la felicidad de Sebastian. Es muy afortunado por teneros como amigas. Y estoy segura de que pronto encontrará a alguien, dadle un poco de tiempo.

Sebastian, que estaba cambiándose para la cena, se sentía furioso consigo mismo por su innegable decepción al saber que Fleur iba a volver a Londres al día siguiente. Había planeado un par de cosas que podían hacer juntos, sitios que quería enseñarle. Cuando Mia le pidió que cuidase de su amiga no sabía cuánto iba a disfrutarlo.

Después de ponerse un pantalón gris y una camisa azul marino, se cepilló el pelo vigorosamente, preguntándose qué se pondría Fleur esa noche.

Habían tenido una especie de pelea por la mañana y sabía que había sido culpa suya. Incapaz de evitarlo, la había puesto en un aprieto absurdo... porque sabía perfectamente que no había encontrado atractivo a Rudolph Malone. Estaba empezando a conocerla tan bien como para intuir qué le gustaba y qué no.

Y Fleur se había comportado de manera impecable... naturalmente. No esperaba menos de ella.

No, lo que lo tenía perplejo desde que despertó aquella mañana era el recuerdo de Fleur en la escalera, bajando para saludar a Rudy. No se había arreglado tanto desde que llegó a Pengarroth y, en lugar de admirar su espectacular aparición, de repente había sentido algo parecido al miedo. Porque así era como Davina solía hacer sus apariciones: pidiendo ser admirada, ser el centro de atención.

Y eso no cuadraba con la personalidad de Fleur.

Lo sabía bien y, sin embargo, no podía librarse de la desazón que experimentó al verla. Era una desagradable sensación de *déjà vu* que no le gustaba nada.

Sebastian sacudió la cabeza, furioso consigo mismo. Fleur se marchaba a Londres al día siguiente y era lo mejor. Porque él tenía que seguir adelante con su vida.

CAPITULO 08

A LAS ONCE de la mañana, Fleur terminó de guardar sus cosas en la maleta. Sebastian ya se había marchado tras despedirse de ella, deseándole un feliz viaje y añadiendo una invitación para ir a Pengarroth cuando quisiera. Incluso se había «moleestado» en guardar la maleta en su coche.

Fleur miró alrededor para comprobar que no se dejaba nada y, después de tomar su bolso, bajó al primer piso. Pat estaba en la cocina y se dio cuenta de que parecía triste.

—Voy a echarte de menos, Benson —murmuró, inclinándose para acariciar al perro.
—Aunque seas un desobediente.

—¡No tanto como yo voy a echarte de menos a ti! —protestó el ama de llaves.

Fleur la abrazó, intentando disimular la emoción, y prometió volver a Pengarroth algún día, aunque sabía que eso no iba a pasar.

Sonrió cuando pasaba frente a la verja que había tomado por la entrada el primer día, recordando la reacción de Sebastian al verla. Y, automáticamente, su mente hizo una recopilación de todo lo que había ocurrido desde entonces. Lo había pasado muy bien, pero debía admitir que lo mejor de aquellas vacaciones era su misterioso anfitrión.

Deteniéndose un momento antes de tomar la carretera que llevaba a la autopista, Fleur se mordió los labios al pensar en Sebastian Conway.

En realidad había sido un anfitrión maravilloso y atento. Si hubiera querido hacer su vida podría haberlo hecho, pero la había llevado a Truro, la había invitado a comer, había cenado con ella todos los días...

Y, aunque no había querido volver a pensar en las cosas que Pat y su madre le habían dicho el día anterior, esos comentarios no dejaban de dar vueltas en su cabeza. Imaginar, aunque sólo fuera por un segundo, que a Sebastian le gustase era una tontería. Evidentemente, él no estaba buscando una relación amorosa y si así fuera seguramente tendría un montón de amigas de su círculo donde elegir. Y ella no estaba en esa lista, desde luego.

Entonces recordó el beso en su dormitorio, la noche que tuvo la pesadilla. ¿Se sentiría Sebastian atraído por ella? No, no, eso era absurdo. Había sido una reacción automática al verla tan asustada. El incidente era algo de lo que no habían vuelto a hablar.

Mientras tomaba la carretera pensó en el día que estuvieron juntos en Truro. Lo habían pasado bien y cuando Sebastian se reunió con ella en la catedral, su actitud había sido... tan especial, tan cariñosa. En realidad, había sido un día mágico para ella.

Irritada consigo misma por pensar en esas cosas, puso un CD y dejó que una de las óperas de Verdi la hiciese olvidar todo lo demás.

A medida que se alejaba de Pengarroth, Fleur empezó a sentirse aliviada, alegre. Se alegraba de haber inventado esa llamada del laboratorio porque allí, en el centro de todos sus pensamientos, estaba el incómodo recuerdo del comportamiento de Sebastian la mañana anterior.

La sugerencia de que había sido demasiado «simpática» con Rudolph Malone la disgustó más de lo que quería admitir. Era una sugerencia descabellada y ofensiva,

pero lo que más la había enfadado fue la actitud de Sebastian, que se había mostrado casi agresivo, acusador, cuando ella no le había dado razón alguna para eso.

Ese pequeño episodio había sido la prueba de lo controlador y arrogante que era Sebastian Conway, pensó con cierta amargura. Se había sentido fuera de lugar durante la cena y eso era algo que no estaba dispuesta a soportar.

Fleur se encogió de hombros. En realidad no era ninguna sorpresa. Sebastian era exactamente la clase de hombre que ella había jurado evitar.

Mientras recorría los prados del norte con Frank, marcando los árboles que necesitaban ser trasplantados, Sebastian se sentía enfadado y molesto consigo mismo. Había salido de casa más temprano de lo habitual porque no quería estar allí cuando Fleur se marchase.

Y no lo entendía. No se entendía a sí mismo. No entendía la agonía que estaba sufriendo.

Fleur sólo era una mujer. Sí, una mujer muy guapa, pero él conocía a muchas mujeres guapas. Y sí, era muy inteligente, pero también conocía a muchas mujeres inteligentes.

¿Entonces cuál era el problema? El problema era que se sentía absurdamente estafado. Había esperado que Fleur se quedase toda la semana y, en lugar de eso, se marchaba avisándolo veinticuatro horas antes. Cuando él había hecho planes para los dos... porque Mia se lo había pedido, naturalmente.

Sabía que estaba siendo mezquino y se daría de tortas por ello pero, desgraciadamente para él, se había sentido atraído por Fleur, atraído como por un imán, desde el primer momento. Sabía que debería resistir ese impulso porque era en su propio interés... ¿entonces por qué no le alegraba que se hubiera ido?

Lo peor de todo, pensó mientras pateaba una piedra, era que Fleur no tenía el menor interés por él y eso sólo servía para aumentar el suyo. Sabía que era uno de sus defectos, o de sus virtudes, que cuando se le negaba algo no paraba hasta conseguirlo. Pero ahora Fleur se había ido y no creía que fuera a ser fácil convencerla para que volviese a Pengarroth.

—¿Qué te parece éste, Sebastian? —le preguntó Frank.

—Perdona... ¿qué has dicho?

—Este árbol—repitió el hombre, tocando el tronco—. Yo creo que deberíamos cortarlo.

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Se puede saber en qué piensas? Estás a un kilómetro de aquí.

—Perdona, Frank —se disculpó Sebastian, pensando que estaba más bien a cincuenta kilómetros de allí... que era donde debía estar Fleur en aquel momento.

Mucho después, de vuelta en casa, Fleur se preparó una taza de té y empezó a deshacer la maleta. Pero al hacerla vio que se había llevado un pantalón de Mia por error.

Bueno, daba igual porque se verían pronto. Y Mia esperaba que le contase con pelos y señales todo lo que había hecho en Pengarroth mientras ella no estaba...

Una de las cosas que no pensaba contarle era lo de su pesadilla. No quería volver a pensar en ello y estaba segura de que Sebastian no lo mencionaría jamás. Cuanto

menos se dijera al respecto, mejor.

Pero cuando estaba sacando el último jersey de la maleta vio el pañuelo que Sebastian le había prestado en la catedral...

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué no se lo había devuelto inmediatamente o se lo había dado a Pat para que lo metiese en la lavadora?

En fin, se lo daría a Mia también. Pero cuando se llevó el pañuelo a la cara notó que olía a Sebastian... una mezcla de after shave o colonia y el aroma del campo, a hojas, a cuero, a madera. Fleur miró hacia la ventana, desde la que sólo podía ver el edificio de enfrente...

¿Por qué había vuelto a casa antes de lo previsto?, se preguntó. Podría seguir allí, en Pengarroth, dando un paseo con Benson por el interminable jardín antes de tomar una de las estupendas cenas de Pat... con Sebastian.

No, qué tontería. Había hecho lo que debía hacer, se dijo.

Suspirando, encendió la televisión para distraerse y luego miró alrededor. El apartamento necesitaba una buena limpieza, pensó. Era hora de remangarse la camisa y ponerse a hacer algo. El trabajo doméstico siempre servía para animarla. Además, antes de las fiestas había tenido mucho ajeteo en el laboratorio y no había pasado mucho tiempo en casa. Desde luego, no el tiempo suficiente para mover muebles y poner lavadoras.

Contando el fin de semana, le quedaban seis días antes de volver al laboratorio, de modo que podía dejar la casa impecable. Empezaría al día siguiente, se dijo.

Estaba a punto de abrir el paquete de jamón cocido que Pat se había empeñado en que se llevara para cenar cuando sonó el teléfono. Era Mia.

—¿Qué haces en casa? ¡Deberías seguir de vacaciones!

Fleur vaciló durante un segundo. No podía seguir contando mentiras y menos a su amiga. Aunque tendría que manipular un poquito la verdad.

—¿Cómo has sabido que estaba de vuelta en Londres?

—Llamé a Pengarroth para hablar contigo y Pat me dijo que te habían llamado del laboratorio. De verdad, qué gente más pesada.

—Bueno, verás, tengo que confesarte una cosa... no me han llamado del laboratorio —suspiró Fleur—. Pero es que me pareció... tenía la impresión de que...

—¿Qué? ¿No me digas que mi hermano se ha puesto antipático?

—No, no, nada de eso —dijo ella a toda prisa—, pero me dio la impresión de que llevaba demasiados días en Pengarroth. Sebastian está muy ocupado con sus cosas y me pareció que yo era una molestia. Y la pobre Pat ha tenido que estar pendiente de mí...

—A Pat le encanta atender a la gente.

—Sí, lo sé. Y han sido unas vacaciones estupendas, Mia, de verdad. Muchas gracias por dejar que me quedase.

—Pues yo creo que no estabas molestando a nadie. Y Pat está encantada contigo, además —dijo su amiga. —En fin, cuéntame qué has hecho. Espero que mi hermano te haya enseñado la zona. ¿Te llevó a Truro?

—Sebastian ha sido más que amable conmigo —empezó a decir Fleur, sentándose

en el brazo del sofá.

Después de contarle lo que había hecho esos días quedaron para cenar la semana siguiente y estaba a punto de colgar cuando se le ocurrió algo:

—Por cierto, no le digas a tu hermano que no me han llamado del laboratorio.

—Muy bien —asintió Mia, pensando que haría lo que tuviese que hacer para descubrir qué había hecho o dicho su hermano para que Fleur se sintiera tan incómoda.

Mucho después, tumbada en el sofá, Fleur llamó a sus padres por teléfono. Contestó Philip Richardson y la alegría que sintió al escuchar la voz de su hija era evidente.

—¡Hola, cariño! Bueno, parece que has pasado unas buenas vacaciones, ¿eh?

—Sí, estupendas.

—Espero que estés dispuesta a trabajar de nuevo... ¿qué? Ah, sí, mamá y yo estamos perfectamente. Lo hemos pasado bien en Boston, pero yo prefiero estar de vuelta en casa. Las vacaciones son agradables, pero demasiados días de asueto apagan el cerebro.

—¿Puedo hablar con mamá?

—No, tu madre se ha ido a ver a la vecina porque ha tenido una nieta, creo — suspiró su padre, como si no entendiese el interés de la gente por los niños—. Cuando deje de babear le diré que te llame, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

—Gracias por llamar, cariño. En fin, espero que este nuevo año sea interesante para todos.

Fleur colgó sin dejar de sonreír. Su padre no cambiaría nunca. Pero al menos era un hombre consecuente. Jamás era cruel con nadie y... en fin, todo el mundo tenía defectos.

Una vez en la cama, se quedó mirando el techo un momento. Le resultaba raro estar de vuelta en su apartamento y se dio cuenta de lo fácil que le había sido acostumbrarse a Pengarroth, donde se sintió como en casa inmediatamente...

De repente sonó el teléfono y Fleur se incorporó, sobresaltada. Y cuando miró el reloj y comprobó que eran más de las once arrugó el ceño. Su madre no llamaría tan tarde porque, según su padre, las llamadas de teléfono debían cesar a partir de las siete de la tarde para no molestar a la gente... a menos que fuese una emergencia.

—¿Dígame?

—Ah, qué bien que hayas llegado a tu casa sana y salva.

Era Sebastian y, al escuchar su voz, Fleur sintió un escalofrío de placer.

—No he tenido ningún problema.

—Espero no haberte molestado. ¿Estabas durmiendo?

—No, no estaba durmiendo. Aunque estoy en la cama.

Hubo una pausa después de eso y Fleur lo imaginó en el salón de Pengarroth, tomando una copa de vino o un whisky...

y Sebastian imaginó sus delicadas curvas femeninas con aquel camisón que había visto la noche de la pesadilla, el pelo extendido por la almohada...

—En realidad, he hablado con mi hermana, por eso sabía que estabas en casa — empezó a decir, después de aclararse la garganta. Le hubiera gustado decir que se alegraba de escuchar su voz, pero no le pareció buena idea—. Pero te habría llamado de todas formas para saber si habías llegado bien.

—Me alegro, así puedo darte las gracias otra vez. Lo he pasado de maravilla, en serio. Creo que la finca es preciosa... idílica. Y yo que tú estarías contando los días que faltan para irme a vivir allí de forma permanente.

Sebastian decidió no contestar a esto último porque le recordaba el tiempo que faltaba para dejar su vida en la ciudad, a sus amigos... y cualquier oportunidad de pasar algún tiempo con aquella mujer; una mujer que había entrado en su vida sin hacer ningún esfuerzo y que, sin embargo, había provocado el efecto de una bomba.

Ni él mismo podía creerlo porque «vulnerable» no era un calificativo que usara para describirse a sí mismo.

—Me ha gustado mucho tenerte en Pengarroth. Pero Pat está enfadada porque ahora sólo tiene que atenderme a mí. Y no tienes que darme las gracias, además. Fue Mia quien te invitó.

Fleur se mordió los labios al escuchar la última frase. Sí, claro que había sido idea de Mia que prolongase sus vacaciones... y que él tuviera que hacerle compañía.

—Ah, por cierto, me he quedado con tu pañuelo sin darme cuenta.

—¿Qué pañuelo?

—El que me dejaste en la catedral de Truro. Se lo daré a Mia la semana que viene.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo él—. Pero no te preocupes por el pañuelo, tengo más.

Por alguna extraña razón, ninguno de los dos quería ser el primero en colgar.

—No dejes que te exploten en el trabajo —dijo Sebastian—. No quiero que la tranquilidad y el sosiego de Pengarroth se pierdan.

Fleur se quedó asombrada. ¿De verdad le preocupaba que trabajase demasiado?

—No, prometo trabajar lo justo —contestó, riendo—. Y también prometo ser sensata y no quedarme en el laboratorio más horas de las que debo.

—Espero que lo digas en serio.

La mejora en su aspecto había sido evidente desde el primer día en Pengarroth. El aspecto cansado y frágil, reemplazado por un brillo de salud en las mejillas y en los ojos verdes. Evidentemente, el aire de Cornualles le sentaba bien.

—Bueno, creo que lo mejor será que me vaya a dormir. Mañana tengo muchas cosas que hacer.

Sí, iba a estar muy ocupada, pensó. Limpiando la casa.

—Sí, claro —asintió Sebastian—. Yo volveré a Londres en unos días y quedaré con Mia... a lo mejor podríamos quedar los tres para tomar una copa.

—Sí, es posible —sonrió Fleur—. Buenas noches y gracias por llamar.

Después de colgar, Sebastian se quedó mirando las brasas de la chimenea. Más que nada en el mundo le gustaría estar en otro sitio. Y sabía dónde, además. Quería estar con Fleur, quería abrazarla, poseerla, besarla como la había besado aquella noche.

Pero seguramente ella no habría vuelto a pensar en el beso. No había habido ni una

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

mirada, ni un gesto que indicase que el beso la había afectado en absoluto. Le gustaban los hombres, pero no quería ser... arrinconada por ninguno en particular.

Sebastian se levantó, pateando un escabel con gesto airado. No había la menor posibilidad de tener una relación con ella... una relación que ni él mismo estaba seguro de querer, además. Lo mejor sería intentar olvidar que había conocido a Fleur Richardson.

¿Pero cómo demonios iba a hacer eso?

CAPITULO 09

DIEZ DÍAS después, un sábado por la tarde, Fleur estaba subida en una escalera de mano, pintando el techo de su cocina.

Después de pasar el resto de sus vacaciones limpiando la casa había llegado a la conclusión de que la cocina necesitaba una mano de pintura. Y, una vez decidido, se puso manos a la obra. Las paredes serían de color verde pálido, que pegaba con los armarios de roble. Y cuando hubiese completado el trabajo, lo pasaría bomba comprando paños nuevos y quizá reemplazando parte de la vajilla y la cubertería. Quería algo distinto, algo original para empezar el nuevo año.

Había sido recibida en el laboratorio con los brazos abiertos por sus colegas, según los cuales estaba estupenda, y pronto le pareció que Pengarroth y el tiempo que había pasado allí era un recuerdo lejano.

Pero la vida de las personas se hacía de recuerdos y ella tenía muchos guardados. Recuerdos que no olvidaría nunca.

Mientras movía la brocha adelante y atrás pensó en Sebastian, algo que ocurría a menudo, aunque se alegraba de no haber sabido nada de él desde su llamada de teléfono. El tiempo pasaba rápidamente y sólo el tiempo la ayudaría a apartar de su cabeza para que dejase de ser lo primero que recordaba cuando despertaba por la mañana y lo último en lo que pensaba cuando se iba a dormir.

Pero no sólo pensaba en él sino en Pengarroth, en aquella hermosa finca, en la amistad de Pat y Beryl y en el claro y limpio aire de Cornualles.

Fleur hizo una mueca al recordar la visita de Rudolph Malone. Su aparición en Pengarroth era, junto con la extraña actitud de Sebastian al día siguiente, el único punto negro en unas vacaciones perfectas. Pero daba igual porque no pensaba volver a encontrarse con ese hombre.

Había pintado tres cuartas partes del techo cuando sonó el timbre y la inesperada intrusión casi hizo que dejase caer la brocha. ¿Quién llamaría a su puerta sin haber avisado antes de su llegada?, se preguntó. Y un sábado a las nueve de la noche...

Fleur empezó a bajar con cuidado la escalera, pero antes de que hubiese llegado al suelo el timbre volvió a sonar, dos veces.

—¡Un momento, un momento! ¡Ya voy!

Con una camiseta manchada de pintura, el pelo bajo un pañuelo y como único maquillaje una mancha de pintura en la mejilla, no estaba precisamente para recibir a nadie.

Pero cuando puso el ojo en la mirilla dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Sebastian Conway.

Fleur abrió la puerta y los dos se quedaron parados, sin decir una palabra. Sebastian mirándola de arriba abajo con una curiosa expresión.

—Bueno, parece que vengo en mal momento —dijo por fin.

—No, no pasa nada. Entra, por favor. Estaba pintando la cocina.

Sebastian se quedó en el pasillo, sin dejar de mirarla. Y sólo podía pensar en lo preciosa que era... había algo tan atractivo en el pañuelo que cubría su pelo, en la vieja

camiseta, en la mancha de pintura blanca en su cara.

Si no se controlaba cuanto antes acabaría tomándola entre sus brazos. Recordó entonces aquella noche, cuando había aparecido como una reina en la escalera...

—No sabía que, además de todo, fueras pintora.

—Sólo es la cocina —rió ella. —He decidido que necesitaba un cambio y el nuevo año parece el momento más apropiado, ¿no crees?

Sebastian llevaba un elegante pantalón oscuro, una camisa de color granate y un abrigo de cachemir. Y, no por primera vez, Fleur se encontró admirando lo elegante que era. Pero también se dio cuenta entonces de que algunos cabellos grises empezaban a asomar en sus sienes. Aquel día sí parecía siete años mayor que ella.

—Veo que ya estás de vuelta en Londres —empezó a decir, nerviosa, mientras lo llevaba al salón. —¿Cuándo vuelves a Pengarroth? —le preguntó luego, señalando el sofá—. ¿Quieres tomar algo... un café, un refresco?

Sebastian dio un paso hacia ella y, por un momento, Fleur pensó que iba a tomarla entre sus brazos.

—Fleur...

—¿Sí?

—Quería decirte... el pobre Benson murió hace unos días. Lo hemos enterrado en la finca.

—Oh, no... —Fleur se llevó una mano al corazón. —Pobre Benson.

—Por supuesto, no fue una sorpresa para nadie porque era muy mayor, pero la verdad es que no recuerdo Pengarroth sin él. Un día, de repente, no era capaz de levantarse... el pobre parecía intentar decirnos qué le pasaba, pero antes de que pudiésemos llamar al veterinario puso la cabeza en— mis rodillas y... se murió.

—Ay, qué pena.

—Al menos estábamos todos allí para decirle adiós —Sebastian tuvo que tragar saliva antes de seguir—. La verdad es que nos hemos llevado un disgusto espantoso. Pat no deja de llorar desde entonces y Frank va por ahí con cara de alma en pena...

Era evidente que estaba disgustado y, sin pensar en lo que hacía, Fleur le echó los brazos al cuello.

—Pobre Benson. Me habría gustado estar allí con él.

—Sí, a mí también. Benson te quería, por eso se negaba a volver a casa aquella tarde después del paseo... se sentía feliz contigo y quería que te quedases con él un rato más en el bosque.

Un sollozo escapó de la garganta de Fleur.

—Por lo que me dices, no sufrió en absoluto, ¿verdad?

—No, creemos que no —asintió Sebastian.

—Pues entonces tuvo suerte... sobre todo de haberos tenido a vosotros toda la vida. Muchos animales no son tan afortunados.

Se quedaron abrazados durante un rato, sin decir nada.

—Siento haberte dado la noticia así, de repente, pero no quería llamarte por teléfono. Quería decírtelo en persona porque sabía que también tú ibas a llevarte un disgusto.

Fleur intentaba contener las lágrimas y Sebastian metió la mano en el bolsillo del abrigo para sacar un pañuelo.

—Toma... otro pañuelo. Ya te dije que tenía más. A pesar de todo los dos sonrieron y Fleur se sonó la nariz, suspirando.

—Ya no me apetece seguir pintando el techo de la cocina. De hecho, no me apetece hacer nada. Es increíble cuánto duele la muerte de un perrillo.

—Sí, es verdad. Perdóname, sólo quería compartir la pena con alguien y tú fuiste la primera persona en la que pensé. Lo siento mucho.

—¿Eso es un cumplido? —preguntó Fleur, pensando que había llorado más veces delante de Sebastian Conway que en toda su vida. Y era extraño porque su padre siempre le había dicho que mostrar emoción indicaba debilidad de carácter.

—Espero que lo tomes como tal. Ni siquiera se lo he contado a mi hermana todavía.

De modo que sí era un cumplido, pensó. Y eso la hizo sentir ridículamente importante. " y especial. —Creo que los dos necesitamos una copa —suspiró, abriendo el armario donde guardaba su pequeña cosecha de alcohol.

—Tengo whisky... ¿o prefieres una copa de vino?

—Lo que de verdad me gustaría es una taza de té. Si puedes hacerme un té en una cocina a medio pintar.

—Sí, seguro que sí —sonrió ella. —Y también tengo una tableta de chocolate. Pero antes deja que me asee un poco...

Sebastian la siguió a la cocina y miró alrededor.

—Ya casi habías pintado el techo y es una pena dejarlo a medias, ¿no te parece?

—No importa, terminaré mañana.

Sebastian se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

—Deja que yo termine de pintar mientras tú haces el té.

—No, de verdad, no vas a ponerte a pintar con esa camisa tan elegante...

—No se puede dejar el techo a medias. Si me das una camiseta vieja puedo hacerlo en media hora. Venga, no quiero discusiones. Además, me vendrá bien hacer algo con las manos. Y el té puede esperar.

Fleur entendía su deseo de hacer algo para olvidar la muerte de Benson y, sin decir una palabra, fue a su habitación y volvió con una camiseta ancha.

—Admito que empezaba a dolerme el cuello. Y estaba tardando más de lo que esperaba.

—Pues entonces ha sido una suerte que haya venido —sonrió Sebastian, que se subió a la escalera y empezó a pintar sin perder un segundo.

—De haber sabido que venías te habría dejado todo el trabajo a ti.

—Y yo debería haber llamado antes —se disculpó él. —Pero, de repente, cuando entraba en Londres decidí venir a verte.

—Por cierto, ¿cómo sabías mi dirección?

—Estaba en una nota en la cocina de Pengarroth. Supongo que se la diste a Pat porque era su letra.

—Ah, claro, es verdad.

En media hora el trabajo estaba terminado y Sebastian miró el techo con ojo crítico.

—Creo que ya está, pero si me he dejado algo llámame y vendré a terminarlo —le dijo, abriendo el grifo para lavarse las manos.

Fleur lo miraba, pensando que era surrealista tener a Sebastian Conway pintando su cocina cuando no había esperado volver a verlo nunca.

—Se me han quitado las ganas de tomar un té.

Ahora me apetecería un whisky... si la oferta sigue en pie.

—Pues claro que sí —sonrió Fleur—. Y luego puedo hacer algo de cena para los dos... a menos que hayas quedado en algún sitio.

—No, no tengo ningún plan.

—Entonces moveré mi varita mágica y haré algo de cena.

Sebastian se sentó en el sofá, con el whisky en la mano, mientras ella iba a la cocina.

—Voy a hacer tortillas de queso... o de jamón. ¿Qué prefieres?

—De queso me gustan más. ¿Puedo echarte una mano?

—No hace falta, gracias.

Era sorprendente lo pronto que habían dejado de pensar en el pobre Benson, pensó Fleur, compungida. Pero, aunque siempre recordarían al animal, al menos Sebastian estaba un poco menos disgustado, y ella no podía dejar de sentirse especial al saber que había ido a contárselo incluso antes de decírselo a Mia.

Eran casi las once cuando terminaron de cenar, cada uno con una bandeja sobre las rodillas.

—Creo que Pat estaría orgullosa de ti —dijo Sebastian después. —La tortilla estaba riquísima... y la verdad es que no había comido nada desde el almuerzo.

—Pues seguramente por eso te ha gustado tanto —rió Fleur, tomando la bandeja para llevarla a la cocina—. Voy a hacer café.

Tomaron el café sentados en el sofá, con la televisión encendida, y Fleur sólo podía pensar en lo cómodos que se sentían el uno con el otro.

—Tu apartamento es muy acogedor —dijo él. —Y tiene tu sello por todas partes.

—Llevo tres años aquí —sonrió Fleur— y lo primero que hice fue cambiarlo todo sin tirar muros. La verdad es que me hizo mucha ilusión poder comprármelo y decorarlo a mi gusto. Sobre todo me encanta mi dormitorio, es la habitación más grande de la casa y desde la ventana se ve el parque. Yo tengo que ver hierba y árboles, follaje de cualquier tipo, porque me ayuda a relajarme después del trabajo. Veo a los niños jugando en el parque, a los perros correteando por ahí... y casi puedo imaginar que estoy en el campo.

—Sí, es asombroso lo que unos acres de terreno pueden hacer por la salud de una persona. Yo me traía a Benson a Londres hasta hace unos años, pero al pobre no le gustaba nada la ciudad. Era mucho más feliz en casa —Sebastian tomó un sorbo de café. —Y allí es donde está ahora.

—Pobre Benson.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

—Cuando fui al cuarto de baño a lavarme las manos la puerta de tu dormitorio

estaba abierta... tienes razón, es una habitación preciosa —comentó Sebastian después. —Y el ventanal es muy grande.

No se molestó en añadir que lo que más le había gustado era la cama, con su edredón de un blanco inmaculado y un montón de cojines de colores. Pero, de hecho, no le importaría nada meterse entre las sábanas con Fleur, que llevaba un vestidito gris que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Claro que ella no iba a invitarlo, estaba seguro.

Dejando la taza de café sobre la mesa, Sebastian empezó a incorporarse, con desgana.

—Bueno, creo que es mejor que me marche.

Fleur levantó la mirada, con uno de esos lánguidos parpadeos que siempre aceleraban su pulso.

—Es más de medianoche. Puedes quedarte si quieres.

Aquello era lo último que hubiera esperado escuchar y el ritmo de su corazón se aceleró.

—Sí... bueno, he aparcado el coche frente al portal y sólo tardaré media hora en llegar a casa —empezó a decir.

—Lo que tú digas. Pero quiero darte las gracias por pintar el techo de la cocina... y suelo desayunar huevos con beicon los domingos.

En ese preciso momento sonó el teléfono y Fleur lo miró con cara de sorpresa. Pero antes de que pudiese decir nada oyó la voz de Mia:

—¿Fleur? Ay, Fleur... espero no haberte levantado de la cama.

—No, no, claro que no. ¿Qué ha pasado?

—¡Es Mat! He roto con él ahora mismo. Fleur, ha sido horrible. Hemos tenido una pelea espantosa... y se ha ido de mi casa dando un portazo, como si yo tuviera algo contagioso.

—¿Qué?

—Te lo digo en serio, es la persona menos razonable del mundo. Siento mucho llamar tan tarde, pero no podía irme a la cama sin contárselo a alguien. ¿Por qué siempre tiene que pasarme lo mismo? ¡Estoy empezando a pensar que nunca voy a tener una relación duradera con nadie!

A pesar del disgusto de su amiga, Fleur no pudo evitar una sonrisa. Mia siempre era exuberante, fueran cuales fueran las circunstancias, pero sabía que la semana siguiente tendría otro novio o habría hecho las paces con Mat.

—Y en navidades os llevabais tan bien...

—Sí, es verdad. Pero tú tienes razón: los hombres siempre quieren llevar el control, sus ideas son las únicas que cuentan... —mientras Mia se sonaba la nariz ruidosamente, Fleur le dijo a Sebastian en voz baja que era su hermana.

—¿Le digo que estás aquí?

—¿Por qué no?

—Espera, Mia, alguien quiere hablar contigo...

—¿Quién?

—Sebastian está aquí.

—¿Seb está en tu casa? —exclamó su amiga. —¿Y qué hace ahí? Pensé que no volvía a Londres hasta la semana que viene.

—Será mejor que te lo explique él —dijo Fleur, pasándole el teléfono.

—Hola, Mia. ¿Qué te pasa esta vez? —la voz de Sebastian pareció calmar a su hermana que, de nuevo, le contó la triste historia.

—¿Pero qué haces en casa de Fleur? ¿Ha ocurrido algo? ¡Nadie me cuenta nada!

—Mira, es una larga historia y lo mejor será que te la cuente en persona.

—Sí, por favor. ¿Quieres que comamos juntos mañana? Y dile a Fleur que venga también. Estoy deseando verte... veros a los dos.

Poco después, Sebastian colgaba el teléfono.

—Mi hermana quiere que comamos en su casa mañana.

—Bueno, parece que en vuestra familia no os aburrís nunca —sonrió Fleur.

—No, eso desde luego.

—Pero entonces no tiene sentido que te vayas a casa ahora. El apartamento de Mia está cerca de aquí, así que te daré una manta y una almohada... te aseguro que este sofá se convierte en una cama muy cómoda.

CAPITULO 10

CUANDO despertó a la mañana siguiente Fleur tardó un momento en recordar lo que había ocurrido el día anterior. ¿De verdad estaba Sebastian durmiendo en su salón?

Entonces se sentó sobre la cama, de golpe. Sí, había aparecido de repente por la noche, había pintado el techo de la cocina y ahora estaba durmiendo en el sofá del salón. Aunque no había oído un solo ruido desde que se dieron las buenas noches.

Apartando el edredón, Fleur se puso la bata y entró en el cuarto de baño para ducharse.

Pero cuando salió del baño se quedó de piedra al ver que el sofá estaba cerrado y no había ni rastro de Sebastian. Atónita, se quedó parada en medio del salón, como esperando que se materializase de repente.

¿Lo habría soñado todo?, se preguntó. Suspirando, fue a la cocina, decepcionada. No, no lo había soñado, imposible. ¿Pero dónde estaba? Tenía que haberse marchado por alguna razón... ¿pero cuál?

Justo entonces oyó que se abría la puerta y asomó la cabeza en el pasillo.

—Buenos días, Fleur —la saludó Sebastian.

—Qué susto. Creí que te habías vuelto invisible.

—Encontré las llaves en esa mesita y pensé que si no compraba el desayuno nunca llegaríamos a casa de Mia a la hora del almuerzo —siguió, dejando las bolsas que llevaba sobre la encimera—. He comprado bollos y cruasanes, espero que te gusten.

Fleur tuvo que disimular la alegría que le producía verlo de nuevo.

—Siento haber despertado tan tarde... y gracias por el desayuno. Además, Mia siempre organiza almuerzos muy generosos y será mejor que lleguemos a su casa con cierto apetito.

—Justo lo que yo había pensado —sonrió Sebastian, encendiendo la cafetera—. Y veo que el techo está bien. No me he dejado ni un centímetro sin pintar.

—El techo está perfecto —sonrió Fleur—. Así que me alegro mucho de que aparecieras de repente.

Mientras él estaba duchándose, Fleur empezó a sacar platos y tazas del armario y pronto estuvieron sentados de nuevo en el salón.

—¿Has dormido bien? —le preguntó. —Todo el que pasa una noche en ese sofá dice que es muy cómodo.

Sebastian levantó la mirada. Fleur llevaba unos vaqueros blancos, un jersey negro ajustado y unos aretes de oro blanco que reflejaban la luz. Con una coleta y sin apenas maquillaje, su piel tenía ese brillo de salud que tanto le gustaba...

Nervioso, se aclaró la garganta.

—El sofá es comodísimo y he dormido como un tronco.

Habría querido añadir que esperaba que volviese a invitarlo pronto a dormir allí, pero no lo hizo. Sobre todo porque no era en el sofá donde quería dormir. No, le gustaría probar su cama, preferiblemente con Fleur en ella.

Pero Mia le había advertido que su amiga no estaba buscando una relación

sentimental y la propia Fleur se lo había confirmado. Y ninguno de los dos parecía ser de los que mantenían aventuras pasajeras.

Sebastian suspiró. Creía haber encontrado a la mujer de su vida cuando conoció a Davina, pero estaba absolutamente equivocado. Sin embargo, sus sentimientos por Fleur eran completamente diferentes; Fleur era alguien con quien le gustaba estar todo el tiempo. No sólo porque fuera preciosa sino porque era una persona sencilla, normal, nada caprichosa. La clase de mujer con la que había soñado compartir su vida en Pengarroth algún día.

Pero sabía que era un imposible porque Fleur no quería casarse y tener hijos. Una pena, desde luego. El conocía muchas mujeres a las que podría persuadir para que se casaran, pero la única que le interesaba era ella.

El tráfico dominical era fluido y sólo tardaron media hora en llegar al apartamento de Mia.

Fleur había estado en el fabuloso edificio en varias ocasiones, pero siempre la dejaba impresionada. La entrada, con columnas de mármol, destacaba la grandiosidad de un sitio que antaño había sido una mansión familiar en la mejor zona de Londres, convertida en espaciosos apartamentos. Y sabía también que el edificio entero pertenecía a los Conway, con Mia viviendo en uno de los apartamentos y los demás vendidos o alquilados a personas de su círculo.

Sebastian llamó al portero automático antes de abrir el portal con su propia llave y luego puso una mano en la espalda de Fleur para entrar en el lujoso vestíbulo, decorado con alfombras persas y arañas de cristal.

Mia estaba esperándolos en el descansillo, contenta de verlos.

—¡Qué bien que hayáis venido! Afortunadamente, parecía haberse recuperado del disgusto y era la misma chica alegre de siempre. y Fleur no pudo dejar de pensar lo fabuloso que era tener una amiga como ella.

—Bueno, lo primero es lo primero —anunció, sirviendo tres copas de vino. —¿Se puede saber qué hacías en casa de Fleur anoche?

—La verdad es que ni siquiera yo sé qué estaba haciendo allí —le confesó su hermano. —Pero quería contarle algo a Fleur... algo que no quería contarle por teléfono.

—¿Qué tenías que contarle?

—Que Benson ha muerto.

—¡Oh, no! —exclamó ella, acongojada. —¿Qué ha pasado? ¿Cuándo...?

—Murió tranquilamente, sin sufrir. Era muy mayor, cariño. El pobre tenía que irse en algún momento. Quería contártelo, por supuesto, pero como Benson se había encariñado con Fleur...

—Pobrecito Benson —suspiró Mia—. Cada día paseaba menos... ya casi no se levantaba del sillón.

—Era un viejecito.

—Pero tienes que comprar otro perro, Seb. No creo que Frank o Pat puedan vivir en Pengarroth sin tener un perro al lado.

—Ya habrá tiempo para eso.

Fleur decidió animar un poco el ambiente:

—No sé qué has preparado de comida, pero huele de maravilla. Me alegro mucho de no haber hecho huevos con beicon para desayunar, Sebastian.

Mia levantó una ceja.

—O sea, que te has quedado a dormir en casa de Fleur —dijo, mirando a su hermano.

—Ella me dijo que podía dormir en el sofá y cómo íbamos a comer aquí y está cerca de su casa...

—Ya veo —sonrió su hermana, mirando de uno a otro.

—Era mi obligación —intervino Fleur, avergonzada—. Además, tenía que darle las gracias por pintar el techo de mi cocina.

—¿Que mi hermano te ha pintado el techo de la cocina? Ah, pues qué bien, si no tienes nada que hacer, yo puedo encontrar trabajo para ti aquí —bromeó—. Claro que los techos de mi casa seguro que no te parecen tan atractivos como los de Fleur.

—¿Por qué no nos hablas de tu vida amorosa, Mia? —rió Sebastian—. Venga, cuéntanos tu última tragedia.

—No, os lo contaré después de comer. Hay cosas que no se pueden contar con el estómago vacío.

Mientras comían, Fleur tuvo que admirar la habilidad culinaria de su amiga.

—El asado está maravilloso. En serio, casi podría competir con el de Pat.

—Fue ella quien me enseñó a hacerlo.

Después del postre, que consistió en tarta de manzana y natillas, Sebastian volvió a preguntarle por su vida amorosa y Mia se arrellanó en la silla, suspirando.

—Todo iba muy bien con Mat y pensé que por fin había encontrado a alguien a quien podría tolerar durante los próximos cuarenta años. Aunque últimamente... no sé, se portaba de manera un poco rara. Siempre tenía que decir la última palabra, siempre creía tener razón.

—Y os peleasteis —dijo Sebastian.

—Anoche, después de ver una película, empezamos a discutir y cuando le dije que se fuera... se marchó, así, por las buenas. Se marchó sin decir una palabra.

—Bueno, si le dijiste que se fuera no es una sorpresa que lo hiciera, ¿no? —sonrió su hermano. —¿Qué esperabas?

—¡No esperaba que se fuera, Seb. Esperaba que se quedase y fuera razonable, que intentase ver las cosas desde mi punto de vista por una vez.

Sebastian se encogió de hombros.

—No entiendo a las mujeres. Si una mujer me indica la puerta, yo me marcharía sin pensarlo dos veces.

—¿Por qué discutisteis, Mia? —preguntó Fleur.

—Mat me acusaba de ser demasiado aventurera, de tener ideas alocadas...

—¿Por qué será?

—Yo quiero lanzarme en paracaídas, pero a Mat le parece una idea descabellada. Según él, la vida es demasiado corta como para arriesgarse tontamente... en fin, la verdad es que su mejor amigo se mató tirándose en paracaídas.

—Entonces deberías entenderlo, Mia —intervino Sebastian—. Además, si está preocupado por lo que pueda pasarte es que le importas de verdad. Podría haberte dicho: «bueno, tírate en paracaídas, ya nos veremos algún día».

—No, eso no...

—El pobre insistía en recordarte el peligro —Sebastian sacudió la cabeza—. ¿Cuándo vas a hacerte mayor de una vez, cariño? Si no recuerdo mal, me he pasado la vida rescatándote cuando te caías de los árboles o te tirabas al río.

—Entonces era una niña.

—Pero, por lo visto, sigues haciendo las mismas cosas. Además, deberías tener cuidado. Al fin y al cabo, es tu obligación tener herederos para Pengarroth... es lo mínimo que puedes hacer para agradecer los privilegios que vienen con el apellido.

—Ah, muchas gracias por tu apoyo —replicó Mia, enfadada—. ¿Y qué pasa contigo, por cierto? ¿Tú no tienes la obligación de procrear herederos?

—Yo voy a tener que cambiar de vida para llevar la finca como se ha hecho durante generaciones. Con eso tendré trabajo suficiente, lo de los niños te lo dejo a ti.

—Ah, qué gracioso —suspiró Mia—. En fin, la verdad es que Mat me ha llamado esta mañana... y me ha pedido disculpas, así que lo he perdonado. Mientras me deje ganar, creo que podré soportarlo.

—Quedar por encima en el cincuenta por ciento de las discusiones es un objetivo perfectamente razonable —rió Sebastian.

Después de comer se sentaron en el salón para leer el periódico dominical.

—Por cierto, Mia, la cena benéfica del Colegio de Abogados es dentro de dos semanas, el sábado. —Ah, se me había olvidado. Lo siento, pero no puedo ir, tengo un evento con mi empresa. Pero a lo mejor Fleur está libre.

Fleur se puso colorada. Mia estaba haciendo de casamentera otra vez...

—¿Estás libre dentro de dos sábados? —le preguntó Sebastian—. Es una cena a la que tengo que acudir todos los años y prefiero ir acompañado.

—Lo que quiere decir es que así las mujeres no lo atacan —rió Mia—. Lo pasarás bien, Fleur, en serio. Siempre organizan la cena en un hotel de lujo, la comida es maravillosa y luego regalan cosas a las señoras.

—No sé si ya tengo algún compromiso... —Fleur sacó su agenda del bolso, intentando inventar una excusa a toda prisa. Pero la página estaba en blanco y, cuando levantó la mirada, Sebastian estaba observándola con esa expresión indescifrable.

—Sí, bueno, la verdad es que podría ir contigo...

—Entonces está decidido —sonrió Mia—. Yo voy a poner el lavavajillas y, mientras tanto, mi hermano puede hacer café. Hace un café estupendo.

Mucho después de tomar el café, Fleur y Sebastian volvieron a su apartamento.

—¿De verdad quieres que vaya contigo a esa cena? Me temo que Mia tiene el don de ponerte en situaciones incómodas.

—Claro que me apetece.

—¿No querrías ir con alguna de tus compañeras de bufete?

—No, prefiero ir contigo —insistió él—. Ya las veo demasiado y prefiero pasar un sábado por la noche con alguien que no hable de demandas y antecedentes legales. Y

me alegro mucho de que Mia haya sugerido que me acompañases tú —dijo luego, mirándola a los ojos. —No te preocupes, tener que sufrirme un rato más será una forma de pagar por mi fabuloso trabajo como pintor.

Sebastian apagó el motor del BMW cuando llegaron frente al portal.

—¿Quieres subir a... tomar una copa?

—No, gracias, tengo que irme a casa —sonrió él. —Espero que pases una buena semana. Y no trabajes demasiado.

—Lo intentaré. Espero sobrevivir en el laboratorio. Fleur lo vio alejarse hacia el final de la calle antes de abrir el portal. Tenía sentimientos encontrados con respecto a salir a cenar con Sebastian... sentimientos encontrados con respecto a Sebastian.

Sabía que estaba enamorándose de él, pero no quería que eso pasara. No quería enamorarse de nadie, ni depender de nadie.

Después de entrar en su apartamento tiró el bolso sobre el sofá y se acercó a la ventana del dormitorio. Ya era de noche y las farolas estaban encendidas, iluminando los árboles y a la gente que seguía paseando por allí.

Si hacía un esfuerzo, casi podía imaginar que estaba de vuelta en Pengarroth, casi podía oler la tierra mojada, las hojas, la libertad...

Pero tenía que dejar de soñar despierta porque no iba a volver a Pengarroth. Era más seguro quedarse allí; aquél era su sitio. Y si Sebastian volvía a llamarla antes de la cena inventaría alguna excusa para no quedar con él. Poner distancia entre los dos era lo mejor.

Luego sonrió mientras se quitaba el abrigo. Su padre estaría orgulloso de ella, pensó, por no dejar que nada interrumpiera sus planes. No era culpa suya que Sebastian hubiese aparecido la noche anterior o que Mia los hubiera invitado a comer o que se hubiera visto prácticamente obligada a aceptar aquella cita. Nada de eso era culpa suya. Pero tendría cuidado para no ir más allá.

CAPITULO 11

SENTADA pensativamente frente al espejo de su dormitorio mientras se ponía crema en el cuello y los hombros, Fleur pensaba en la noche que tenía por delante con cierto recelo. La noche de la cena con los abogados había llegado demasiado pronto.

Habían pasado dos semanas desde que Sebastian y ella comieron en casa de Mia y, durante ese tiempo, Fleur había hecho lo imposible para no pensar en él.

y la había ayudado considerablemente tener un proyecto complicado en el laboratorio, de modo que para cuando llegaba a casa y se hacía algo de cena antes de irse a dormir, apenas tenía tiempo de pensar en nada.

y Sebastian también debía estar muy ocupado porque sólo había dejado un mensaje en su contestador diciendo que esperaba que todo fuese bien.

Por supuesto, sabía que sólo la había invitado para no ir sin acompañante. O para protegerse de otras mujeres, como había sugerido Mia. Y le daba igual. Haría el papel sin ningún problema. Además, saber que sólo estaba allí para eso la ayudaría a relajarse y pasarlo bien.

Incluso podría ser un juego divertido, cuyas reglas sólo ellos conocerían. Y, después de la cena, él podría irse por su camino y ella por el suyo.

Su secretaria había llamado para decir que un coche iría a buscarla a las siete y, exactamente a esa hora, sonó el timbre. Tomando su echarpe de zorro plateado falso y el bolsito de noche, Fleur salió del apartamento.

Un chófer uniformado la esperaba en la puerta y, sintiéndose como una gran actriz, Fleur levantó el bajo de su falda y entró en la limusina. Bueno, en realidad iba a hacer una representación, aunque dudaba que extendiesen la alfombra roja para ella.

Quince minutos después llegaba al hotel y un portero le abrió amablemente la puerta acristalada. El lujoso vestíbulo estaba lleno de gente, todos elegantísimos y, durante un segundo, Fleur estuvo a punto de salir corriendo.

Ella no estaba acostumbrada a ese tipo de eventos y, desde luego, no era así como le gustaba pasar sus noches libres. Pero había aceptado acompañar a Sebastian y lo mejor sería hacer lo posible por divertirse, se dijo.

Casi inmediatamente Sebastian apareció a su lado y, al verlo, sus temores se esfumaron. Guapísimo con un esmoquin, el pelo oscuro brillante, aunque necesitado de un buen corte y, como siempre, con la ventaja de su superior estatura, parecía totalmente relajado.

—¿Quieres dejar el echarpe en el guardarropa? —le preguntó.

—Sí, será lo mejor. No quiero cargar con él toda la noche.

—Te espero aquí entonces.

Guardando el ticket del guardarropa en el bolso, Fleur entró en el lavabo para echarse un último vistazo en el espejo. Había dos mujeres allí retocándose el maquillaje y, sin querer, escuchó su conversación:

—No ha vuelto a salir con nadie —dijo una de ellas.

—¿No suele venir a esta cena con su hermana? Me cae bien, es una chica muy simpática.

—Entonces no se parece a él —rió la otra.

—Cuando lo conoces no es tan malo. Además, a mí me gustan los hombres reservados. Yo no lo echaría de mi cama, eso seguro.

—Sigue soñando —dijo su amiga. —En fin, de todas formas pronto se marchará de Londres y el bufete no será lo mismo sin él. Por lo visto, se marcha a la finca de su familia en Cornualles —la joven suspiró. —Qué desperdicio de hombre...

—De todas formas no es de los que se casan. Riendo, las dos salieron del lavabo, dejando a Fleur pensativa.

Estaba claro desde el principio que hablaban de Sebastian y, aunque no habían dicho nada insultante, se sentía incómoda, casi a la defensiva.

Iba a pasarlo bien en la cena, se dijo. ¡Además, así les daría a esas mujeres algo de qué hablar!

—Nunca te había visto vestida de ese color —sonrió Sebastian cuando volvió a reunirse con él. —Te sienta muy bien.

—Sólo tengo tres vestidos elegantes y, al principio, iba a ponerme el negro. Pero luego pensé que todo el mundo vendría de negro y decidí ponerme algo diferente.

El vestido que llevaba era de color rojo fuego, con un escote que mostraba su esbelto cuello y una abertura lateral discreta pero sexy que dejaba al descubierto gran parte de sus piernas. Sebastian observó que llevaba más maquillaje que de costumbre y el pelo sujeto en un elegante moño. Como única joya, los aretes de oro blanco que había llevado unos días antes.

Pero el conjunto era fabuloso... y estaba seguro de que los demás hombres pensarían lo mismo. ¿Sería aquella la futura señora Conway?, se preguntarían muchos de ellos. Bueno, pues era fácil contestar a esa pregunta: para nada.

No porque no estuviera interesado en ella sino porque sabía que Fleur no estaba interesada en él.

Sebastian suspiró. Lo mejor sería intentar pasado bien y, sobre todo, que Fleur pasara un buen rato. Aunque seguramente aquel tipo de cenas no la interesaban en absoluto. No, él sabía dónde le gustaría estar en aquel momento: paseando por Pengaroth.

Sebastian le presentó a un grupo de personas, cuyos nombres Fleur olvidó inmediatamente, aunque todo el mundo se mostraba amable y simpático con ella.

Estaba allí para evitar que otras mujeres clavasen sus garras en Sebastian Conway... y había sido buena idea porque podía ver cómo lo miraban. Desde luego, aquel hombre necesitaba protección.

Poco después entraron en el salón de baile, con mesas redondas, cada una para diez personas. Había cuatro hombres y seis mujeres en la suya y, mientras se sentaban, Fleur sonrió a Sebastian para que las mujeres que iban sin acompañante supieran que no estaba libre. Y él sonrió también, apretando su mano. Evidentemente, le estaba siguiendo el juego.

—¿Estás bien? —le preguntó. —No debe ser muy agradable estar aquí sin conocer a nadie...

—Te conozco a ti y es más que suficiente —lo interrumpió ella, manteniéndolo cautivo con ese parpadeo suyo tan particular.

En ese momento la orquesta empezó a tocar y Fleur sonrió, contenta de estar allí.

—Ésta es una de las cenas que organizamos cada año para recaudar fondos. Bueno, en realidad la organiza una empresa de Relaciones Públicas experta en este tipo de eventos —le explicó Sebastian—. El año pasado montaron una falsa carrera de caballos en la que todo el mundo apostaba dinero. Nunca sabemos qué tienen planeado, pero siempre es divertido.

El hombre que estaba sentado al lado de Fleur se volvió hacia ella en ese momento.

—¿Y a qué te dedicas tú, Fleur? No, deja que lo adivine: eres modelo.

—No, qué va.

Cuando le dijo que se dedicaba a la investigación, el hombre se quedó impresionado.

—¿Hace mucho que conoces a Sebastian?

—Hace tiempo, sí —mintió Fleur. Pobre Sebastian, cuya vida privada parecía ser tan interesante para todo el mundo, pensó.

La cena fue fabulosa y, en cuanto los camareros retiraron los platos, empezó la subasta. La lista de objetos a subastar era interminable y las pujas muy rápidas, con un subastador profesional llevando la batuta.

—Nunca había visto nada así.

—A este paso, vamos a recaudar más dinero que el año pasado —dijo Sebastian. y parecía contento, de modo que el proyecto benéfico le importaba de verdad.

El ambiente en el salón era cada vez más emocionante, con la gente pujando en voz alta. Pero, entre el ruido y el vino que había bebido, a Fleur empezó a darle vueltas la cabeza.

Se sentía casi como en otro planeta. Notaba la presencia de Sebastian a su lado y cómo ocasionalmente se inclinaba un poco para hablar con ella o ponía un brazo sobre el respaldo de su silla, rozando su espalda.

Por fin, cuando todos los objetos habían sido subastados, el maestro de ceremonias tomó el micrófono:

—Señoras y señores, esta noche, como novedad, voy a pedir que un voluntario de cada mesa suba al escenario a cantar algo para nosotros. Los demás deben pujar por la cantidad que crean que vale cada intérprete.

Sus palabras fueron recibidas con risas por los asistentes, seguidas de protestas y discusiones mientras se intentaba elegir el voluntario de cada mesa.

—Conmigo no contéis —dijo una morena que no había parado de hablar en toda la noche.

—¿Qué tal tú, Tom? La música es lo tuyo, ¿no?

—Yo sólo canto en la ducha.

Sebastian decidió hacerse cargo del asunto:

—Sólo es para pasarlo bien. No es una audición para Broadway... venga, alguien tiene que hacerlo.

—¿Qué tal si cantas tú? —preguntó alguien.

—No, imposible, yo canto fatal. Pero alguien tiene que hacerlo, no podemos ser la única mesa que no presente un voluntario.

—Yo lo haré —dijo Fleur entonces.

Jamás sabría por qué se había presentado voluntaria, pero el gesto de alivio de Sebastian fue recompensa más que suficiente.

Como habían imaginado los organizadores, oír cantar a las pobres víctimas fue divertimento suficiente para todos los invitados, que pronto empezaron a pujar y a hacer comentarios muy poco compasivos sobre los cantantes.

Cuando llegó el turno de Fleur, Sebastian la tomó por la cintura para llevarla al escenario.

—¿Qué quiere cantar? —le preguntó el director de la orquesta.

—¿Conoce la canción Moon River, de Henry Mancini?

—Sí, claro —sonrió el hombre.

Cuando empezaron a sonar los primeros acordes, Fleur tenía la sensación de que no era ella quien estaba en el escenario. Pero todo el mundo se quedó en silencio cuando empezó a cantar la evocativa letra, conocida porque Audrey Hepburn la había interpretado en la película Desayuno con diamantes.

Cuando terminó de cantar la última nota, el salón estaba en completo silencio. Hasta que, de repente, sonó un aplauso atronador y la gente empezó a pedir un bis. Afortunadamente, Sebastian la ayudó a bajar del escenario para llevarla a la mesa porque le temblaban las piernas.

El dinero que se recaudó con tal actividad fue más de lo que se esperaba. Cada cantante tuvo que levantarse durante la puja y, cuando llegó el turno de Fleur, la cantidad que ofrecieron le pareció una exageración. Claro que era para un proyecto benéfico...

—Creo que podemos decir que has sido un éxito —sonrió Sebastian—. Muchísimas gracias por ofrecerte voluntaria. Eres fantástica, estoy muy orgulloso de ti.

Fleur tomó un sorbo de champán, preguntándose de dónde había sacado valor para cantar en público. Pero le había parecido algo tan natural...

Pero pronto esa parte de la velada había terminado y la gente empezó a llenar la pista de baile.

—Vamos a bailar —dijo él, levantándose para apartar su silla.

Mientras estaba entre sus brazos, Fleur pensaba que aquello era un sueño. Sin embargo, recordando que estaba allí para proteger a Sebastian de otras mujeres, cerró los ojos y se dejó llevar. Pero él aprovechó la oportunidad para inclinar la cabeza y rozar sus labios durante unos segundos.

Y, de repente, Fleur ya no estaba haciendo ningún papel; estaba viviendo una situación mucho más real. Estaba haciendo algo que había anhelado hacer desde que lo conoció y la enormidad de esa admisión fue casi demasiado para ella.

Porque no era eso lo que debía pasar. No podía entregarle su corazón a Sebastian Conway porque si lo hacía... ¿cómo terminaría aquello?

Sebastian pareció darse cuenta de su repentina tensión.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien... es que tengo un poco de calor.

—Entonces vamos a sentarnos —dijo él, tomando su mano para llevarla hacia la

mesa.

—¿Qué tal lo estoy haciendo? ¿He tenido éxito en mi tarea de hoy? —le preguntó Fleur, para disimular su apuro.

—¿Qué tarea?

—¿Estoy siendo una buena armadura contra las demás mujeres?

La expresión de Sebastian se oscureció.

—Desde luego que sí. Y seguro que muchos de mis colegas me miran con envidia. Pero, a pesar de lo que crees, no estás aquí porque Mia no te dejase alternativa, Fleur. Yo quería que vinieras conmigo... espero que me creas.

Y Fleur lo creyó. Porque quería creerlo. Y porque sabía que Sebastian Conway siempre decía lo que pensaba y pensaba lo que decía.

Ella no quería repetir los errores de su madre y tenía su vida cuidadosamente planeada, pero... ¿dónde figuraban el amor y la pasión en ese plan? Tales sentimientos empezaban a ser importantes en una existencia que le había parecido tan bien planeada antes de ir a Pengarroth.

¿Qué iba a hacer ahora?, se preguntó a sí misma desesperadamente.

CAPITULO 12

¡HOLA, Fleur! Espero no haberte sacado de la cama... pero tenía que llamarte para ver qué tal lo pasaste anoche.

Fleur, que estaba tomando café aún en bata, tuvo que sonreír al oír la voz de su amiga. Debería haber imaginado que Mia iba a llamar porque era evidente que estaba intentando emparejarla con Sebastian.

—Lo pasamos muy bien y creo que se recaudó mucho dinero.

Mia suspiró, impaciente.

—Sí, sí, bueno, ¿qué te pusiste? Seguro que estabas guapísima... ¿Y qué tal con mi hermano?

—Me puse el vestido rojo, uno que aún no has visto porque sólo me lo había puesto una vez. Y Sebastian fue... muy agradable —contestó Fleur.

No iba a decirle que la había besado en la pista de baile, con todo el mundo mirando, porque ni ella misma sabía qué pensaba de aquel beso.

—¿A qué hora terminó la fiesta?

—A la una de la mañana. Tu hermano me dejó en casa y luego se marchó.

—¿Entonces no pasó la noche en tu sofá? —preguntó su amiga, traviesa.

—No, tonta. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, tenía la impresión... — Mia no terminó la frase porque conocía a Fleur y sabía que no tenía interés en relaciones sentimentales. Pero también conocía a su hermano y sabía sin ningún género de duda que Fleur le gustaba.

Antes de colgar charlaron durante un rato y quedaron para verse la semana siguiente. Pero unos minutos después volvió a sonar el teléfono. Y Fleur sabía quién la llamaba.

—Buenos días —escuchó la voz de Sebastian—. Espero que tú hayas dormido mejor que yo.

—He dormido bien, gracias. De hecho, aún no me he duchado siquiera. Estaba haciendo el vago por aquí.

—Sólo llamaba para darte las gracias por acompañarme a la cena... espero que lo pasaras bien.

En realidad no era eso lo que quería, pero no se atrevía a decir que cuando la vio cantar en el escenario se le había puesto el corazón en la garganta.

Fleur Richardson era la clase de mujer con la que cualquier hombre querría pasar el resto de su vida, y tenía que convencerla de que podían estar juntos sin las dudas y las ansiedades que parecían provocarles los hombres; ese miedo de ser controlada y manipulada. Aunque sabía que debía ir con cuidado; un paso en falso y podría perderla para siempre. Pero estaba decidido a hacerla y decidido a tener éxito.

—Lo pasé muy bien, Sebastian. y espero haber quedado bien cuando me puse a cantar...

—¿Bien? Mejor que bien. Tienes una voz preciosa, Fleur.

—Bueno, al final ninguna otra mujer te dio la lata, de modo que al menos mi compañía sirvió de algo.

—Yate dije que no era por eso por lo que quería ir contigo. No necesito ese tipo de protección, te lo aseguro —replicó él. —Por cierto, ¿qué pasa con tu cocina? ¿Has terminado de pintarla?

—No, no he tenido tiempo.

—¿Qué tal si te ayudo esta tarde... o la semana que viene?

Fleur hizo una mueca. Sabía que si inventaba alguna excusa él insistiría, de modo que lo mejor sería decir que sí y acabar de una vez.

—Hoy estoy agotada, pero podríamos hacerlo el sábado que viene, si te parece bien.

—Me parece estupendo.

Después de colgar, Fleur se acercó a la ventana de su dormitorio. Sabía que no iba a ser fácil mantenerlo a distancia, aunque se decía a sí misma que intentarlo era lo mejor. Pero resultaba difícil ser negativa en lo que se refería a Sebastian Conway y debía reconocer que, por primera vez en muchos años, experimentaba algo especial; la sensación de que la vida podía ofrecerle algo más de lo que había esperado.

Suspirando, entró en el cuarto de baño para darse una ducha. Sólo quedaban seis días para el sábado...

—Algo huele muy bien —dijo Sebastian mientras seguía a Fleur hasta la cocina. — Pero esta vez he venido bien preparado: he traído una camiseta vieja y varias brochas, por si acaso.

—Y yo espero que te guste el arroz con curry porque eso es lo que vamos a comer —sonrió Fleur.

—A mí me gusta todo, especialmente el curry —murmuró él, mirando alrededor. — Ah, y también me gusta ese color verde que has elegido.

—Gracias.

—Yo creo que decorar es una ocupación muy terapéutica —suspiró Sebastian luego, mirando la escalera—. En Pengarroth no puedo hacerlo porque normalmente contratamos decoradores profesionales. Pero cuando viva allí permanentemente habrá muchas cosas en las que pueda ayudar.

En ese momento sonó su móvil.

—Contesta tú —dijo él, ya subido en la escalera. —El móvil está en el bolsillo de mi chaqueta... la he dejado en el salón.

—Sí, enseguida —murmuró Fleur, saliendo de la cocina.

—¿Dígame?

La voz femenina que contestó al otro lado era suave y bien modulada:

—Pues... yo quería hablar con Sebastian Conway. ¿No está ahí? Soy su abuela.

—Ah, sí, espere un momento —Fleur llevó el móvil a la cocina.

—Es tu abuela

—Hola, Rose. ¿Cómo estás...? Bien, bien, de hecho estoy pintando la cocina de una amiga. Estaba subido a una escalera cuando has llamado... sí, es una amiga de Mia que se llama Fleur Richardson... no, me parece que no la conoces... —Sebastian miró su

reloj. —Podría ir más tarde, a las seis, si te parece —luego tapó el móvil con la mano y le hizo un gesto a Fleur.

—No te preocupes, vete cuando quieras.

—Mi abuela quiere que vaya a verla porque tiene un amigo que necesita consejo legal y se marcha a Australia mañana...

—No te preocupes por la cocina. Hay cosas más importantes en la vida.

—Sí, pero quiere que tú vayas también.

—¿Yo?

—Venga, Fleur, mi abuela es muy divertida, ya lo verás. Además, cuando Rose Conway pide algo no es una súplica, es una orden —rió Sebastian—. ¿Le digo que sí?

Fleur se encogió de hombros. Aparentemente, iba a ser imposible librarse de aquella visita.

—Muy bien, de acuerdo.

Fleur observó a la anciana inclinarse un poco para servir dos copas de Jerez antes de reclinarsse en el sofá.

—Bueno, con los dos hombres en el estudio hablando de negocios, tienes que contármelo todo sobre ti. Sebastian me ha dicho que eres amiga de Mia.

—Sí, fuimos compañeras de colegio.

—¿Entonces no eres amiga de Sebastian?

La sonrisita de Rose Conway lo decía todo y Fleur tuvo que tragar saliva.

—Nos conocimos estas navidades, en Pengarroth.

Así que supongo que ahora soy amiga de los dos.

Los ojos azules de la anciana estaban clavados en su rostro y, aunque en otra ocasión eso la habría hecho sentir incómoda, la realidad era que estaba muy tranquila. Aunque ella no solía relajarse con extraños.

—¿Y qué tal te llevas con mi nieto? Es un chico estupendo, pero sé que a veces puede ser un poco... difícil de tratar. La verdad, me tiene preocupada.

—Sebastian y yo nos llevamos muy bien. En Pengarroth se portó de maravilla conmigo... incluso me llevó a Truro para que viese la catedral.

La anciana sacudió la cabeza.

—A veces, la gente que no lo conoce juzga mal a Sebastian, y yo lo único que quiero es que sea feliz. Siempre fue un misterio para sus padres porque de joven era un poco... alocado. Pero era un chico muy idealista, muy generoso. Cuando terminó la carrera desapareció durante dos meses, ¿te lo puedes creer? Dejó una nota para sus padres diciendo que no se preocupasen, que estaba bien, pero que tenía que estar solo para pensar las cosas —Rose Conway suspiró de nuevo. —Sí, es una persona compleja mi nieto.

—¿Y dónde estuvo? —preguntó Fleur.

—Nadie lo sabe exactamente, pero después nos contó que había dormido por ahí. Quería ver por sí mismo lo que significaba no tener nada y encontrarse en la obligación

de vivir de su ingenio. Aparentemente eso es lo que pasó y no le vino nada mal, pienso yo —Rose Conway clavó en ella sus ojos azules. —El pobre no esperaba tener que hacerse cargo de Pengarroth tan pronto. Nadie esperaba que mi hijo y mi nuera muriesen de una forma tan repentina...

—Sí, lo sé, fue una tragedia para todos.

—Cuando me casé y mi marido me llevó a vivir a Pengarroth pensé que me moriría —le confesó Rase entonces. —Yo soy una chica de ciudad y, aunque poco a poco aprendí a apreciar la belleza de la finca, lo que de verdad quería era vivir en Londres. La mayoría de la gente prefiere la vida en el campo, pero yo sé que Sebastian siente cierta rabia por tener que dejar el bufete y todo lo demás.

Justo entonces Sebastian volvió del estudio y, después de charlar durante unos minutos más, se despidió cariñosamente de su abuela.

—Siento que no podamos quedarnos a cenar, pero Fleur ha preparado un arroz al curry para los dos y no puedo decepcionarla. Claro que prometo traerla otro día.

—Sí, por favor. Es una chica encantadora —sonrió Rose—. Quiero que me contéis qué tal lo pasasteis en Pengarroth durante las navidades. Mia me ha contado algo por teléfono, pero quiero detalles.

Mientras volvían a su casa, Sebastian giró la cabeza para mirarla.

—¿Qué te ha parecido mi abuela?

—Un cielo. Tenías razón, es una persona muy especial. Y parece mucho más joven de lo que es.

—Siempre ha sido una amiga para mí, alguien con quien podía hablar de mis cosas. No es una abuela como las demás.

Cuando llegaron a su casa era muy tarde para seguir pintando, de modo que decidieron cenar y tomar una copa de vino.

Pero Sebastian se levantó después de cenar. No iba a poner a Fleur en el compromiso de invitarlo a dormir en el sofá porque tenía la impresión de que las cartas empezaban a inclinarse a su favor. Sólo era una intuición pero, por el momento, lo mejor sería portarse de manera sensata.

—Mañana terminaré de pintar la cocina aunque me deje la vida en el empeño.

—Yo no quiero que te dejes la vida en nada porque...

Fleur no pudo terminar la frase porque los labios de Sebastian estaban aplastando los suyos, sus cuerpos tan cerca el uno del otro que parecían ser uno solo. Y se dio cuenta de que estaba a punto de olvidar sus principios, su determinación. Pero dejó que la abrazase, sin querer apartarse, sin querer que él lo hiciera.

Pero lo hizo.

—Tengo que irme, pero volveré mañana —murmuró Sebastian—. Lo más temprano posible.

Fleur cerró la puerta tras él y se quedó esperando hasta que oyó que el coche desaparecía calle abajo.

Estaba temblando de deseo, de emoción... y eso la sorprendía y la asustaba a la vez.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Afortunadamente, después de unos minutos los latidos de su corazón volvieron a la normalidad. Pero sabía muy bien que si Sebastian le hubiera pedido que se acostase con él esa noche le habría dicho que sí sin dudarle un momento.

Y no sabía si reír o llorar.

CAPITULO 13

AL DÍA siguiente, sin más interrupciones, Sebastián terminó de pintar la cocina de Fleur. Y, por fin, alrededor de las cuatro, dio un paso atrás para supervisar su labor.

—Bueno, no está bien que lo diga yo mismo, pero creo que he hecho un trabajo estupendo.

—Y yo estoy de acuerdo —sonrió Fleur—. ¿Ves lo que pasa cuando apareces sin avisar? No sabías dónde te habías metido, ¿eh?

Sebastian la miró mientras cerraba los botes de pintura.

— Ya te dije que me gustaba decorar... en pequeñas dosis. Y creo que estoy preparado para cenar.

Fleur había hecho pescado para comer, pero debía admitir que también ella tenía apetito. Aunque le apetecía algo más sofisticado.

—Podríamos ir a un restaurante italiano que hay cerca de aquí. Creo que te gustará.

Después de que Sebastian se duchase, se sentaron en el sofá para tomar una copa.

—Antes de cenar suelo ir a dar un paseo por el parque, pero tú no tienes que venir —le dijo Fleur—. Voy a pasear todas las noches, haga el tiempo que haga. Y ayer no pude hacerlo.

—Pues claro que iré contigo —sonrió Sebastian. Quizá en el parque, rodeados de la naturaleza que tanto amaba, encontraría la oportunidad de hacerle la pregunta en la que llevaba algún tiempo pensando.

Cuando llegaron a la entrada del parque, Sebastian empujó un pesado portalón de hierro. Había empezado a lloviznar y era casi de noche, la luz de las farolas iluminando el camino.

—Pasear por el parque me sirve para evitar el estrés.

La capucha de su abrigo había resbalado y unas gotas de lluvia empezaban a mojar su pelo. En ese momento, Sebastian podría haberle dicho: «bueno, si decides venir a vivir conmigo en Pengaroth, podrías dar tantos paseos cómo quisieras todos los días».

Pero aún no estaba seguro de cuál sería su reacción y sabía que debía ir con cuidado. A pesar del apasionado abrazo la noche anterior, a pesar de sus deliciosos labios, que casi lo invitaban a seducirla, no las tenía todas consigo.

Era una experiencia nueva para él porque Fleur no se parecía a ninguna de las mujeres que había conocido y tendría que hacer uso de su ingenio si quería salirse con la suya. Aunque estaba seguro de que, tarde o temprano, lo conseguiría.

—Quería hacerte una pregunta, Fleur —le dijo, después de aclararse la garganta.

Ella lo miró, intuyendo que era algo importante.

—Dime.

—No espero una respuesta inmediatamente, por supuesto —siguió él— porque imagino que tendrás que pensártelo, pero es algo a lo que he estado dando vueltas desde que te conocí —Sebastian se quedó callado y el corazón de Fleur empezó a dar saltos dentro de su pecho.

¡Iba a pedirle que se casara con él! ¿Y qué iba a decir ella?, se preguntó. ¿No era Sebastian el tipo de hombre que, aunque increíblemente deseable, había jurado evitar

toda su vida? Sin embargo, sabía que estaba locamente enamorada de él; tanto que su anhelo empezaba a convertirse en un dolor físico.

Fleur intentó respirar profundamente y calmarse un poco para que cuando llegase el momento de contestar pudiera hacerlo con voz pausada.

—Imagino que no sabrás lo que voy a preguntarte —siguió Sebastian—, pero significaría mucho para mí que dijeras que sí.

—Hasta que sepa lo que es no puedo contestar, ¿no te parece?

¿Clavaría una rodilla en la hierba para pedir su mano?, se preguntó. No, seguro que no.

—Se me ha ocurrido organizar un evento benéfico en Pengarroth —anunció Sebastian entonces—. A la gente de la zona le gustaría y, además, sería bueno para todos. Pero necesito a alguien como tú que me ayude.

A Fleur empezaron a temblarle las piernas. ¿Un evento en Pengarroth? ¡No iba a pedirle que se casara con él!

¿Cómo podía haber pensado tal cosa? Sebastian no era de los que se casaban y no lo sería nunca. Tragando saliva, siguió caminando un paso por delante de él. Decir que sentía como si estuviera caminado por el borde de un abismo sería decir poco. Pero se lo merecía por tonta, por ingenua, por dejar que su imaginación le jugara una mala pasada.

—Sigue —consiguió decir, aunque tenía un nudo en la garganta.

—Quiero organizar un festival musical en la finca.

Hay un sitio estupendo detrás del huerto de la cocina, en la parte trasera de la casa. Es una especie de auditorio natural, con una zona más levantada, como un escenario. Y podríamos recaudar mucho dinero.

—Ah, ya.

—Quiero una orquesta, cantantes, una producción completa con luces, actores y todo lo demás. Y, por supuesto, cuento con una gran ventaja: mi amistad con Rudy.

Fleur seguía caminando con la mirada fija en el suelo.

—¿Qué tiene que ver Rudy con esto? Y, sobre todo, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Quiero que tú seas la atracción principal —contestó Sebastian.

—¿Yo?

—Tú serías perfecta, Fleur. Tienes una presencia natural en el escenario y tu voz... bueno, la gente no dejaría de hablar de tu actuación, te lo aseguro. ¿Qué te parece la idea? Si no me ayudas, no podré hacerlo. No querría hacerlo sin ti.

Fleur tenía la boca tan seca que tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. Pero se sentía tan boba, tan ridícula que apenas podía articular palabra.

—¿Quieres trabajar con Rudy Malone?

—Rudy estará entusiasmado —contestó él. —Sé que a veces puede ser insoportable, pero la verdad es que en lo suyo es estupendo. Monta unas producciones brillantísimas y ha conseguido muchos premios. Yo sólo tendré que decirle lo que quiero y no habrá quien lo pare.

Fleur se sentía furiosa y decepcionada. ¿Cómo podía Sebastian pedirle aquello después de ver por sí mismo el comportamiento de Rudy en Pengarroth?

Además, parecía obsesionado con recaudar dinero para proyectos benéficos. Quizá porque así su conciencia no lo molestaba recordándole el dinero que tenía en el banco. Bueno, pues que encontrase otra persona para cantar en la cena.

Siguieron caminando durante unos minutos, Fleur haciendo un esfuerzo para no ponerse a llorar. Si le hubieran dado esa oportunidad en otro momento, la oportunidad de cantar de verdad, para el público, de interpretar arias de ópera con una orquesta... pero aquello era una crueldad.

Si decía que sí, tendría que estar al lado de un hombre al que detestaba y de otro del que se había enamorado y que, evidentemente, no estaba enamorado de ella.

Era una idea absurda.

—No sé si tendré tiempo, Sebastian. Estoy muy ocupada en el laboratorio y para organizar algo así tendría que haber ensayos... pero es un detalle que te hayas acordado de mí —murmuró, inclinándose para tomar una ramita del suelo. —Seguro que encontrarás a otra persona.

Sebastian la tomó entonces por la cintura, de modo que se vio obligada a mirarlo a los ojos.

—No quiero a otra persona. Y me parece que sé cuál es la razón por la que te niegas a hacerlo. Es Rudy, ¿verdad? Temes que te moleste.

Fleur tuvo que hacer un esfuerzo para contener su impaciencia. Aquel hombre no entendía nada, evidentemente.

Pero le había dado una excusa perfecta para rechazar la invitación. Porque no podía decirle: «no, Sebastian, eres tú. Tú eres el problema. Y no quiero volver a verte nunca más. Conocerme me ha puesto en una situación peligrosa, una situación que no sé cómo manejar, y seguir viéndonos sólo empeoraría las cosas. ¿Cómo iba a soportarlo sabiendo que no significo nada para ti? Sólo soy una mujer a la que disfrutas besando de vez en cuando».

—Sí, es Rudy Malone —mintió. —No me apetece nada pasar media hora siquiera en su compañía... a menos que tenga protección policial.

—No te haría falta protección policial —sonrió Sebastian—. Mi protección es todo lo que necesitas, te lo aseguro.

—Pero tú no estarías allí todo el tiempo, durante los ensayos y todo lo demás. Tú estás tan ocupado como yo.

Incapaz de contenerse un segundo más, Sebastian inclinó la cabeza para buscar sus labios y ella no hizo ningún esfuerzo para detenerlo. Al contrario. Animado, la apretó contra su pecho, apoyando el mentón en su pelo.

—Si accedes a otra proposición mía —murmuró— te doy mi palabra de que tendrás toda la protección que necesites.

Atónita, Fleur se apartó un poco para mirarlo a los ojos. Y, antes de que pudiera decir nada, escuchó las palabras que había perdido la esperanza de escuchar jamás.

—¿Quieres casarte conmigo, Fleur? —la voz de Sebastian era ronca, profunda, cargada de emoción—. Te estoy pidiendo que seas mi mujer, que vayas a vivir conmigo en Cornualles para siempre...

—Sebastian...

Por segunda vez, Fleur sintió que le temblaban las rodillas. Pero ahora no por

desilusión o pena sino por la abrumadora sensación de que su corazón estaba a punto de echarse a volar.

Sebastian quería casarse con ella...

Pero había algo que no había dicho, pensó entonces. Algo que su padre jamás le había dicho a su madre durante todos aquellos años. Y si Sebastian no lo decía en voz alta, si no era capaz de decidirlo, entonces sabría cuál debía ser su respuesta.

—¿Por qué quieres que me case contigo?— le preguntó—. ¿Es porque a Mia le gustaría... o porque sabes que me encanta Pengarroth? O a lo mejor piensas que soy la persona idónea para darle un heredero a la familia Conway.

Él la escuchó sin ininterrumpida, muy serio. —No es nada de eso —dijo por fin—. Te lo pido porque te quiero, Fleur. Te he querido desde el día que te conocí. No sé si me creerás, pero estoy diciendo la verdad.

Pero ella lo creía. Tanto que le echó los brazos al cuello y enterró la cara en su hombro.

—Entonces me casaré contigo —musitó—. Claro que me casaré contigo.

Sebastian la abrazó con tal fuerza que Fleur se quedó sin aire en los pulmones.

—No me lo puedo creer —murmuró, enterrando la cara en su pelo—. No me atrevía a soñar que dirías que sí... especialmente conociendo tus sentimientos por el sexo opuesto —rió luego, levantó su cara con un dedo—. Pero quiero hacerte una solemne promesa: tu vida siempre será tuya, siempre serás tú quien la controle. En fin, yo voy a tener suficientes cosas que hacer sin meterme además en tus esperanzas y tus sueños...

Fleur miró esa boca tan sensual, el firme mentón, la amplia frente y los brillantes ojos oscuros.

—Tengo la extraña sensación de que mis esperanzas y mis sueños van a ser exactamente los mismos que los tuyos.

Tomándose por la cintura, como dos adolescentes, siguieron paseando para disfrutar de aquel momento mágico. Sin embargo, había algo más que Fleur debía saber... y que si no preguntaba estaría entre ellos durante el resto de sus vidas. ¿Pero cómo se lo tomaría Sebastian?

—Háblame de Davina.

—Ah, sí, Davina —suspiró él—. Evidentemente, alguien te ha hablado de ella.

—Sí, he oído algo. Sé que estuviste a punto de casarte con ella y luego, de repente, el compromiso se rompió. Pero nadie sabe por qué.

—Cuando conocí a Davina me quedé impresionado por su vitalidad, por el entusiasmo con el que llevaba su negocio y, por supuesto, por su belleza. Era una mujer guapísima que había logrado llegar a la cima por sus propios méritos, sin la ayuda de una familia acomodada y eso me parecía admirable. Pero siempre se mostraba evasiva sobre lo que hacía exactamente.

—¿Sobre su negocio?

—Al principio me contó que vendía vestidos de diseño usados por las modelos y yo la creí. No sé mucho sobre esas cosas, así que era territorio nuevo para mí —Sebastian carraspeó, incómodo—. Pero cuando faltaban unas semanas para la boda, uno de mis colegas, que conocía a Davina, me informó de que... había utilizado los servicios de su

empresa unos meses antes.

—¿Un amigo tuyo?

—Al final resultó que dirigía una empresa de... digamos acompañantes femeninas. Y la factura por sus propios servicios personales era exorbitante —Sebastian volvió a aclararse la garganta. —Mi colega me dio detalles muy desagradables, te lo aseguro.

Fleur se había quedado estupefacta. Qué terrible descubrimiento sobre una mujer de la que había estado enamorado.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Sebastian siguió:

—Pero, afortunadamente para mí, pude recuperarme del golpe casi inmediatamente; de modo que mis sentimientos por Davina no eran tan profundos.

—¿No estabas enamorado de ella?

—Admito que estaba encandilado, pero su deshonestidad fue un golpe muy duro para mí. Incluso más que saber que se vendía a cualquier hombre que estuviera dispuesto a pagar por sus servicios —Sebastian la miró con expresión solemne. —Yo quiero una esposa que quiera ser mía y sólo mía. Eso es algo sobre lo que no estoy dispuesto a negociar.

—No tengo ni idea de qué van a decir mis padres —murmuró Fleur cuando Sebastian detuvo el coche frente a la casa.

—Yo espero que se alegren por los dos —sonrió él. Seguro que no pensaban que su preciosa hija seguiría soltera para siempre, ¿no?

En realidad, a Fleur le daba igual lo que pensarán. Lo que había ocurrido era una sorpresa para ella, una muy agradable sorpresa. Aún no podía creer que Sebastian le hubiese pedido que fuera su mujer o que ella hubiese aceptado. Pero cuando llamaron a Mia para contárselo, el teléfono estuvo a punto de explotar.

—¡Lo sabía, lo sabía! —gritó. —Todos esperábamos que fuera así... Pat, Beryl, la abuela... hemos estado enviando mensajes de esperanza a las estrellas. ¿Cuándo es la boda? ¿Y qué voy a ponerme?

A pesar de los temores de Fleur, Philip y Helen Richardson recibieron la noticia con evidente alegría, aunque su padre se mostró ligeramente más reservado.

—Sin duda podrás llegar a algún tipo de acuerdo con el laboratorio del hospital para continuar con tu investigación, aunque sea a tiempo parcial. Esas cosas se hacen ahora mucho, para no desperdiciar a gente valiosa. No creo que tengas ningún problema.

Fleur y Sebastian intercambiaron una mirada.

—Fleur sabrá lo que debe hacer, Philip —sonrió Sebastian, tomándola por la cintura. —Creo que debemos confiar en su buen juicio.

Los ojos de Helen se habían empañado desde que recibió la noticia.

—Me alegro muchísimo por ti, cariño. Sólo espero que seas tan feliz como yo lo he sido con tu padre.

Fleur pensó entonces que quizá estaba equivocada. Quizá su madre sí había sido feliz después de todo. Feliz de amar y cuidar del hombre con el que se había casado, fueran cuales fueran sus defectos. En fin, era un error juzgar la vida de la gente cuando uno no conocía todos los detalles.

Pero mientras volvían a su apartamento recordó algo...

—Sebastian, hay una cosa... es algo que deberíamos dejar claro ahora mismo.

Él estuvo a punto de perder el control del coche.

—No habrás cambiado de opinión, ¿verdad?

—No, claro que no —sonrió ella. —Es sobre la boda...

—¿Qué pasa con la boda?

—Bueno, verás... imagino que tu familia esperará una gran ceremonia y todo eso, pero la verdad es que yo no podría soportarlo. ¿No podemos organizar una ceremonia íntima... y quizá una fiesta después? Pero no un banquete en un hotel de lujo, eso no me apetece nada.

Sebastian dejó escapar un suspiro de alivio.

—Qué susto me habías dado. Y estoy completamente de acuerdo contigo —le dijo, poniendo una mano en su rodilla. —Los únicos invitados a la boda serán tus padres, mi hermana y Rose, Pat y Beryl... ah, y Frank. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, me parece estupendo —sonrió Fleur—. Así sería perfecto.

Dos semanas después fueron recibidos en la puerta de Pengarroth por Pat, que inmediatamente rompió a llorar.

—Desde que llamaste para darnos la noticia apenas hemos pegado ojo —le dijo. —Nos alegramos mucho, Fleur. Y tú eres un hombre muy afortunado, Sebastian.

Él tuvo que sonreír.

—¿Crees que no lo sé?

Más tarde, de la mano, Fleur y Sebastian paseaban por el querido jardín de Pengarroth. Estaba lloviendo, pero no se daban cuenta.

—Empiezo a oler la primavera en el aire —murmuró Fleur—. Será maravilloso estar aquí cuando haga buen tiempo... tan maravilloso como estar aquí cuando llueve.

Sebastian le pasó un brazo por la cintura.

—Hay algo que quiero enseñarte —le dijo.

Y, unos minutos después, llegaban a un sitio que Fleur reconoció de inmediato.

—Aquí es donde... —empezó a decir.

Pero no pudo terminar la frase porque allí era donde Benson había plantado sus cuartos traseros, negándose a dar un paso más. El tronco del árbol en el que se había apoyado mientras esperaba que el labrador se decidiera seguía en el mismo sitio...

Y allí, sobre un montoncito de tierra, había una cruz de madera con una palabra tallada a mano:

Benson.

—La hizo Martin, el hijo de Frank —le explicó Sebastian—. Algún día será un gran carpintero. Lo ha hecho muy bien, ¿verdad?

Fleur, con un nudo en la garganta, tardó unos segundos en contestar:

—Es preciosa, Sebastian. Como el precioso perro que descansa aquí para siempre.

La boda tuvo lugar el primer día de primavera y, exactamente nueve meses después, nació Alexander Sebastian Philip Conway. En Pengarroth, con Pat ayudando

al ginecólogo mientras Sebastian apretaba la mano de su mujer.

Aunque se había sentido orgulloso al tener a su hijo en brazos, no dejaba de mirar a Fleur, tumbada en la cama, el pelo extendido sobre la almohada, los ojos humedecidos.

—No sabía lo que era la verdadera felicidad hasta que te conocí —le dijo al oído. — O cuál era el significado de la vida hasta que he visto nacer a nuestro hijo.

Fleur apretó su mano.

—¿Crees que le gustaremos?

—Sé que tú le gustarás —rió él. —Eso seguro.

Unos días después, Philip, Helen y Mia fueron a conocer al recién nacido... y se enamoraron de inmediato; los Richardson de su primer nieto y Mia de su primer sobrino.

Además, no dejaban de llegar ramos de flores y la casa estaba llena de colores y perfumes.

—¿De quién es? —preguntó Fleur cuando Sebastian llevó otro ramo al salón.

—De Rudy —contestó él, leyendo la tarjeta. —Muchas felicidades. He reservado la primera semana de agosto del año que viene para nuestra primera producción musical.

—Oh, no...

—Yate dije que no habría quien lo parase.

—Éste es uno de los mejores días de mi vida —anunció Helen, con el niño en brazos. —Un día inolvidable. Todos mis sueños se han hecho realidad.

Pero fue la reacción de su padre, que parecía totalmente fascinado por su nieto, lo que asombró a Fleur.

—Qué niño tan guapo. ¿No crees que se parece un poco a mí, Helen? Yo creo que ha heredado mi nariz...

—De eso nada, yo creo que tiene mi nariz —lo interrumpió Mia.

—Me pregunto si Alexander conquistará el mundo algún día —suspiró Philip Richardson—. Podría acabar descubriendo los misterios del universo... o convertirse en un famoso abogado —sonrió, acariciando su cabecita. —A saber qué te deparará la vida, Alexander.

Sebastian se sentó al lado de Fleur y le pasó un brazo por los hombros.

—Haga lo que haga, te aseguro que será su propia elección... siguiendo los sabios consejos de sus padres, claro.

Fleur, apoyada en Sebastian y mirando a la gente que más quería en el mundo, pensó que fuera lo que fuera el paraíso, en aquel momento estaba allí, en el salón de la mansión Pengarroth. En el salón de su casa.

FIN